EGIPTO

EL LIBRO DE LA VIDA Y LA MUERTE

GUÍA ILUSTRADA DE LA SABIDURÍA DEL ANTIGUO EGIPTO

• Sabiduría, magia y rituales • Dioses y faraones
• La tierra y el cosmos • El inframundo

JOANN FLETCHER

DE LA VIDA Y LA MUERTE
FLETCHER

EGIPTO

EL LIBRO DE LA VIDA Y LA MUERTE

EGIPTO

EL LIBRO DE LA VIDA Y LA MUERTE

JOANN FLETCHER

EDICIONES LU
Llibreria Universitària
BARCELONA

Egipto, el libro de la vida y la muerte
Joann Fletcher

Idea y diseño de Duncan Baird Publishers.

Copyright © Duncan Baird Publishers 2002.
Copyright del texto © Joann Fletcher 2002.
Material gráfico © Duncan Baird Publishers 2002.
Para el copyright de las fotografías, véase las páginas 143-144, que deben ser consideradas una extensión de este copyright.

Editor de proyecto: Peter Bently.
Diseñador: Dan Sturges.
Editor de imágenes: Cecilia Weston-Baker.
Material gráfico encargado: Sally Taylor (Artispartners ltd).

Director de edición: Christopher Westhorp.
Director de diseño: Manisha Patel.

Coordinación editorial de la edición en lengua española:
David Beneyto Vilalte

Traducción de Sonia Afuera Fernández.

Copyright © de la traducción en lengua española Ediciones Librería Universitaria de Barcelona y Círculo de Lectores.

Todos los derechos de traducción, reproducción y adaptación parcial o total, por cualquier medio, reservados para todos los países.

Impreso y encuadernado en Singapur por Imago.

Ediciones Librería Universitaria
Aribau, 17 - 08011 Barcelona
Tel. 93 453 20 27
Fax 93 323 55 57
info@edicioneslu.com
www.edicioneslu.com

ISBN 84-89978-74-3
EAN 9788489978744

DEDICATORIA

Para Carole (1948-2001)

«Que avances de día
y te reúnas con el disco solar,
y que sus rayos iluminen tu rostro».

Página 1: Sarcófago pintado de un sacerdote de Tebas de la XXI dinastía, en el que se observa un enorme collar y unas bandas rojas cruzadas sobre el pecho, que forman el contorno del amuleto *sa* protector.

Página 2: Escena final de *El libro de las cavernas* que muestra el viaje nocturno del sol, representado por una figura con cabeza de carnero, cuyas alas abarcan la cámara funeraria de la tumba (KV.14) del Valle de los Reyes perteneciente a la mujer faraón Tawosret (hacia 1188-1186 a. de C.).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 6

EL ORDEN MÁS ALLÁ DEL CAOS .. 9
El Señor autocreado 10
La isla del fuego 14
Ptah, el artesano 16

LA BURBUJA CÓSMICA 23
Hijos del sol 24
El río de la vida 30
Un mundo de dualidades .. 34
Vías fluviales nocturnas 38
Estrellas navegantes 43
El renacimiento del sol 44

SERES DIVINOS 51
El dios oculto 52
Osiris, señor de la vida 58
Isis, señora de la magia 62
Horus y Set 64
Las hijas de Ra 68
Espíritus animales 74
El dios viviente 78
La danza del rey 83

MISTERIOS DEL TEMPLO 85
El hogar de los dioses 86
Sirviendo a los dioses 92
La ofrenda diaria 99

Días de fiesta 100
Las palabras de Tot 104
El poder de la magia 110

EL VIAJE DEL ALMA 115
La muerte y el más allá 116
En la sala del juicio 124
La confesión ante Osiris 127
Muertos y vivos 130

GLOSARIO 136
LECTURAS COMPLEMENTARIAS .. 137
ÍNDICE ANALÍTICO 138
CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES . 143

INTRODUCCIÓN

En el centro de la civilización que se desarrolló en el Antiguo Egipto debe situarse su religión que evolucionó y se diversificó durante más de 3.000 años. Comprender la esencia de esta religión es la clave de la amplia, y en ocasiones desconcertante, herencia de mitos y rituales, a través de los cuales se revela la sabiduría del Antiguo Egipto.

El elemento central de la religión de los egipcios eran sus dioses y diosas, cuyo número creció sin cesar durante miles de años a medida que se iban incorporando dioses locales y extranjeros al sistema de creencias propio. Dicho sistema era tan abierto que permitía combinar una amplia variedad de mitos y leyendas aparentemente contradictorios. Sin embargo, estas relaciones, a veces conflictivas, eran consideradas básicamente complementarias, y sobre ellas los sacerdotes que las entretejían con habilidad eran reacios a descartar aportaciones cuyo origen era de inspiración divina. Por esta razón, los egipcios fueron capaces de aceptar numerosas variantes que afectaban a temas importantes y coexistían diferentes narraciones sobre la creación del mundo, todas ellas igualmente válidas.

La flexibilidad religiosa resultante fue el secreto de su extraordinaria duración: simplemente absorbía y adaptaba nuevos elementos. La influencia de las viejas creencias no se debilitó hasta los primeros siglos de nuestra era, como consecuencia de la pérdida de su independencia frente a Roma. Este triste periodo en la vida de los egipcios coincidió con el fortalecimiento del cristianismo; en él los adeptos de la nueva religión convivían con los practicantes de las antiguas creencias hasta que, en el siglo IV a. de C., los romanos declararon la religión cristiana como la única fe permitida en el Imperio y ordenaron el cierre de cualquier lugar de culto no cristiano. En el año 400 d. de C. la antigua religión estaba virtualmente muerta, y con ella moriría la cultura del Antiguo Egipto.

En muchos sentidos la religión de los egipcios se apoyaba en el concepto de la dualidad, según el cual todo en el universo estaba compensado por su opuesto en un estado de perfecto equilibrio *(maat)*. Este planteamiento se originó gracias a la observación de los contrastes que se daban en su propio entorno, entre el *Kemet* (los «campos negros»),

las fértiles orillas del río que les daba la vida, el Nilo, en el que vivían, y en contraposición el *Deshret* (las «tierra rojas»), los extensos y áridos desiertos. De esta forma, el día se equilibraba con la noche y la vida con la muerte —que constituía la continuación de la vida en un mundo paralelo imaginado como una forma idealizada de Egipto—. La otra vida podría situarse en los cielos, aunque generalmente era descrita como un inframundo. En éste, los muertos vivían eternamente como transfigurados espíritus bendecidos, o *akhs*, una vez habían emprendido el peligroso viaje a través de la oscuridad del inframundo y habían superado satisfactoriamente el juicio del dios Osiris.

El orden, la cuestión más importante en la visión egipcia del mundo, se equilibraba con el caos. Los egipcios hacían todo lo posible por regular y controlar este equilibrio cósmico, que sólo podría mantenerse, creían, gracias a sus numerosos dioses y diosas. Éstos mantenían el universo en orden mientras se reconocía su papel fundamental a través de la liturgia de adoración y de un constante flujo de ofrendas que alimentaba sus poderes.

Los dioses y las diosas dominaban las fuerzas del caos a través de su representante en la tierra, el faraón (rey). La imagen del rey, actuando como intermediario entre los mundos mortal y divino e intercediendo en favor de Egipto, adornaba sus templos.

Los egipcios expresaron sus creencias a través de una amplia variedad de medios, tanto en las paredes de las tumbas y de los templos como en los sarcófagos de madera y en los rollos de papiro. Algunas de estas creencias fueron analizadas más tarde por estudiosos griegos y romanos, que se mostraron fascinados por una civilización que ya para ellos era antigua y cuya compleja religión tenían vivos deseos de comprender. Gracias a la combinación de estos estudios realizados por los clásicos y a los incontables descubrimientos que han hecho los egiptólogos a lo largo de los años, desde que se descifraran los jeroglíficos a principios del siglo XIX, hoy es posible juntar las piezas del rompecabezas de esa visión tan exclusiva de la vida, la muerte y el cosmos que tuvieron los egipcios, y sobre la cual construyeron una cultura que se mantuvo durante más de tres milenios.

EL ORDEN MÁS ALLÁ DEL CAOS

El marco general egipcio sobre sus mitos comprende, al menos, tres explicaciones sobre la creación. Cada una de ellas se centraba en un dios creador o en un grupo de divinidades: los nueve dioses de Heliópolis, los ocho de Hermópolis y Ptah, el dios de Menfis, capital tradicional de Egipto. A todos ellos se les atribuyó la creación del universo, y en todos los casos sus sacerdotes exigieron que sus templos fueran levantados en el lugar exacto en el que se había iniciado la creación.

EL SEÑOR AUTOCREADO

Los primeros mitos sobre la creación de Egipto afirman que el creador supremo fue Atón, cuyo nombre significa «todo» o «completo». Atón, dios solar, era una variante del gran dios sol Ra (véase página 44), y por ello sus nombres se combinaron a menudo para formar la divinidad compuesta Ra-Atón o Atón-Ra. Sus poderes eran tan grandes que se consideraba que se había creado a sí mismo, y era descrito como «el gran dios que se dio forma a sí mismo» y como «creador no creado». Atón fue señor de Iunu en el Bajo Egipto, más conocido por su nombre griego de Heliópolis «Ciudad del sol». El mito se menciona primero en *Los textos de las pirámides*, inscripciones funerarias que se hallan en las paredes internas de algunas pirámides reales del Imperio antiguo.

En el principio, Atón emergió en silencio del Nun, las oscuras aguas del caos, sobre el montículo primigenio (véase la página siguiente). «El que se hizo a sí mismo» contenía la fuerza vital universal, y por ello Atón fue capaz de crear la vida por sí solo, aunque *Los textos de las pirámides* den dos versiones de cómo fue llevada a cabo su milagrosa acción. En la primera versión, Atón «toma su falo con su mano y eyacula para crear a los dioses gemelos Shu y Tefnut», los dioses del aire y del rocío y la humedad. La segunda versión apunta simplemente que «al estornudar dio vida a Shu, y al toser a Tefnut». Así, «él, que era uno, se volvió tres». La fuerza de su inusual nacimiento arrojó a Shu y Tefnut a las aguas

El dios Atón sentado en su trono con la doble corona real de Egipto aparece en una pintura mural de la tumba de Nefertari, esposa de Ramsés II (hacia 1279-1213 a. de C.) en Tebas Oriental. En su mano derecha sostiene un *ankh*, o «llave de la vida», que indica su función para otorgar la vida como el dios sol creador.

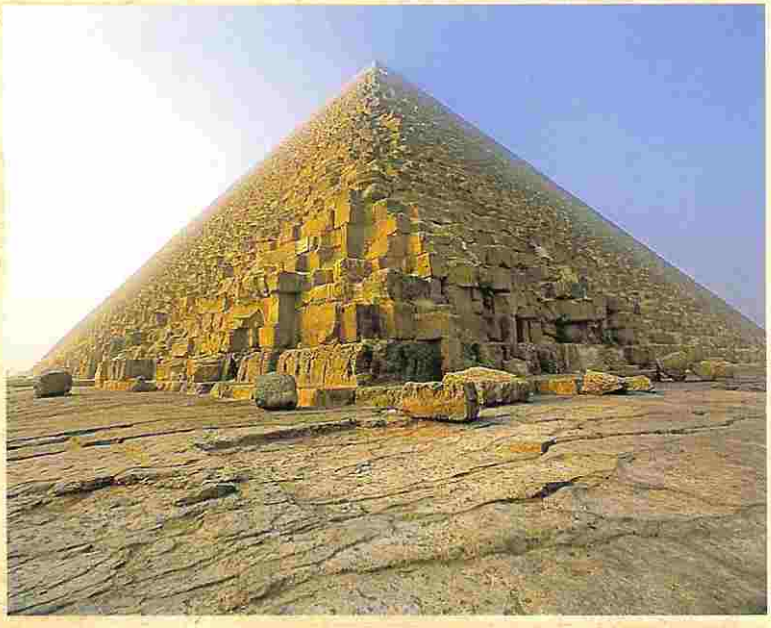
del Nun. Cuando Atón los encontró los abrazó «para que su *ka* [alma] entrara en ellos». Una vez el creador les infundió su fuerza, fueron capaces a su vez de mantener relaciones sexuales a la manera humana y tener sus propios hijos.

Tefnut comenzó la siguiente fase de creación dando a luz al dios de la tierra, Geb y a la diosa del cielo, Nut. Atón colocó a Shu entre Geb y Nut para crear la estructura básica del universo. Más allá del cuerpo arqueado de Nut, que forma el cielo, Atón llevó al Nun a rodear el universo y, como «señor de los límites del cielo», fue él quien impidió que las aguas del caos se lanzaran contra el cielo para envolver y destruir el mundo.

Esta antigua leyenda solar fue adaptada por los sacerdotes de Heliópolis para incorporarle el mito del dios Osiris y dar mayor énfasis a su descenso desde el dios sol. Antes de que fueran separados, Geb y Nut mantuvieron relaciones para tener cuatro hijos propios: Osi-

EL MONTÍCULO PRIMIGENIO

El lugar de la creación es imaginado como un montículo de tierra, llamado *montículo primigenio*, en el que nació el Sol. El montículo surgió desde las aguas sin forma del Nun, como reflejo de la manera en que emergió la tierra tras la retirada anual de las aguas del Nilo. La forma de la Gran pirámide y de las pirámides posteriores se cree que representa el montículo primigenio. La piedra que corona las pirámides, el piramidión, fue colocada para captar los primeros rayos del sol y transmitir sus poderes renovadores a la cámara funeraria del rey. El montículo también era reproducido como *benben*, una piedra piramidal que era venerada en el templo del sol, en Heliópolis.



ris, Isis, Neftis y Set. Su presencia hace del mito heliopolitano de la creación una historia de nueve dioses, conocidos en conjunto como Enéada, del término griego para «nueve». Fueron los conflictos internos de esta familia los que llevaron por primera vez la muerte al mundo (véase páginas 60-63).

Tras la gestación de la gran Enéada fueron creados muchos otros dioses de Egipto, junto con todas las demás cosas del universo. La creación del ser humano se produjo después. Los humanos surgieron cuando el dios sol lloró. A medida que iban cayendo a la tierra sus lágrimas se iban convirtiendo en personas, una transformación que vuelve a traslucirse en un juego de palabras propio del egipcio antiguo: «lágrimas» *(remyt)* y «personas» *(remet)*. Sin embargo, casi tan pronto como fueron creados, los humanos se condujeron a sí mismos hasta los límites de la destrucción según una historia que aparece descrita en las paredes de la tumba de Tutankamón.

EL OJO DE RA

La diosa mujer conocida como «el ojo de Ra» solía adoptar la forma de la amable y hermosa diosa Hathor, que venía a ser representada como una vaca y presentada normalmente en su papel de madre nodriza. No obstante, Hathor sólo era una variante de una diosa que era capaz de transformarse a sí misma, inmediatamente, en una terrible fuerza vengadora y destructora. Con este aspecto adoptó la forma de la feroz diosa leona Sejmet («La poderosa»), y fue con esta forma como el dios sol envió a su hija sobre los humanos.

Hathor-Sejmet también era conocida como la «dama de la embriaguez»—en referencia a la manera en que el dios sol engañó a su hija para que matara a los humanos (véase página siguiente)— en cuyo honor los egipcios beberían grandes cantidades de cerveza.

El dios sol gobernó el mundo que había creado una diosa anciana con huesos de plata, carne de oro y cabello de lapislázuli. Durante una idílica edad de oro, la tierra floreció bajo sus benefactores rayos, si bien a pesar de todos los beneficios que les otorgó, los seres humanos empezaron a desautorizarlo y a conspirar contra él. Furioso por esta traición, el dios sol decidió tomar venganza y castigar a la desagradecida raza humana, para lo que reunió a todas las divinidades en su palacio solar a fin de comunicarles sus intenciones. Todos estuvieron de acuerdo con su plan y decidieron por unanimidad que el agente de destrucción fuera «el ojo de Ra» —la propia hija del dios sol, la más temible de las divinidades— (véase texto en la página anterior).

Aunque algunos traidores humanos intentaron salvar sus vidas ocultándose en el desierto, la fiera diosa-leona les dio alcance y se deleitó con la matanza caminando sobre su sangre. Como se lee en un papiro: «El ojo de Ra aparece ante ti, te devora, te castiga».

Sin embargo, la magnitud del terrible sufrimiento llevó al dios sol a acabar con la matanza antes de que la raza humana quedara completamente aniquilada. Durante la noche, mientras «el ojo de Ra» dormía ruidosamente, Ra ordenó a sus asistentes que corrieran «tan veloces como las sombras» hasta la región de Asuán al sur de Egipto y reunieran grandes cantidades de ocre rojizo. El ocre fue entregado al sumo sacerdote del dios sol en Heliópolis con instrucciones para que lo mezclara con siete mil jarras de fuerte cerveza. Justo antes del alba, este intenso líquido rojo fue vertido sobre la tierra hasta una altura de «tres palmos».

La diosa al despertarse vio lo que creyó que era un extenso lago de sangre humana que empezó a beberse inmediatamente. Pronto estaba tan ebria que se olvidó de su plan de destruir la humanidad y regresó al palacio de su padre para dormir y reponerse de los efectos del alcohol. Fue de este modo como los humanos escaparon a su destino.

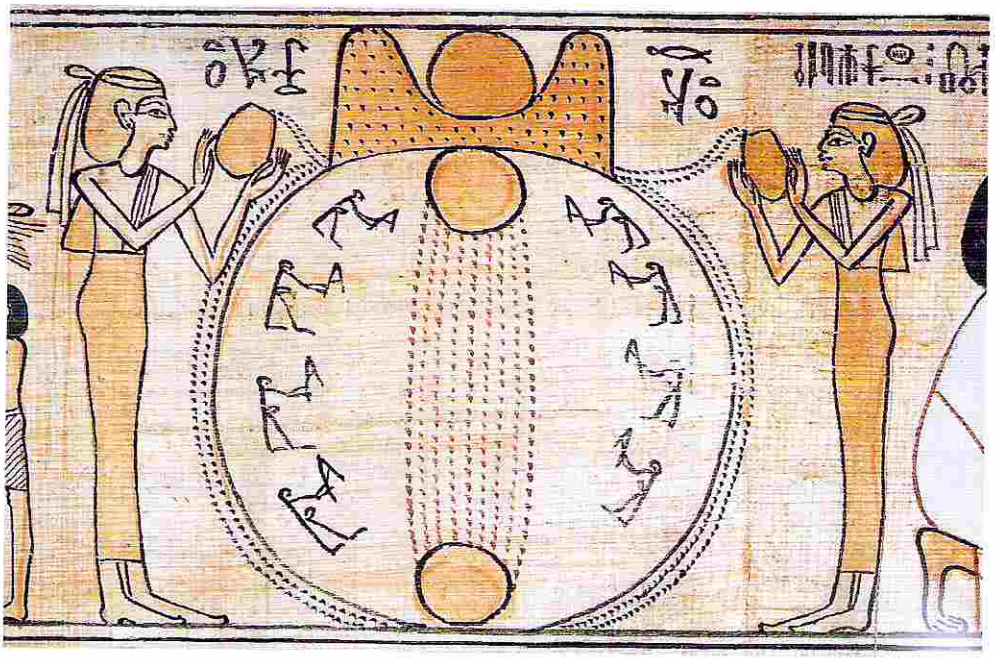
No obstante, el dios sol Ra seguía profundamente apesadumbrado por la traición de los humanos y, cansado de la ingrata tarea de gobernar la tierra, decidió retirarse a los cielos, con la ayuda de su hijo Shu y su nieta Nut, el aire y el cielo. Sin embargo, los seres humanos no quedaron completamente abandonados cuando el dios sol los dejó, ya que Ra señaló al sabio dios Tot, «escriba de la Enéada», como su protector y maestro.

LA ISLA DEL FUEGO

La segunda historia de la creación se inició en Khemu («Ciudad de los Ocho»), el centro de culto del dios Tot, conocido como Hermópolis, «Ciudad de Hermes», ya que los griegos identificaron a Tot con Hermes. El nombre Khemu lo vincula a ocho divinidades, conocidas como «Ogdoad»— del término griego para «ocho»—, descritas como «los padres y las madres que habían sido antes los dioses originales» y «antepasados del sol».

El mito hermopolitano también se inicia en las oscuras aguas primigenias. Latentes en aguas semejantes a las del útero estaban las fuerzas básicas, personificadas en el Ogdoad, a partir de las cuales era posible crear la vida: los dioses Nun, Heh, Kek y Amón y sus

Esta escena de *El libro de los muertos* de Khonsumosis, sacerdote de la XXI dinastía (hacia 1075-945 a. de C.), muestra al Ogdoad como figuras que manejan azadones para crear el montículo primigenio. También aparecen como discos planos para sugerir su calidad misteriosa, o como ranas (Nun, Heh, Kek y Amón) y serpientes (Naunet, Hauhet, Kauket y Amunet) —las primeras criaturas en verse cuando se retiraba el Nilo.



equivalentes femeninos Naunet, Hauhet, Kauket y Amonet. Nun y Naunet representaban las fuerzas de las aguas primigenias; Heh y Hauhet la infinidad (o la fuerza de las corrientes); Kek y Kauket la oscuridad; y Amón y Amonet, la fuerza vital oculta. La fuerza de sus copulaciones emitió una combustión tan potente en las aguas primigenias que dio lugar al montículo primigenio, denominado aquí «isla del Fuego». Tras este primer acto de creación, el Sol surgió repentinamente del montículo para conformar el primer amanecer.

Al declarar que el Ogdoad había creado el Sol, los sacerdotes de Hermópolis apuntaban que su teología era más antigua que la de Heliópolis. El templo de Hermópolis llegó a albergar incluso algunos fragmentos del «huevo cósmico» del cual había surgido el dios sol. Ello hace referencia a una adaptación posterior del mito, en la que Tot situaba el huevo en la cima de la isla del Fuego, marcando el lugar en el que nacería el Sol.

AMÓN, EL CREADOR

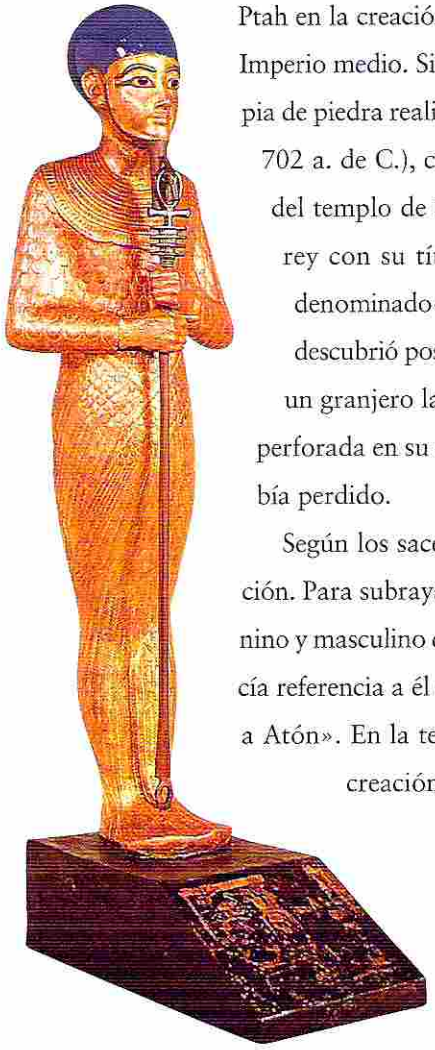
A medida que iba evolucionando el mito de Hermópolis, las divinidades del Ogdoad empezaron a desarrollarse de manera independiente. Esto era especialmente cierto para Amón (a la derecha), que encarnaba el principio creativo masculino. Evolucionando a través de un complejo modelo de mitos, creados a partir de una rana divina que pasó a ser rey divino, su carrera le llevó de desempeñar un papel relativamente menor como uno de los ocho dioses creadores a convertirse en la divinidad suprema de Egipto (véase páginas 52-57), que se concretó en el gran culto a Amón, en Karnak.

Amón sería considerado creador del universo. Igual que Atón también contenía una parte femenina y otra masculina y se dio vida a sí mismo antes de que existiera nada más. Mediante un misterioso proceso sus «fluidos y forma» se combinaron para crear el huevo cósmico de la creación. Una versión del periodo tolemaico llama a Amón «padre del semen, madre del huevo, que creó todo lo que vive, alma oculta que hizo a los dioses».

PTAH, EL ARTESANO

El tercer gran mito de la creación se centró en Menfis, la antigua capital egipcia (Ineb-hedj o Mennefer) y su divinidad principal, Ptah. Menfis acogió durante un tiempo un enorme templo conocido con el nombre de Huwt-ka-Ptah —la «mansión del alma de Ptah»— que podría ser el origen del término griego *aigyptos*, del que deriva el nombre de Egipto. Venerado desde comienzos de la historia egipcia, el papel primordial de Ptah en la creación fue fijado por primera vez, y como muy tarde, durante el Imperio medio. Sin embargo, la pieza principal que ha sobrevivido es una copia de piedra realizada bajo las órdenes del rey Shabaka (que reinó hacia 716-702 a. de C.), cuando se descubrió que el original rollo de papiro antiguo del templo de Ptah estaba deteriorado. La inscripción hace referencia al rey con su título estándar de «hijo de Ra» *(sa Ra)*, pero también es denominado«hijo de Ptah». Por desgracia para los egiptólogos, cuando se descubrió posteriormente la «piedra de Shabaka» a principios del siglo XX, un granjero la estaba utilizando para moler harina. La piedra había sido perforada en su zona central y una parte importante de la inscripción se había perdido.

Según los sacerdotes de Ptah, su dios era el responsable de toda la creación. Para subrayar su dominación se le habían atribuido los caracteres femenino y masculino de las aguas del caos como Ptah-Nun y Ptah-Naunet, y se hacía referencia a él como «el padre que dio vida a Atón, la madre que dio vida a Atón». En la teología menfita, estudio notablemente sofisticado sobre la creación desarrollado por los sacerdotes de Menfis, el universo se



Esta estatuilla dorada de Ptah fue hallada en la tumba de Tutankamón (que reinó hacia 1332-1322 a. de C.) y lo muestra con el pelo muy corto como un artesano. Los complementos son el pilar *djed* (la estabilidad), el cetro *was* (el dominio) y el signo *ankh* (la vida).

formó simplemente con el poder del «corazón» de Ptah (esto es, su mente o intelecto que los egipcios creían que se situaba en el corazón). Tras concebir la idea de la creación del mundo y de los seres vivos —incluyendo los dioses—, la hizo realidad mediante el simple proceso de pronunciar sus nombres, un concepto no muy alejado de la idea judeo-cristiana de la palabra creadora de Dios:

«Los dioses nacieron a través de Ptah; Atón tomó forma en su corazón y en su lengua. El mayor de todos es Ptah, que dio vida a todos los dioses y sus *kas* (almas) a través de su corazón y de su lengua, en la que Horus y Tot habían adoptado forma como Ptah. Éste está en la boca de todos los dioses, todos los humanos, todo el ganado, todas las cosas vivas que se mueven. La Enéada de Ptah son sus dientes y sus labios, son

LA DIOSA CREADORA: NEIT

Igual que los tres principales mitos de la creación, que muestran dioses masculinos o andróginos, Neit también ha sido considerada la principal diosa creadora, al surgir de las aguas de Nun al principio de los tiempos. Los textos del templo de Esna explican que emergió como creadora antes de ser conducida por el Nilo hasta su templo de Sais, en el delta.

Se dice que creó el universo pronunciando siete instrucciones que luego fueron consideradas sus atronadoras carcajadas septuplicadas. Igual que Ptah, que dio forma a los primeros humanos. Una estela hace referencia al rey Amenofis II (que reinó hacia 1426-1401 a. de C.), «que había sido moldeado por Neit», y otros reyes fueron aclamados como «hijo de Neit». En su forma maternal fue tanto como «Neit, la Grande, Madre de Ra», «La Grande y Radiante» madre del dios cocodrilo Sobek e, incluso, de la malvada serpiente Apofis. Sin embargo, como muchas de las diosas madres de Egipto, también tenía un lado destructivo. Se la asociaba estrechamente a la guerra, y se decía que sus poderes eran tan grandes que podía amenazar con hacer que el cielo se cerrara y con destruir el mundo que ella misma había creado.

el semen y las manos de Atón. Todos los dioses nacieron y su Enéada fue completa. Y es que cualquier palabra de dios sucedió a través de lo que su corazón pensó y su lengua dijo. Y Ptah es Tatenen (el montículo primigenio) que dio vida a los dioses y del que todo procede. Es el más poderoso de todos los dioses que está satisfecho de lo que ha creado».

Después de crear todas las cosas, Ptah las perfeccionó con sus habilidades de artesano. Como el dios Khnum, con cabeza de carnero (véase páginas 20-21), Ptah era artesano —el sumo sacerdote de Ptah en Menfis llevaba el título de «Mayor de los controladores de los artesanos». No resulta sorprendente que Ptah fuera un dios muy popular entre la clase trabajadora, especialmente entre los artesanos especializados, que lo consideraban su patrón. Para ellos Ptah era *mesedjer sedjem* —«el oído que escucha»— y le dirigían sus plegarias. En una oración de los trabajadores al dios en la XIII dinastía, un lavandero llamado Hepet, afirma: «Te saludo, oh Ptah, señor de la vida de las Dos Tierras. Estoy ante ti para adorarte, como un sirviente que nunca olvida sus deberes en tus celebraciones». Uno de los apelativos de Ptah es *nefer-her*, que significa «bello de cara», a pesar de que el dios solía ser retratado como una figura andrógina más bien de mirada estática, con un vestido ajustado y una gorra de artesano, y con sus manos sujetando fuertemente el cetro que tiene ante sí.

Conocido también por el sobrenombre de «el señor de la verdad» *(maat)*, Ptah era considerado el administrador «de justicia a quienes hacen lo que se ama y de castigo a quienes hacen lo que se odia... vida para los pacíficos y muerte para los criminales». En una pequeña estela de piedra, un obrero conocido como Neferabu, de Deir el-Medina —el poblado de los constructores de tumbas que se encontraba cerca del Valle de los Reyes—, admitía haber pronunciado «un falso juramento en el nombre de Ptah, señor de la verdad», y que como consecuencia había sido cegado por el dios. ¡Guárdate del señor de la verdad, que ve las acciones de todos!

En la muerte era Ptah —representado por el sacerdote *sem* (véase páginas 93-94)— quien realizaba para los muertos la ceremonia de vida de la «apertura de la boca», que se iniciaba con las palabras: «mi boca es abierta por Ptah».» (Véase página 118).

MAAT, EL ORDEN DIVINO

El universo fue creado en un estado de perfecto equilibrio y así habría que mantenerlo a toda costa. Tras la creación del mundo, nació la diosa Maat como personificación del orden universal y la encarnación del concepto de verdad. Ella era el medio a través del que todo debía vivir, incluyendo los mismos dioses. El dios creador Atón recibía precisas instrucciones en un texto para que inhalase «a tu hija Maat... para que tu corazón pueda vivir», mientras que en otro, a Amón-Ra, rey de dioses, se le dice que «Maat es aliento para tu nariz, tu pan es Maat y tu cerveza es Maat».

Las orientaciones transmitidas por Maat tenían que ser seguidas absolutamente por todos para impedir que las fuerzas del caos alterasen el orden cósmico, que Maat representaba. En el más allá, donde se decía que los benditos muertos «vivían en Maat», ella seguía manteniendo la justicia, de pie junto al trono de Osiris, «señor de Maat», a fin de guiarlo en su juicio a los muertos (véase páginas 124-125).

Descrita como hija de Ra y hermana del rey, Maat suele aparecer como una mujer con una larga pluma en la cabeza. Esta figura es la que se refiere a su nombre en los jeroglíficos, aunque también puede ser representado como una pluma sola o como un símbolo que probablemente sustituya al montículo primigenio —lo cual indicaría la función primordial de Maat en el mantenimiento de la creación desde el inicio de los tiempos.

LA CREACIÓN DE LOS SERES HUMANOS

En la mitología egipcia la creación de los seres humanos se producía como algo posterior al proceso principal de creación del universo y del lugar que los dioses ocupan en él. Tal vez la versión más sorprendente sea la que indica que los humanos fueron creados con arcilla en una rueda de alfarero por el dios creador Khnum (página anterior), con cabeza de carnero, que era adorado en la isla Elefantina, Asuán y Esna. El *Gran himno a Khnum*, cantado todos los años en el festival del dios en Esna, aclamaba a Khnum como creador de toda vida y describía de la siguiente forma su creación del ser humano:

«Él anudó las venas a los huesos,
creados por él en su propio taller,
por eso el aliento de vida
está en todas las cosas.
Los huesos quedaron bien sujetos
desde el principio.

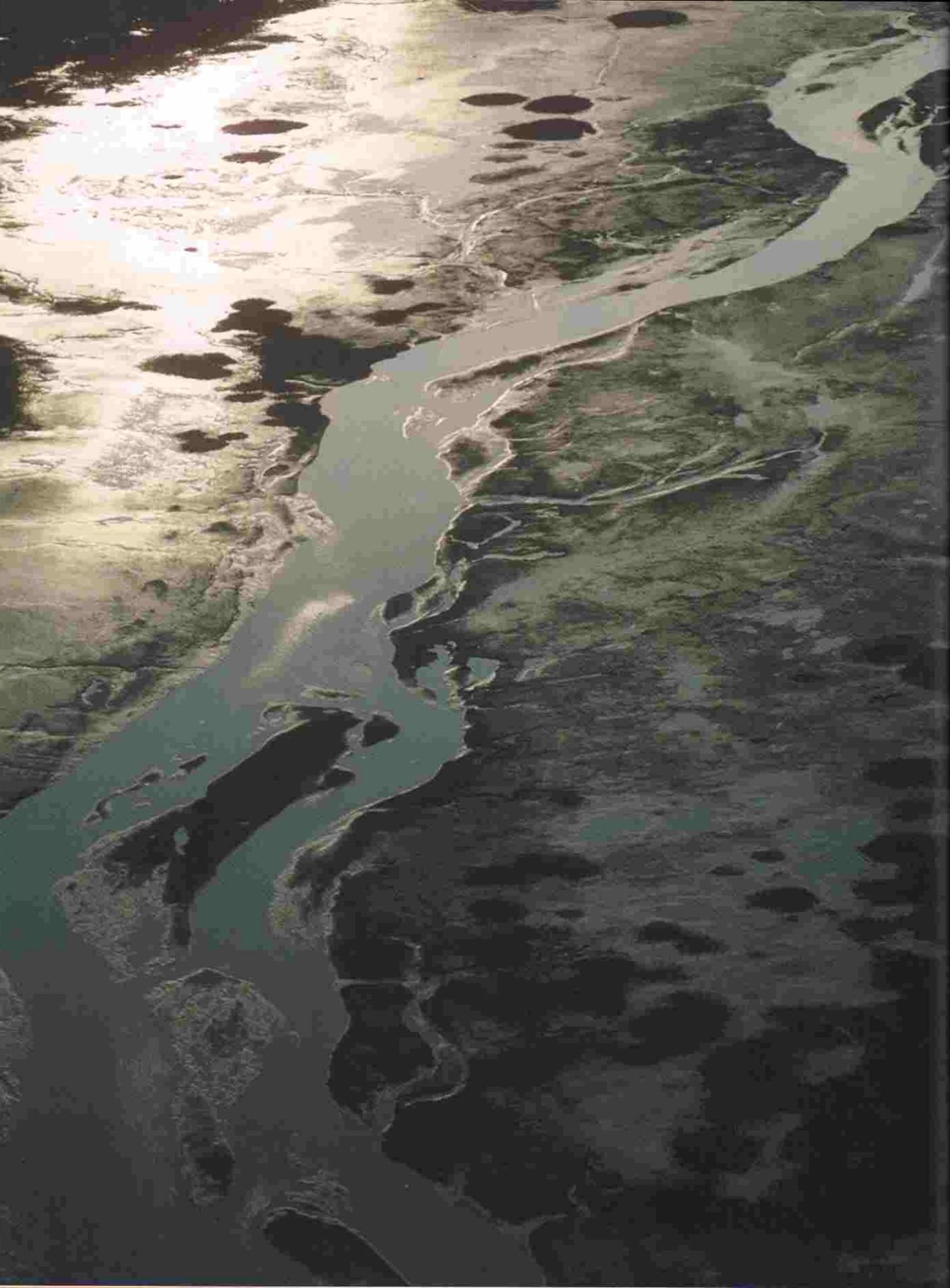
Él hizo que el cabello creciera,
unió la piel a las extremidades,
construyó el cráneo y formó la cara
para dar forma a la imagen.

Él abrió los ojos, talló las orejas,
hizo que el cuerpo inhalara,
vació la boca que permite comer
y la garganta, tragar;
la lengua, hablar; las mandíbulas, abrirse;
la garganta, beber, tragar y escupir.

Él creó la columna como apoyo,
las manos y los dientes para que hagan
su trabajo,
el corazón para servir de guía,
el pene para engendrar y el útero para concebir
y aumentar la población de Egipto;
los pies para pisar y las piernas para caminar,
los huesos que realizan su tarea
por deseo del corazón.

Dio forma a los humanos en su rueda, con un
lengua diferente en cada país distinto a Egipto
—ya que el señor de la rueda es también
su padre—
y que todo esto sea posible está en sus manos,

Cuando su boca escupió todo nació ya que su
rueda gira cada día sin pausa».



LA BURBUJA CÓSMICA

Los egipcios personificaron los elementos y también los conceptos más abstractos como dioses y diosas, cuya compleja interacción mantenía la estructura de un cosmos que se consideraba constituido por cielo, tierra e inframundo. Se creía que el cielo era un mar sin fin, dentro del cual la tierra existía como una especie de «burbuja». La cosmología egipcia, predominantemente basada en el agua, reflejaba la dependencia que tenía el país del Nilo como fuente de vida.

HIJOS DEL SOL

Según el mito de la creación de Heliópolis, por el que el dios sol creó el universo (véase páginas 10-13), el dios sol también creó a los dioses como hijos suyos. Primero nacieron Shu y Tefnut, las divinidades mellizas del aire y del rocío y la humedad. Estos conceptos abstractos fueron personificados de diversas maneras. Mostrando la noción de aire lleno de luz solar, Shu suele aparecer representado con forma humana como un hombre arrodillado con una pluma en su cabeza. La pluma, que también es un elemento de su nombre escrito, hace referencia al aire y sugiere la noción de ligereza. El nombre «Shu» se considera onomatopéyico, ya que en una de las explicaciones sobre su nacimiento, se consideraba que el dios sol le dio la vida con un enorme estornudo.

Como encarnación de la atmósfera, Shu posee una gran variedad de funciones cruciales. Según *Los textos de las pirámides*, Shu y el dios sol ayudan al rey a ascender a los cielos: «¡Con la mano del rey en la mano de Ra, oh, Shu, ayúdale a subir!» Durante el periodo amarna, el dios era descrito como «Shu-que-está-en-Atón», es decir «uno con el propio sol», mientras que en una inscripción posterior perteneciente al faraón Merneptah (que reinó hacia 1213-1203 a. de C.) era Shu quien hacía posible que la luz del sol llegase a la tierra, «ya que él es el único que dispersa las nubes y deja que Egipto vea los rayos del sol». En algunos textos funerarios, los poderes de Shu son invocados en beneficio de los difuntos, como en la siguiente inscripción hallada en la tapa del sarcófago de un hombre llamado Wennofer: «Que Shu envíe hacia tu nariz el dulce viento del norte, el aliento de vida hacia tu nariz».

Shu también puede ser retratado como un león, igual que Tefnut. De ésta, que personifica el rocío, se dice que fue escupida por el dios sol, y su nombre puede escribirse a veces con un jeroglífico de unos labios escupiendo. La misma imagen aparece en la teología menfita de la piedra de Shabaka (véase página 16), que habla de los «dientes y labios» del dios creador Ptah, «que pronunció el nombre de todo, del que nacieron Shu y Tefnut. Como hija del dios sol, Tefnut es una manifestación del feroz «ojo de Ra» (véase página 12).

Tras serles infundidos los poderes del creador, Shu y Tefnut tuvieron sus propios hijos, los mellizos Geb (la tierra) y Nut (el cielo), para iniciar así la siguiente fase de la creación y darle una estructura al universo. A diferencia de muchos otros pueblos antiguos, los egipcios imaginaban la tierra como algo masculino, con el dios macho Geb considerado «el mayor [hijo] de los dioses» presidiendo sus peleas como juez en la Sala de Geb, como ocurrió durante la contienda entre Horus y Set (véase páginas 64-67). Geb también aparece como el padre del rey, cuyo asiento es denominado «el trono de Geb». El rey, cuando muere, es saludado por Geb: «Alegrándose de tu llegada, [Geb] te ofrece sus manos y te besa, y te coloca entre las estrellas imperecederas», y en un pasaje de *Los textos de los sarcófagos*, el difunto declara: «He pasado un millón de años viviendo con Geb en un lugar».

Cuando Nut y Geb fueron creados, Geb se acostó con Nut y ella concibió sus cuatro hijos: Isis, Osiris, Set y Neftis. Sin embargo, esto hizo que no quedara espacio entre la tie-

GEB, EL DIOS DE LA TIERRA

Geb suele ser representado como un hombre tumbado, en ocasiones pintado de verde para simbolizar la fecundidad de la tierra. También puede aparecer con forma de oca, que es el jeroglífico de su nombre. Según un mito sobre la creación, el sonido emitido por su pájaro primigenio, conocido como el «gran graznador» *(gengen wer)*, fue el primer sonido e hizo que el huevo cósmico se resquebrajara, se abriera y liberara toda la vida. El poder de las retumbantes frases pronunciadas por Geb también queda reflejado en la idea de que los terremotos eran su carcajada, mientras que los truenos eran la carcajada de su hermana, la diosa del cielo Nut.

La diosa Nut emerge de un sicómoro con ofrendas de agua y una bandeja de hogazas de pan para el difunto (a la derecha), un sacerdote de nombre khonsumosis, con la que dar a entender que nunca le faltaría alimento en la otra vida. Escena de *El libro de los muertos* de Khonsumosis, de la XXI dinastía (hacia 1075-945 a. de C.).

rra y el cielo para que existiera vida, por lo que Atón situó a su padre Shu, el aire, entre ellos. En su estado como dios del aire, Shu encarnó la atmósfera en la que podía existir la vida, y a partir de entonces, su etérea forma mantuvo separados el verde cuerpo de su hijo Geb y el torso sembrado de estrellas de su hija Nut (véase página 25). Su reino era considerado el hogar de los dioses y *Los textos de las pirámides* hacen referencia al tiempo en el que «el cielo quedó separado de la tierra y los dioses marcharon a aquél».

Nut, una diosa de incalculable poder —entre cuyos sobrenombres encontramos el de «la misteriosa»—, conservó intacto el orden del universo. Con sus manos y pies en los cuatro puntos cardinales, su gran cuerpo arqueado contuvo las aguas del caos, que habían sido impulsadas para envolver el mundo creado. Los egipcios creían que si fracasaban al

mantener el orden en la tierra, entonces el caos triunfaría, porque sus aguas invadirían el cielo, e inundarían y destruirían el mundo. Nut aparece descrita en esta oración del rey de *Los textos de las pirámides*: «Tú, la más grande, que te convertiste en cielo, eres poderosa y fuerte y llenas todos los lugares con tu belleza. La tierra que hay debajo de ti es de tu propiedad y tú la abarcas con tus brazos».

Los egipcios creían que Nut daba a luz al sol todas las mañanas, y que el color rojo del cielo al amanecer era la sangre del parto. El dios sol viajaba posteriormente a través de la parte inferior del cuerpo de Nut durante el día, antes de que ésta lo engullera al caer la noche. El nombre de Nut suele ser traducido como «la acuosa», reflejando la idea de que el dios sol navegaba a través de las aguas de Nut de día antes de desaparecer cada noche. Después de ser engullido por Nut, el dios sol pasaba a través de su cuerpo o navegaba a través de la región oscura denominada duat hasta el alba (véase páginas 44-49). Aunque suele ser llamado «inframundo», de hecho los egipcios solían colocar el duat más bien en el cielo que bajo la tierra, y era descrito a veces como reposando en el cuerpo de Nut para unificar las diversas versiones de su cosmología.

El importante papel que tenía la diosa en la mitología solar egipcia puede verse en su título «señora de Heliópolis» —el centro de adoración del Sol—, aunque Nut no tenía templo propio. Sin embargo, siguiendo con la manera en que las diosas egipcias suelen compartir sus funciones y atributos, Nut comparte su función maternal en la mitología del sol con otras diosas que son descritas como «Madre de Ra» para potenciar su estatus. Por ejemplo, Neit es venerada en una estatua como «Neit, la Grande, madre de dios, la madre que dio a luz a Ra antes de que existiera el nacimiento».

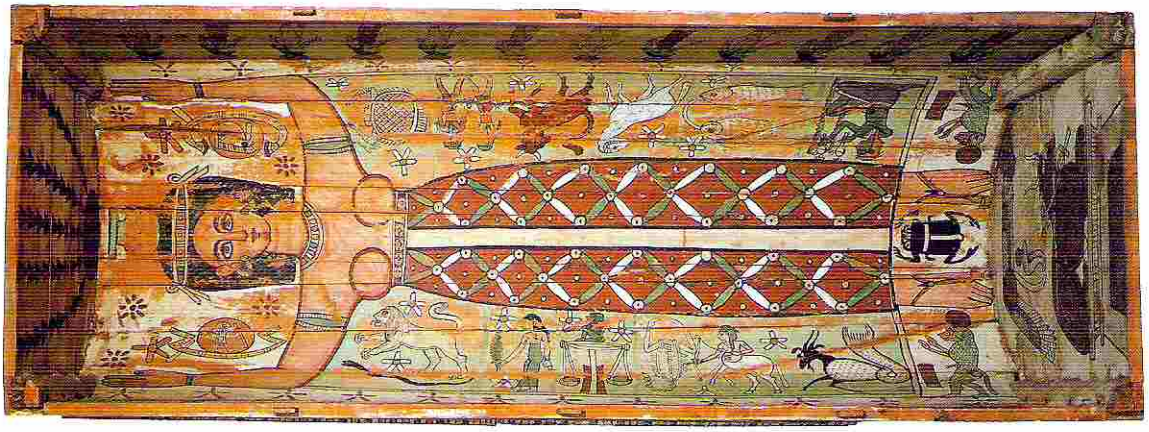
El papel de Nut en el renacimiento diario del sol va en paralelo con su igualmente vital función en la resurrección de los muertos, para quienes actúa de forma protectora y maternal. En *Los textos de las pirámides* el viaje del rey difunto a la otra vida se equipara al paso del dios sol, y además también hacen referencia al momento en el que el rey «está justo ante el cielo y la tierra, justo ante ésta hacia la que ha nadado, hacia la que se ha dirigido y que se halla sobre las piernas de Nut». En algún pasaje de *Los textos de las pirámides*, Nut lleva al difunto rey de la mano y él se une a ella en los cielos en forma de

estrella. Estos escritos también hablan de Nut envolviendo al rey —su hijo, ya que es identificado con Osiris— con sus brazos, una idea transmitida por la imagen del cielo azul oscuro y las estrellas doradas pintadas en los techos de las cámaras funerarias reales.

Como «Señora de Todo», Nut es representada con forma de mujer en el interior de las tapas de los sarcófagos, una imagen que expresa el deseo del difunto de que, como presenta la *Historia de Sinué* del Imperio medio, la diosa pueda «dedicarme la eternidad, extenderse sobre el cuerpo para protegerlo y alimentarlo para siempre». La misma idea queda expresada en la figura de Nut, que aparece como parte del conjunto de abalorios protectores que en ocasiones se colocaban sobre el pecho de la momia. De nuevo con una función nutritiva, Nut puede ser representada emergiendo del sagrado sicómoro para proporcionar aire y agua al difunto en la otra vida.

Generalmente retratada como una esbelta mujer bien proporcionada, tanto arqueada sobre la tierra como emergiendo del sicómoro, Nut puede aparecer también como la vaca celestial o incluso como una cerda cuidando a sus cochinillos, imagen que pretende transmitir sus fértiles cualidades nutrientes. Si bien es más extraño, Nut puede adoptar asimismo la forma de una abeja.

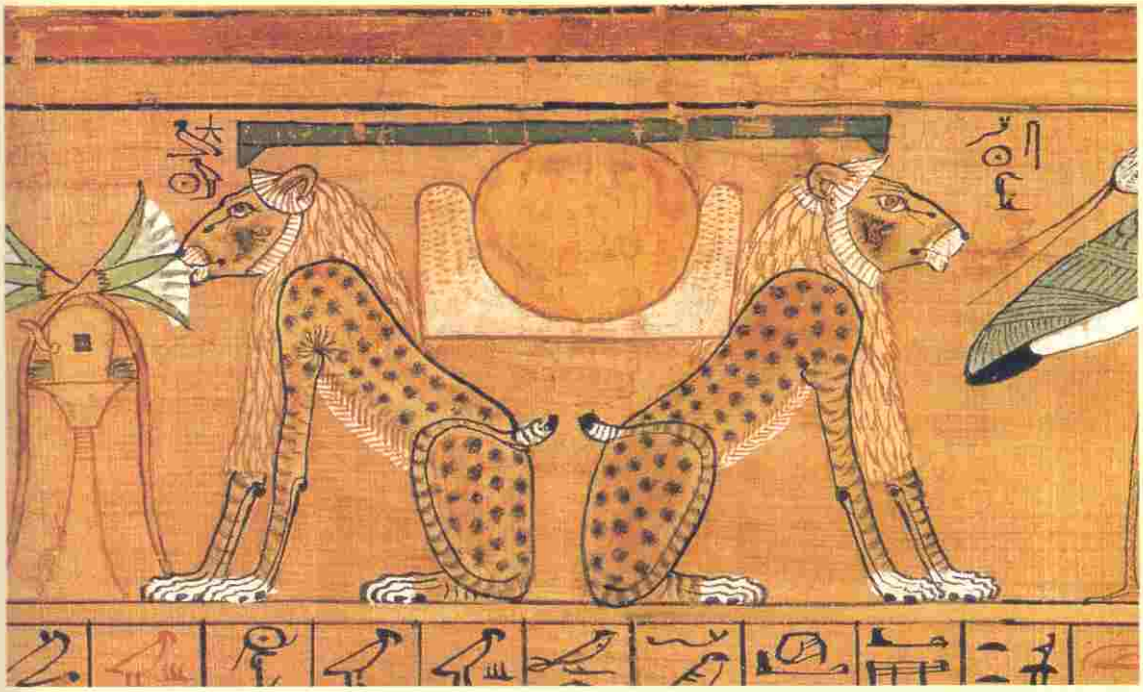
En el interior de esta tapa de sarcófago del siglo II d. de C., la diosa del cielo Nut extendía su abrazo protector sobre el difunto, un hombre llamado Soter. Nut aparecía rodeada por los animales del zodíaco, así como por unas figuras que representaban las horas del día. Entre sus pies, el sol, en forma de escarabajo, renace al alba.



TATENEN Y AKER

En la estructura egipcia para representar el cosmos tripartito: cielo, tierra y duat había otros dioses que compartían el papel de Geb como divinidad de la tierra. Uno de ellos, Tatenen, era un versión de Ptah y representaba el montículo primigenio de tierra que emergió de las aguas del caos (véase página 11), mientras que Aker era un antiguo dios asociado tanto a la tierra como al duat. La función solar de Geb, Tatenen y Aker la hallamos en las inscripciones de las paredes de la cámara funeraria de Ramsés VI (que reino hacia 1145-1137 a. de C.), conocidas como *El libro de la tierra*.

Representado como parte de la tierra con cabeza humana, Aker podía ser también retratado como una figura bicéfala con cabezas humanas o de león, o como un par de leones sentados dándose la espalda y mirando en direcciones opuestas, imagen a la que se hace referencia como «leones del ayer y del mañana». La idea de mirar a ambos lados estaba vinculada al papel de Aker como guardián de las puertas del inframundo, que estaban situadas en los horizontes este y oeste e indicaban las montañas conocidas por los egipcios como Manu y Bakhu. Entrando todas las noches en el inframundo a través de la puerta del oeste, el dios sol podía viajar a través de la espalda de Aker durante la noche, de igual modo que se decía que viajaba a través del cuerpo de la diosa del cielo Nut.



EL RÍO DE LA VIDA

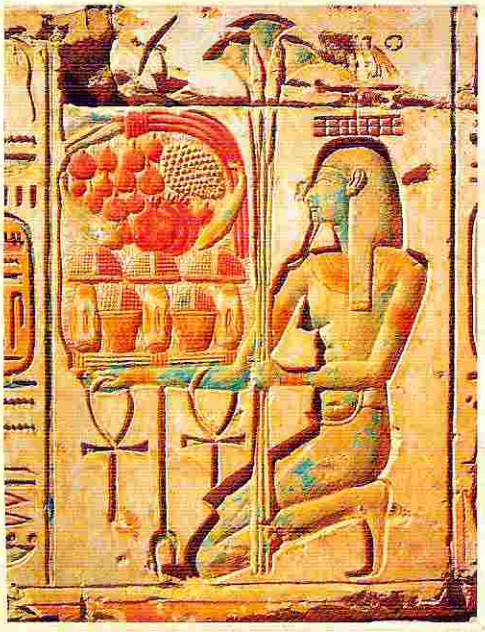
El historiador egipcio Herodoto, que viajó a Egipto en el siglo V a. de C., dijo «Egipto es el regalo del Nilo», una afirmación que expresa con precisión la relación existente entre el país y su río. Sin el Nilo no hubiese existido Egipto, algo que los egipcios apreciaban realmente, ya que sólo ellos disponían de una fuente de agua tan grande y permanente, mientras que sus vecinos tenían que depender de las irregulares lluvias.

Las avenidas del Nilo, al que los egipcios denominaban «el río» (*iteru*), dictaban el ritmo de la vida según ascendía y descendía el nivel de las aguas a lo largo del año y en función de su ciclo anual de crecidas y sequías, que fijaban el calendario egipcio. Había tres

UN HIMNO PARA HAPI

La llegada anual de Hapi, dios de la inundación, era motivo de gran celebración que se expresaba en el himno que se cantaba a Hapi en esta época, compuesto en el Imperio medio pero que sobrevivió en copias posteriores. Éste es un fragmento:

«¡Te saludamos, Hapi, a ti
que surges de la tierra y vienes a alimentar a Egipto!
Tú inundas los campos creados por Ra,
refrescando a quienes están sedientos...
¡Todos los vientres se alegran,
todas las bocas sonríen
y los dientes muestran su sonrisa!
Conquistador de las Dos Tierras, llenas los almacenes,
haces que los graneros estén repletos
y ofreces recompensa a los pobres».



Este fragmento de una pared pintada de la tumba del escriba de la XVIII dinastía Nebamun muestra al escriba acompañado en su batea de papiro por su esposa y su hija. La escena es a la vez la descripción de un entretenimiento habitual de los ricos y una metáfora de la imposición del orden sobre el caos del mundo natural, representado por los asustados pájaros. Reinado de Amenofis III, hacia 1390-1353 a. de C.

estaciones: *ajet* (inundación), *peret* (siembra) y *shemu* (cosecha). El día del Año Nuevo egipcio, que era el 19 de julio, marcaba el inicio de la inundación anunciada por la aparición de Sirio, la estrella más brillante del cielo nocturno (véase página 41).

Aunque generalmente el Nilo era considerado una fuerza benefactora, si sus crecidas anuales (causadas en realidad por las fuertes lluvias estivales en las altas tierras etíopes) no eran lo suficientemente importantes llegaba el hambre (véase página 33). No obstante, si las aguas crecían demasiado también podía ocurrir un desastre, porque las casas de adobe en las que vivía la mayoría de la gente eran arrastradas. Así pues, era imprescindible que los dioses se encargaran de regular la corriente del río. Al dios creador con cabeza de carnero, Khnum (véase página 21) se le atribuía el nacimiento del Nilo desde sus fuentes —que se creía que eran el inframundo— en su templo de la isla de Elefantina, cerca de la frontera sur de Egipto. Khnum, «que moja la tierra con las aguas de Nun», dirigía las aguas desde su cueva hasta las cataratas rocosas cerca del actual Asuán.

Como dios de la resurrección y la fertilidad, Osiris también desempeñó un papel importante en el ciclo anual del Nilo. Como gobernante del inframundo, fue Osiris quien or-

denó que la inundación tuviera lugar todos los años. Cuando las aguas crecían para dar vida a la tierra eran vistas de igual modo que Osiris, que devolvía la vida a los muertos.

Los poderes que desde el agua del Nilo daban la vida eran personificados en el dios Hapi, un personaje andrógino descrito como «gran Hapi» o «pequeño Hapi» en función de la altura de las aguas. A menudo eran representadas en pareja figuras de Hapi atando las heráldicas plantas de loto (Alto Egipto) o los papiros (Bajo Egipto), simbolizando así la manera en la que el Nilo unía la tierra y aportaba riqueza. En ocasiones el rey también aparecía representado como Hapi, de manera que se manifestara su habilidad para bendecir y ofrecer abundancia a sus gentes. Algunas estatuas del faraón Amenofis III (que reinó hacia 1390-1352 a. de C.) lo describen de esta forma. Las crecidas en sí eran encarnadas por la diosa vaca Mehetweret, «la gran crecida», que representaba el aspecto femenino de la nutrición de las aguas y era asociada a Nut y Hathor.

Todas las criaturas que moraban en el río tenían un hueco en la profusa mitología del Nilo. Cocodrilos e hipopótamos eran temidos y venerados como poderosos dioses de pleno derecho. El dios cocodrilo Sobek era honrado en Kom Ombo y en el oasis el Fayum, donde los ataques de los cocodrilos eran especialmente habituales. La ferocidad de Taueret, la diosa hipopótamo, era invocada durante el nacimiento para ahuyentar cualquier mal (véase páginas 72-73). Las aves acuáticas del Nilo tenían una multiplicidad de funciones, y muchas especies encarnaban aspectos de dioses importantes. La oca era asociada a Amón y Geb, el ibis era el pájaro sagrado de Tot, y las garzas eran asociadas al renacimiento del sol. Los peces que abundaban en el río también tenían vinculaciones divinas: la tilapia era considerada el emblema de Hathor y un símbolo de la resurrección, debido a su característico comportamiento por el que se comía sus crías en momentos de peligro y las regurgitaba después, lo que era considerado un acto de autogeneración. Hasta la rana común tenía un espacio en el panteón divino, ya que los cuatro dioses creadores del Ogdoad eran vistos como ranas, mientras que la diosa rana Heket era una divinidad implicada en el creativo acto del nacimiento.

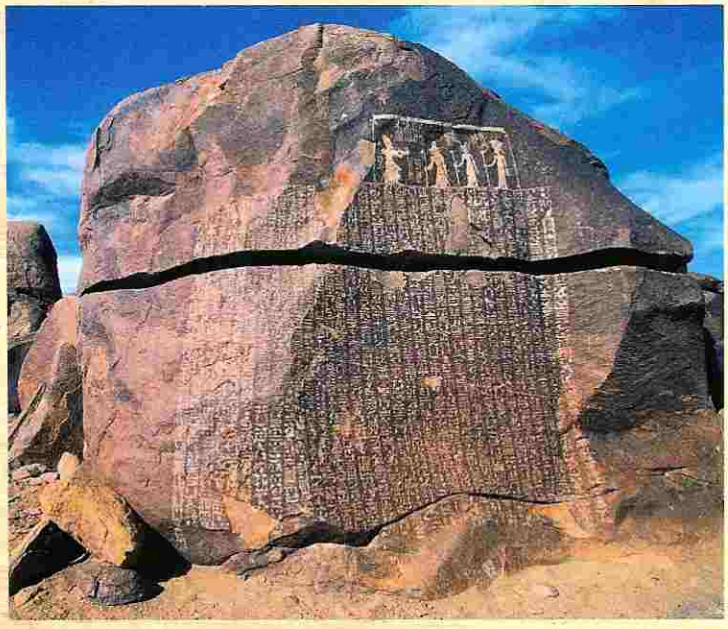
Tanto peces como aves eran considerados como una parte de la riqueza del Nilo enviada por los dioses a los humanos, por lo que en el arte funerario son frecuentes las escenas de pesca y caza en el río. En éstas se representaban, por una parte, la manera en que la abundancia

del río servía de sustento para la vida en este mundo y en el otro; por otra, mostraban al propietario de la tumba aportando activamente orden al caos del mundo natural, al que aludían mediante el aleteo de los asustados pájaros y la posición de los amenazadores cocodrilos al acecho bajo el agua. El difunto asumía un papel similar al del dios sol, que navegaba a través de los cielos por el día y por el inframundo de noche, desafiando a las fuerzas del caos.

El Nilo también era la vía de transporte más importante de Egipto. A diferencia, por ejemplo, del Éufrates —al que los egipcios denominaban «Aguas invertidas»—, el Nilo discurre de sur a norte. Los viajes hacia el norte aprovechaban la corriente, pero para viajar hacia el sur había que confiar en los vientos. Esto aparece reflejado en los jeroglíficos para «viajar hacia el norte» que muestra una barca sin velas, y para «viajar hacia el sur» en los que las barcas muestran las velas desplegadas.

UNA ÉPOCA DE HAMBRE

Tallada directamente en la roca de la isla Sehel, en Asuán, encontramos la «Estela de la hambruna» (a la derecha), una inscripción que data del periodo tolemaico pero hace referencia a acontecimientos que, según parece, habían ocurrido más de dos mil años antes, durante el reinado del rey Zoser (que reinó hacia 2667-2648 a. de C.). La estela muestra cómo Zoser suplicaba al dios Khnum que les devolviera las inundaciones del Nilo que habían sido desastrosamente bajas durante siete años. Un pasaje evoca enérgicamente el sufrimiento de la gente durante la ausencia de inundaciones: «Había poco grano, era difícil hallar alimentos, y los vecinos se robaban mutuamente. Los niños lloraban y los mayores se mostraban afligidos. Estaban desesperados».



UN MUNDO DE DUALIDADES

La religión del Antiguo Egipto se basaba en un esquema de dualidades, las parejas. Para los egipcios, la dualidad más importante era la del orden y el caos, una noción cuya raíz se hallaba en el paisaje egipcio, es decir las orillas habitables y fértiles del río cercadas por un desierto amplio, salvaje e inhóspito. En los mitos, esta dualidad se expresaba básicamente en el nacimiento de la vida a partir de las aguas cósmicas del Nun, la única y eterna, en los principios del mundo. Los egipcios describieron el periodo anterior a la creación como el «tiempo antes de que existieran dos cosas» *(Los textos de los sarcófagos)*; todo aquello que surgiera a la vida tras el milagroso acto de la creación era contrarrestado y equilibrado por su opuesto, sin el cual no existiría. De este modo, el universo se encontraba en un estado de perfecto equilibrio, o de simetría cósmica, personificado y mantenido por la diosa Maat (véase página 19).

Contenidas desde el momento de la creación por la diosa del cielo, Nut, las aguas cósmicas eran el lugar desde el cual surgió al principio la vida, y fue de sus profundidades de donde emergió el mundo. Este escenario se repetía todos los años cuando la tierra volvía a emerger tras el retroceso de las aguas del Nilo, cubierta por los ricos depósitos de sedimentos aluviales oscuros que conferían al país su antiguo nombre egipcio «Kemet», «campos negros». Kemet era un lugar de orden y civilización bajo el gobierno del rey, el encarnado dios Horus, como opuesto a Deshret, «tierras rojas» del desierto, un lugar estéril y hostil bajo el gobierno del caótico Set. Sin embargo, cada vez que veían crecer las aguas del Nilo, generadoras de vida, dispuestas a inundar y regar la tierra los egipcios se alegraban, aunque también eran plenamente conscientes de que si el río crecía demasiado dispondría del poder de causar una destrucción apoteósica.

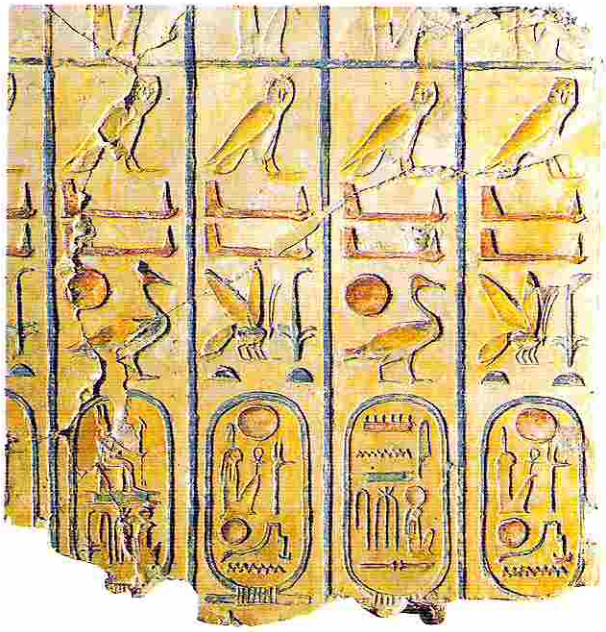
Todo en el universo tenía su contrapartida esencial. La vida y la muerte eran simplemente dos aspectos de un único estado, ya que los difuntos pasaban a otra vida que era considerada una continuación de la vida en la tierra en todos sus aspectos, aunque en un reino diferente: el inframundo, o duat, cuyo paisaje era idéntico al de Egipto.

La vida y la muerte tenían su reflejo en el día y la noche, cuya perfecta y regular alternancia era para los egipcios una señal permanente del modo en que los dioses controlaban el universo. Los señores del tiempo eran Ra, dios sol, y Osiris, dios del inframundo (duat) y gobernante de los muertos. El dios sol gobernaba durante el día y, según *Los textos de los sarcófagos*, «creaba la noche para "el de corazón cansado" (Osiris)».

La asociación de la vida con el día y de la muerte con la noche aparece reflejada en la imaginería del dios sol, cuyo viaje continuo entre el día y la noche refleja el viaje de un individuo por la vida y la muerte. El Sol nacía todas las mañanas, envejecía durante el día y se hundía todas las noches en el inframundo de Osiris, desapareciendo en una oscuridad que representaba a la vez la noche y el reino de los muertos, para volver a aparecer al alba. El renacimiento diario del sol era considerado una confirmación de que los muertos renacían constantemente a otra vida benefactora. En las inmensas profundidades del inframundo, el dios sol y Osiris se fundían para convertirse en una sola divinidad, cuya duplicidad se explica en *El libro de los muertos*: «Osiris es el ayer y Ra es el mañana» (véase páginas 45-49).

Se suponía que los dioses de Egipto tenían vidas similares a las

Este fragmento de relieve sobre piedra caliza muestra al rey Ramsés II a la izquierda (que reinó hacia 1279-1213 a. de C.) recibiendo el aliento vital de su padre divino, Amón. El faraón portaba la doble corona, o *pschent*, una combinación de la corona blanca del Alto Egipto y la corona roja del Bajo Egipto, que simbolizaba su dominio sobre las Dos Tierras (véase página 37).



Parte de una relación de monarcas de Egipto encargada por Ramsés II (que reinó entre 1279 y 1213 a. de C.) para adornar su propio templo de Abydos. En la segunda y la cuarta columnas de la izquierda, leyendo de arriba a abajo, el cartucho (anillo ovalado) que contiene el «nombre en el trono» del rey es precedido por los jeroglíficos para «El del junco y la abeja» *(nisu bity)*, que significaba «rey del Alto y Bajo Egipto». La planta de junco era un emblema heráldico del Alto Egipto, y la abeja, del Bajo Egipto.

de los humanos, en un reino divino paralelo al de la tierra, pero a una escala temporal muy diferente —por ejemplo, una hora en el inframundo equivalía al periodo de vida de una persona en la tierra—. La intervención de las divinidades en el mundo de los humanos era esencial para sostener el *maat*, y esto se apoyaba en una disposición a dos bandas: los dioses trabajarían para mantener el orden cósmico en beneficio de los humanos, que, a cambio, los honrarían reconociendo sus esfuerzos con constantes ofrendas. El intermediario entre el mundo de los hombres y el de los dioses era el rey, cuya persona también estaba marcada por dualidades inherentes. Él (o, en algún caso, ella), hijo de mortales, también era hijo de los dioses y representante de éstos en la tierra. En esta función —y algunos reyes clamaban ser únicamente de parentesco divino— el rey era considerado la reencarnación de Horus, hijo de Osiris, pero también era venerado como hijo de Amón.

Todo rey difunto era identificado con Osiris, cuya muerte trajo la muerte al mundo e hizo que se iniciara la continuidad de la vida y el más allá (véase páginas 58-61). Así mismo, fue la primera señal para el mundo de que donde reina el orden, el caos no suele andar lejos, en la forma del turbulento dios Set (véase páginas 64-67).

LAS DOS TIERRAS

A menudo se hacía referencia a Egipto como las «Dos Tierras», porque el reino estaba dividido geográfica y políticamente en dos: el Bajo Egipto (la región del delta del Nilo) y el Alto Egipto (desde la base del delta hasta el actual Asuán). Uno de los títulos reales, el «nombre en el trono», siempre se inicia con el texto «rey del Alto y el Bajo Egipto». En el lenguaje jeroglífico, esto se escribe como «el del junco y la abeja» *(nisu bity)*, donde el junco representa el Alto Egipto y la abeja el Bajo Egipto. La idea de las Dos Tierras unidas bajo el mando del faraón también es transmitida por la imagen del loto y el papiro entrelazados, ya que estas dos plantas son el símbolo heráldico del Alto y el Bajo Egipto respectivamente.

Las Dos Tierras eran representadas en las insignias reales por la corona blanca del Alto Egipto y la roja del Bajo Egipto, portadas como coronas independientes o bien combinadas para simbolizar la autoridad real sobre todo el reino unido. Las coronas se asociaban a las dos divinidades protectoras, Nejbet, la diosa buitre (Alto Egipto), y Uadyet, la diosa cobra (Bajo Egipto), imágenes que el rey llevaba en su frente para protegerse de sus enemigos, como puede verse en la máscara de Tutankamón (véase ilustración).

El centro de culto de Nejbet (el-Kab), en el Alto Egipto, quedaba equilibrado con el de Uadyet, en la ciudad de Buto (Tell el-Fara'in) en el Bajo Egipto. Este antiguo «hermanamiento de ciudades» se descubre por la existencia de algunas ciudades con el mismo nombre en el Alto y el Bajo Egipto. Incluso Heliópolis, el gran centro del dios sol en el norte, se equilibraba con Tebas, «la Heliópolis del Sur», donde el dios sol era adorado como Amón-Ra. Una de las dos enormes estatuas sedentes de Amenofis III, conocida como los «Colosos de Memnón», muestra una inscripción que hace referencia a los monumentos que fueron «trasladados desde la Heliópolis del Bajo Egipto hasta la Heliópolis del Alto Egipto» —una referencia a los orígenes de las estatuas situados en las canteras de piedra cercanas a la ciudad del norte y su destino final en la ciudad del sur.

VÍAS FLUVIALES NOCTURNAS

En la compleja visión egipcia del universo, los cielos eran imaginados como una gran extensión de agua, a lo largo de la cual tanto los dioses como los cuerpos celestiales navegaban en barco como reflejo de la vida en el Nilo. Se creía que el cielo nocturno era el lugar en el que estaban ubicados los cañaverales, destino último del difunto. Allí, en una versión idealizada de Egipto, quienes habían sorteado con éxito los riesgos del inframundo y del juicio ante Osiris (véase páginas 124-129) seguían viviendo en un estado de gozo, realizando el mínimo trabajo necesario para producir una cosecha eternamente abundante.

Para cruzar las aguas del cielo se requerían los servicios de un barquero, llamado Mahaf en *El libro de los muertos*, y al que se hace referencia en *Los textos de las pirámides* como «barquero de los justos, balsero de los cañaverales». *Los textos de las pirámides* sitúan los cañaverales en el cielo oriental, donde el dios sol era purificado cada día junto con el rey difunto. Los campos también eran conocidos como «campos de ofrendas», y en ocasiones los sarcófagos eran adornados para beneficio del difunto con mapas completos de la región celestial, con las ciudades celestiales y rasgos geográficos como la «vía fluvial del hipopótamo blanco», la «vía fluvial de la ofrenda de dios» y el «mar de los dioses».

En otros lugares son denominados «campos del oeste» y se dice que estaban donde el sol se ponía, en la puerta al inframundo. Sin embargo, otra versión sitúa el reino de los muertos en el cielo norte y asocia al difunto inmortal con las estrellas circumpolares, que nunca desaparecen del cielo —a ello se debe su nombre egipcio de «estrellas imperecederas».

La ascensión del alma del difunto a los cielos para convertirse en una estrella situada entre los dioses era inicialmente un privilegio limitado únicamente al rey. Su destino estelar aparece descrito en *Los textos de las pirámides* reales, donde la diosa del cielo Nut invita al rey a subir a su trono «entre las estrellas del cielo». Después de eso el rey es considerado «un espíritu indestructible como la estrella de la mañana por encima de la inundación». Éste es un motivo que encontramos constantemente en los textos funerarios

reales, que Seti I (que reinó hacia 1294-1279 a. de C.) describió en un escrito llamado *El libro de la noche* como «toro brillante que está con las estrellas incansables».

A medida que la otra vida se iba haciendo cada vez más accesible a todos, incluso las personas no reales podían esperar ser «abrazadas por Hathor, señora de las estrellas» como gran «vaca celestial» —la forma más antigua de Hathor, que compartía los atributos de Nut, era la de una vaca rodeada por estrellas— (véase páginas 68-69). En uno de los pasajes más hermosos de *Los textos de las pirámides*, Nut aparece dispersando las estrellas, cuya luz verde es un paralelismo con la vegetación y la vida: «¡Gran Diosa, tú que siembras las piedras verdes malaquita y turquesa, que el rey sea tan verde como tú, verde como el cañaveral vivo!». (El turquesa verde era más apreciado que la variedad azul claro).

Los egipcios eran buenos astrónomos y estudiaban el cielo nocturno desde los observatorios de los tejados de sus templos, analizando el movimiento de las estrellas para calcular el paso del tiempo y las estaciones con fines rituales y agrícolas. Dividieron el cielo nocturno en

Las doce constelaciones familiares del zodíaco son de origen mesopotámico y no fueron adoptadas por los antiguos egipcios hasta un periodo relativamente tardío de su historia, el periodo tolemaico. Este material gráfico se basaba en el techo del zodíaco de Dendera (actualmente en el Louvre), dedicado a una forma de Hathor asociada a la diosa del cielo, Nut.

Fragmento de una pintura mural del Imperio nuevo que muestra a Osiris, que se identificaba con Orión. Uno de sus sobrenombres era «el que mora en Orión, con una estación en el cielo y otra estación en la tierra».

36 decanos, o grupos de estrellas, cada uno de ellos representado por un dios estrella en particular que viajaba en barco por los cielos durante un periodo de diez días. Todo ello permitió crear el año egipcio de 360 días, al que se añadieron cinco días extra para formar el año completo (que, sin embargo, continuaba siendo 0,25 días más corto). En estos cinco días se celebraba el cumpleaños de Osiris, Isis, Horus, Set y Neftis.

Los egipcios identificaron la Vía Láctea, describiéndola como «camino trillado de las estrellas», situado «en la parte alta del cielo». Así mismo, reconocieron numerosas constelaciones, incluidas la Osa Mayor y Orión, que eran representadas por el dios Sah, consorte de las diosas Sopdet y Sirio (véase página siguiente). Orión también fue identificada con Osiris y, por ello, con el rey difunto, que se convirtió en uno solo con Osiris cuando subió a los cielos al morir por orden de Atón. A continuación fue transformado por su madre, la diosa de los cielos Nut, en «una estrella indestructible». El proceso por el cual el rey logró su transformación se describe en *Los textos de las pirámides*: «Ra sostiene tu mano, la Enéada levanta tu cabeza. Él viene como Orión, concebido por el cielo, nacido del duat; debes salir con Orión en el cielo este y ponerte con Orión en el cielo oeste; Sirio es tu guía por los senderos del cielo, entre los cañaverales».

Imágenes del cielo nocturno decoran varios templos y tumbas, con «relojes de estrellas» de los decanos inscritos en sarcófagos y techos completos, adornados con imágenes sembradas de estrellas de Nut en azul y oro. Durante épocas de tumultos, los egipcios creían que los cielos se balanceaban al borde del caos, cuando «las estrellas oscurecían, los cielos temblaban, la tierra se agitaba, y los planetas permanecían tranquilos». El cataclismo fi-

nal fue vivido en un tiempo en el que «las estrellas volcaron y quedaron cabeza abajo, sin saber cómo volver a elevarse».

Los astrónomos egipcios identificaron cinco de los nueve planetas y los llamaron «las estrellas que no tienen descanso» (que significa algo parecido a lo que indica el término griego *planetas*, «errantes»). Creían que eran dioses que navegaban por el cielo. Tres de los planetas se identificaban con Horus, cuya forma más antigua era un dios del cielo: «Horus, que limita las Dos Tierras» (Júpiter); «Horus, toro del cielo» (Saturno); y «rojo Horus» (Marte). Mercurio se asociaba al dios Set, y Venus era un dios varón, aclamado como «dios de la mañana» y conocido también como la «estrella solitaria». El planeta se vinculó en *Los textos de las pirámides* al solitario esplendor del rey difunto, «que mira hacia abajo, a Osiris, que gobierna el mundo espiritual mientras permanece solo lejos de él».

SIRIO

Los egipcios consideraban a Sirio, la estrella perro, la estrella más importante, porque su aparición al alba en torno al 19 de julio marcaba el Año Nuevo e indicaba el comienzo de la inundación anual del Nilo. Sirio, la estrella más brillante del cielo, era representada por la hermosa diosa Sopdet (*Sothis* en griego), descrita como una mujer con una estrella en su cabeza; a ella se hacía referencia como «descendencia del alba» y «portadora del nuevo año y de la inundación del Nilo». Un poeta egipcio describió a su amada como «la más bella, como la estrella de la mañana naciente al inicio de un año feliz». Sopdet era considerada la hermana del rey difunto y llegó a asociarse a Isis.

ESTRELLAS NAVEGANTES

Los egipcios creían que los cielos estaban hechos de agua y que los dioses navegaban por ellos. Al principio se creía que todos ellos —incluido el gran Ra— viajaban en simples barcazas de caña, naves comunes utilizadas para la caza y la pesca en el Nilo y que a menudo aparecen pintadas en las escenas de las tumbas. Esta imagen dejó paso pronto a la de una barca celestial, una nave majestuosa equipada con varios remos, como las descubiertas cerca de la Gran Pirámide de Keops y en otras partes, más adecuadas al estatus real y dotadas con poderes divinos. El dios sol viajaba por el cielo durante el día en su «barca diurna», antes de desaparecer cuando descendía por el oeste hacia el inframundo y lo recorría en su «barca nocturna» (véase página 45). En su recorrido las estrellas de la noche se impulsaban a sí mismas por las aguas nocturnas, rogando al sol, cantándole este himno de oración, de *El libro de los muertos:*

«Te saludamos, oh Ra, en tu nacimiento,
avanzas según tu voluntad en tu barca nocturna,
tu corazón está feliz gracias a un ligero viento en la barca diurna,
lleno de alegría al cruzar el cielo con los bendecidos.

Todos tus enemigos han sido aplastados,
las estrellas incansables te alaban,
las estrellas imperecederas te veneran
cuando te pones en el horizonte de Manu,
feliz y vivo para siempre como mi señor».

EL RENACIMIENTO DEL SOL

Mientras las aguas del Nilo eran las que daban vida a su desértica tierra, los rayos solares daban sustento a esa vida; por ello la adoración al sol inunda la literatura egipcia: «Amor por ti, que llenas la tierra cuando tus rayos impregnan todo el paisaje; eres el bienestar de todo y todos cuando apareces». El sol, al salir cada mañana, hacía que la tierra centelleara como un brillante, y por ello era la divinidad dominante de Egipto y la suprema fuerza creadora, y como tal penetraba en los tres reinos: el cielo, la tierra y el duat.

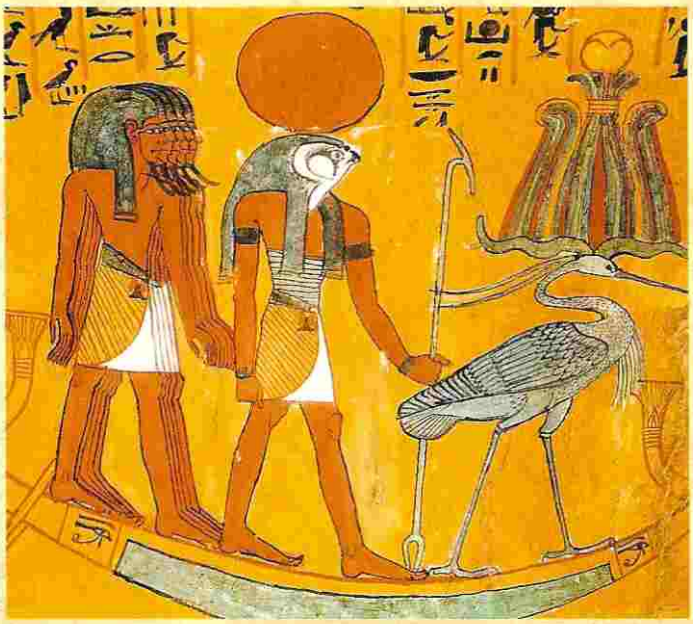
Venerado como Ra y como Atón en el principal templo solar de Egipto, en Heliópolis, el dios sol surgió de las aguas primigenias para crear el universo, emergiendo como Atón por encima del montículo primigenio en el primer amanecer (véase páginas 10-11). Esta «criatura dorada» contenía en sí toda la fuerza de la luz y el calor, y brotó para poner la creación en movimiento. Para los egipcios, la apertura cada amanecer de los pétalos de loto simbolizaba la liberación del sol de la oscuridad de la noche. El dios sol era también el «gran gato», enemigo de Apofis (Apep), la gran serpiente del caos. Los egipcios invocaban los poderes del «gato macho que mató a la serpiente del caos». El viaje diurno del sol era un ciclo eterno de renovación que simbolizaba el triunfo de la vida sobre la muer-

La pirámide egipcia clásica es considerada una representación del montículo sobre el que nació el sol (véase página 11). Sin embargo, se suele pensar que la primera pirámide —la pirámide escalonada de Saqqara, del rey Zoser de la III dinastía (a la izquierda)— fue creada como escalera por la que el alma inmortal del rey subiría a los cielos. Allí ocuparía su lugar junto al Sol y los demás dioses.

te. De día, el dios sol cruzaba el cielo en una gran barca. Al atardecer desaparecía por detrás de la montaña occidental de Manu, para proseguir su viaje por el inframundo durante la noche. En este viaje el dios tenía que combatir contra las incontables fuerzas del caos, lideradas por Apofis, que querían impedir que el Sol alcanzara el horizonte este de Bakhu. Ayudaban a Ra en sus batallas las fuerzas de la luz y del orden representadas por los grandes dioses de Egipto y otros seres como Hu (autoridad), Sia (entendimiento) y Heka (magia). Todos navegaban por el duat en su barca con el sol junto al rey difunto y, en el Imperio medio, por las almas de todos los muertos benditos. Durante su viaje nocturno, el dios sol era denominado «carne de Ra». El inframundo también era el reino de Osiris, pero la existencia de dos gobernantes en el duat era posible si se combinaban las dos grandes divinidades. En lo más profundo de la oscuridad, cada dios infundía al otro sus pode-

EL PÁJARO BENU

El dios sol es representado por un pájaro sagrado denominado *benu*, descrito en *Los textos de los sarcófagos* como «la forma que le correspondió a Atón para ser él mismo». El pájaro se asocia con el centro del dios sol de Heliópolis, y hay un capítulo de *El libro de los muertos* que habla de la transformación en un pájaro *benu*, de forma que el difunto pueda vivir de nuevo como el dios sol. Si bien al principio era dibujado como una lavandera amarilla, el *benu* fue representado luego como una garza real (a la derecha). Los griegos vinculaban el *benu* a su ave fénix, por lo que la conexión del *benu* con el sol y la resurrección podría haber tenido influencia en la historia del ave fénix que resurge de las cenizas.



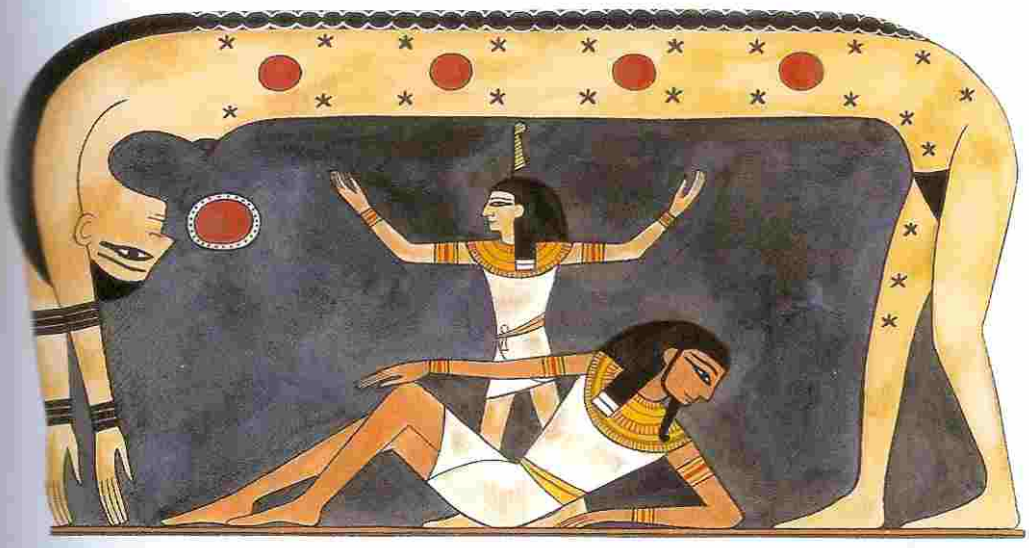
res revitalizadores y los dos se abrazaban para tornarse uno solo al que se hacía referencia como «Ra en Osiris, Osiris en Ra».

Encontramos detalles del viaje nocturno del dios sol en tres importantes textos funerarios —*El libro de amduat, El libro de las cavernas y El libro de las puertas*—, así como en las imágenes de las tumbas reales. Cada hora de la noche era considerada una región o una caverna independiente, cada una de ellas con su propia puerta protegida por numerosos semidioses y demonios. Para que Ra y su divina comitiva (y los mortales difuntos que llevaban a cabo el mismo viaje) pudieran pasar por el inframundo de forma segura, tenían que conocer a la perfección el nombre y los poderes de los guardianes. Ra dominaba a estos guardias por el simple, aunque poderoso, acto de pronunciar sus nombres. Por ejemplo, al entrar en la primera caverna, exclamaba: «¡Aguijón aterrador de tu caverna,

EL ESCARABAJO SAGRADO

Los egipcios eligieron el escarabajo común, o escarabajo estercolero, para representar a Jepri, el dios sol al alba. La imagen de Jepri impulsando al sol para que saliera del inframundo y subiera al cielo se parecía a la forma en que los escarabajos empujan las bolas de estiércol para sacarlas de sus nidos. El estiércol contiene las larvas del escarabajo, que son incubadas en el interior antes de abrirse y echar a volar. Para los egipcios, este acto aparentemente milagroso simbolizaba los poderes del dios sol para la creación y la autogeneración, como refleja el nombre Jepri («El que llegó a la vida»).

Como Atón-Jepri, el dios sol creador salió por encima del montículo primigenio, imagen que fue representada en un bloque de piedra con un escarabajo por Amenofis III junto al lago sagrado de Karnak. A una escala más pequeña, entre las joyas de Tutankamón se encontraron varios escarabajos empujando el disco solar, imagen que representa la vida eterna y explica uno de los nombres del rey: Nebjeperure («señorial manifestación de Ra»). Jepri, generalmente representado por un escarabajo, también puede aparecer en forma antropomórfica pero con cabeza de escarabajo.



Shu separa a Nut, el cielo, y Geb, la tierra. Después de viajar a lo largo de la parte inferior del cuerpo de Nut durante el día, el sol es tragado por la diosa todas las noches y pasa por su cuerpo con las estrellas, para volver a nacer al amanecer. El cielo rojo del alba representa la sangre de Nut al dar a luz al sol.

sométete y deja paso!» A medida que Ra iba pasando de una caverna a la siguiente, sus enemigos eran asesinados sin piedad. La hija de Ra, *el ojo*, «clavó su arpón en Apofis», y Set también era dibujado arponeando a la serpiente desde la proa de la barca nocturna. Por último, a Apofis se le clavaban unos cuchillos, se hacían nudos con su cuerpo y se la dejaba sin vista, sin olfato y sin oído. Al mismo tiempo, el difunto bendito que moraba en el inframundo era resucitado de noche por la luz del dios que otorgaba la vida.

Tras pasar con éxito por la duodécima y última puerta, Ra se preparaba para emerger de nuevo al mundo. Adoptando la forma de Jepri, el escarabajo pelotero, era impulsado hacia arriba en su barca por las aguas primigenias de Nun, mientras la diosa del cielo, Nut, bajaba para darle apoyo, al tiempo que era ayudada, a su vez, desde el inframundo por Osiris. No obstante, el dios sol aparece descrito con mayor frecuencia como renacido directamente del útero de Nut, surgido entre la sangre del parto, representada por el color rojo del cielo oriental al alba. La idea de que el dios sol viajaba a través del cuerpo de Nut por la noche (véase la ilustración de la página 47) incorporaba el concepto de su viaje a

través del duat, ya que los egipcios concebían el duat simultáneamente como un inframundo y como una región dentro del cuerpo del cielo nocturno.

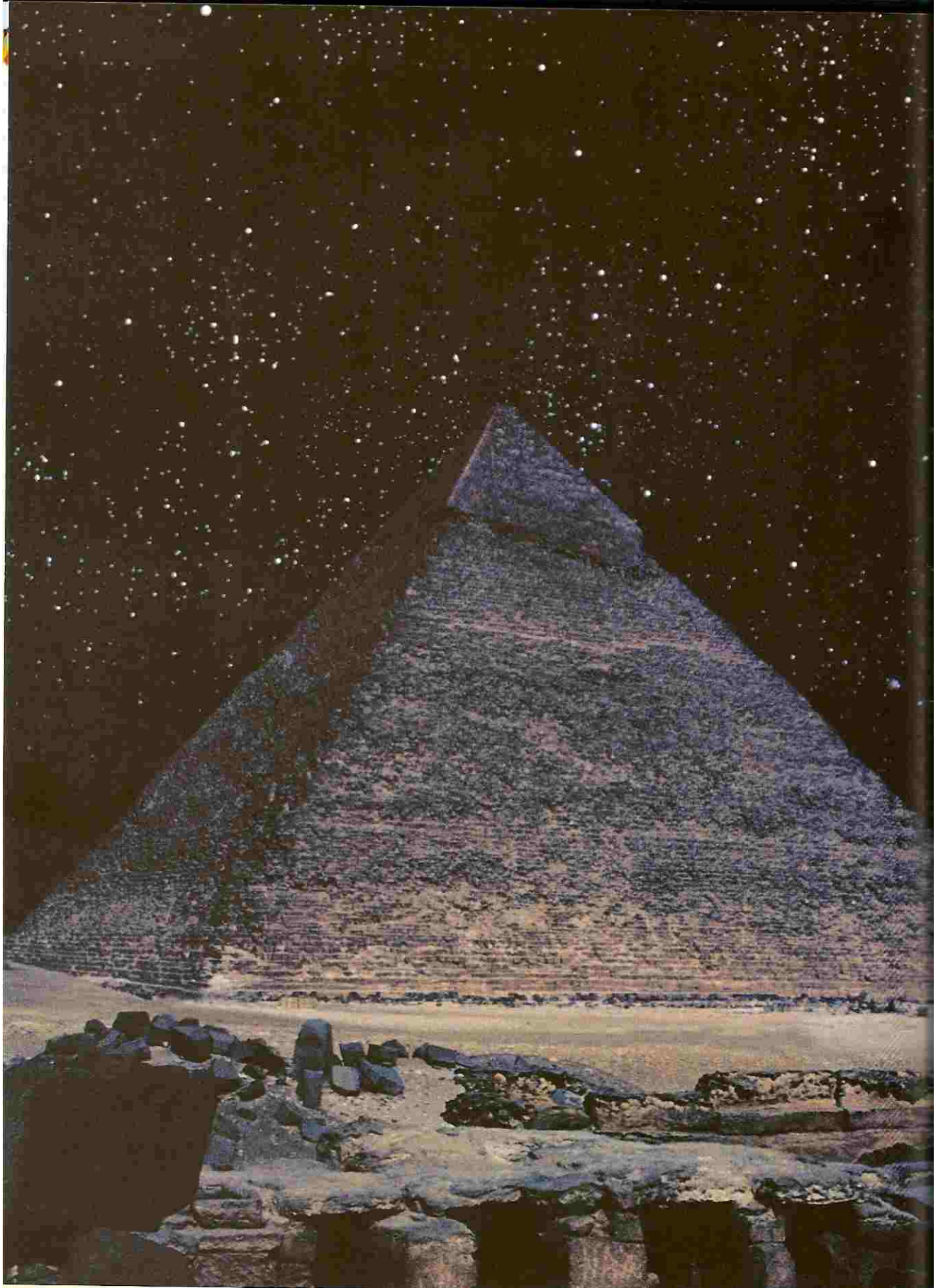
El dios sol tenía tres formas principales, como determina claramente el siguiente texto: «Soy Jepri por la mañana (véase el texto de la página 46), Ra al mediodía y Atón al atardecer». Sin embargo, los egipcios captaban cada aspecto de los poderes del sol a través de una amplia variedad de dioses solares. El más supremo de ellos era Ra, cuyo nombre significaba simplemente «sol». Las diosas eran denominadas «madre de Ra» para potenciar su estatus, y los dioses se unían regularmente con él con el fin de aprovechar sus poderes. Así, Amón se convertía en Amón-Ra, rey de dioses (véase páginas 52-57), y otras poderosas combinaciones incluían Khnum-Ra, Sobek-Ra y Ra-Atón. En el caso de Ra-Atón, el dios sol se combinaba con su propio antiguo aspecto creador para representar el sol poniente.

El Ra naciente al alba podía combinarse también con Horajty, un aspecto del dios halcón Horus («Horus del horizonte»), para dar lugar a Ra-Horajty. Otra forma de Horus solar era Horemajet («Horus en el horizonte»). La Gran Esfinge de Gizeh, creada como imagen del faraón Kefrén de la IV dinastía, fue posteriormente reinterpretada como imagen de Horemajet, a cuyos pies cada nuevo faraón recibía las bendiciones del dios sol. De vez en cuando todas las formas del dios sol se combinaban para producir la forma Ra-Horajty-Atón-Horus-Jepri.

El disco solar en el cielo fue denominado *aten* y era venerado como el medio por el que la luz del sol entraba en el mundo. Durante la XVIII dinastía fue ascendido al nivel de divinidad. Amenofis III (que reinó hacia 1390-1352 a. de C.) adoptó el sobrenombre de «deslumbrante Aten» y construyó para Aten su propio templo en Heliópolis. Con el tiempo el sol fue adorado principalmente en esta forma y absorbió los títulos y atributos de muchos otros dioses. Bajo el reinado de su hijo Amenofis IV (que reinó hacia 1352-1336 a. de C.), que adoptó el nombre de Akhenatón («beneficioso para Aten»), Aten se convirtió en el dios supremo de Egipto, representado normalmente como un radiante disco solar, en el que cada uno de los rayos se terminaba en una pequeña mano que sostenía un símbolo *ankh* de vida. No obstante, Akhenatón adoró inicialmente a Aten como Ra-Horajty, y representaba a este dios, como Ra y Horus, como un hombre con cabeza de halcón.

Seres divinos adoran al sol naciente, representado como el disco solar o *aten*, que es el medio por el que el dios sol reparte la luz y la vida en el mundo. Los egipcios creían que las almas de los reyes muertos se elevaban y se unían al *aten*. Esta imagen es un detalle del sarcófago del escriba real Nes-shutefnut, hacia el año 300 a. de C.

Akhenatón no era monoteísta, como en ocasiones se ha escrito. Si bien Amón y su poderoso clero fueron suprimidos por motivos políticos, y Osiris y su oscuro reino eran considerados incompatibles con la teología de luz de Atón, las demás divinidades tradicionales egipcias siguieron siendo veneradas. En un himno hallado en cinco tumbas en Amarna, el emplazamiento de la capital de Akhenatón, éste («horizonte de Aten»), menciona a Ra-Horajty, Shu, Maat y Ra; además, uno de los propios títulos de Akhenatón, Neferkherperure, contiene el nombre de los dioses solares Ra y Jepri. Amón fue reintroducido como divinidad suprema de Egipto por Tutankamón, pero Aten siguió siendo adorado como un aspecto del gran dios sol durante varios reinados.



SERES DIVINOS

En la religión de Egipto había muchos dioses y diosas, actores de un compendio de historias y mitos, que protegían a los muertos en su viaje la otra vida. Veneradas en templos y en santuarios locales, estas divinidades podían adoptar diversas formas y eran representadas como humanos, como animales o bien como un híbrido entre ambos. Las identidades de los dioses y las diosas estaban a menudo poco claras, lo que explica porque podía unirse el dios sol con Amón para formar Amón-Ra, mientras que Isis y Hathor podían ser aspectos de cada uno.

EL DIOS OCULTO

Cuando Egipto era la mayor potencia del mundo antiguo, Amón era su principal dios. Desde una función relativamente menos importante como uno de los ocho dioses creadores del Ogdoad (véase páginas 14-15), Amón evolucionó a través de un complejo patrón de mitos hasta convertirse en la divinidad suprema de Egipto, venerada en el inmenso templo de Karnak, en Tebas, la ciudad más grande de Egipto (véase texto en esta misma página). Es mencionado por primera vez en *Los textos de las pirámides*, del Imperio antiguo, en los que el difunto rey asciende para sentarse en el «trono de Amón», y aparece también de vez en cuando en *Los textos de los sarcófagos* del Imperio medio.

KARNAK

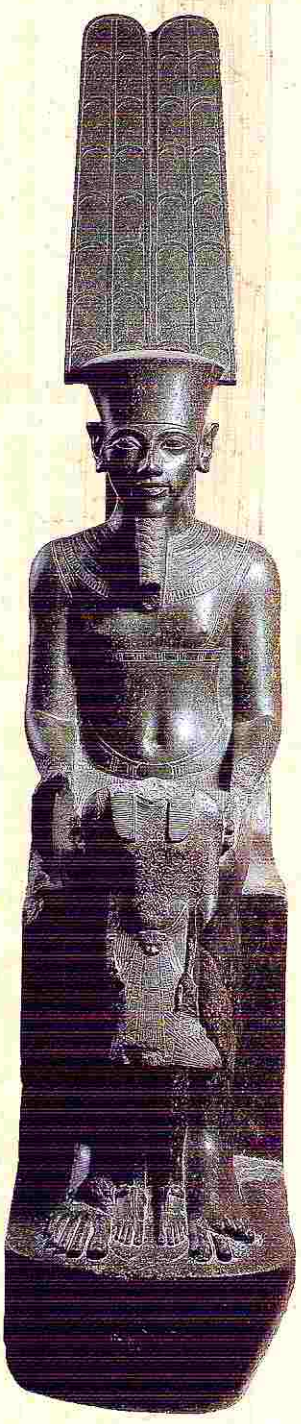
Desde sus orígenes, que se remontan como mínimo al Imperio medio, el templo de Amón en Karnak creció para convertirse en el mayor y más rico centro religioso del mundo antiguo. En ocasiones, el poder del influyente clero de Karnak entraba en conflicto con el poder del faraón. Durante el Imperio nuevo los diversos reyes ampliaban y enriquecían asimismo el templo del dios al que atribuían el éxito de sus empresas. Tutmosis III (que reinó hacia 1479-1425 a. de C.) registró las numerosas conquistas «ofrecidas a él por su padre Amón» en el sexto de los diez grandes pilonos (muros y puertas ceremoniales) de Karnak. El templo fue también embellecido por su antecesora, Hatshepsut, que levantó dos obeliscos de granito rojo y extremos dorados ante el cuarto pilono «para su padre Amón», y los llamó «Amón, grande en majestad».

En Karnak, se atribuyó a Amón una consorte, Mut (véase página 72), y un hijo, Jonsu, cada uno con su propio templo en el complejo. Las tres divinidades eran veneradas como «tríada tebana».

Este detalle del pabellón *sed* (jubileo) del faraón en Karnak muestra a Sesostris I ante el dios de la fertilidad, Min, que era considerado el aspecto fálico de Amón.

Los poderes de Amón fueron potenciados durante el Imperio nuevo, cuando se unió al gran dios sol Ra para crear Amón-Ra, «rey de los dioses» y «señor de los tronos de las Dos Tierras». Amón, que era presentado con forma humana y piel de color azul lapislázuli llevando una corona alta hecha de plumas, también podía ser representado por sus animales sagrados, el carnero y la oca. Igual que Amón Kamutef («toro de su madre») aparece con aspecto de toro, mientras que como Amón Kem-Atef («el que ha completado su momento») adopta la forma de una serpiente. A pesar de sus múltiples aspectos, Amón era un dios invisible —su nombre quizá significase «el oculto»— y llegó a ser el único de todos los dioses que fue considerado irreconocible. No obstante, era omnipresente y, según una inscripción, existía «en la atmósfera al final del cielo».

El culto a Amón se desarrolló en Tebas, y puesto que la ciudad real creció en importancia, también lo hizo Amón, Karnak y la teología vinculada a este dios. Sin embargo, Amón era además un dios popular, al que la gente podía recurrir directamente más allá de la adoración formal de los templos. Los grupos sociales más populares oraban con regularidad a Amón, que es descrito en un papiro del Imperio nuevo como «Amón el compasivo, que escucha a quienes lo llaman». Nebra, un obrero tebano, hizo una inscripción que decía: «Amón-Ra, señor de los tronos de las Dos Tierras, cuando te llamo porque estoy afligido acudes y me rescatas». En muchos sentidos, Amón era considerado una especie de pastor del pueblo, que velaba por su gente aun cuando viajaba, con su aspecto de «Amón de los caminos». Gracias a su veneración se alcanzó un sentido de responsabilidad moral individual, ya que el dios era también juez —«Amón-Ra, que habla al corazón, que juzga al culpable».



EL GRAN HIMNO A AMÓN

De los registros que quedan sobre Amón, el más detallado se encuentra en *El gran himno a Amón*, conservado en unos papiros de Tebas de la XVIII dinastía. En él, el clero tebano intenta expresar la auténtica esencia del dios que por definición estaba oculto y fuera del alcance y la comprensión humanas. Se subraya su identificación con otras divinidades, en particular con Ra, y se magnifica de tal manera su contribución al mito de la creación que se convierte de hecho en el único creador del universo.

«¡Oración a Amón-Ra,
toro de Iunu [Heliópolis],
jefe de todos los dioses,
el dios bueno,
el más querido
que da la vida a todo!

¡Te saludo, Amón-Ra,
señor de los tronos de las Dos Tierras,
que gobierna en Tebas!
El mayor del cielo,
el más anciano de la tierra,
señor de todo lo que existe,
que vive en todas las cosas...

Señor de la verdad,
padre de los dioses,
que creó hombres y animales,
señor de todo lo que existe,
que creó los árboles frutales,
que hizo los verdes pastos y da sustento al ganado,
que creó a los de arriba y a los de abajo.

¡Los dioses se postran a sus pies,
porque saben que es el señor,
fuerte en apariencia!
¡Te adoro a ti, que creaste a los dioses,
levantaste el cielo y esparciste la tierra!
Despierta, Amón-Min,
señor de la eternidad, que creó la eternidad,
el más venerado, que preside la Enéada...!

¡Señor de los rayos, que crea la luz,
al que todos los dioses veneran,
que ofrece sus manos a quienes ama
y arroja a sus enemigos a las llamas!
Él escucha las plegarias de los prisioneros,
es amable con quienes le llaman,
rescata a quienes temen a sus opresores,
juzga entre el débil y el fuerte...

¡Halcón en medio del horizonte,
señor de los silenciosos,
cuyo nombre es ocultado a sus hijos
en nombre de Amón,
señor de la percepción,
en cuya boca reina la autoridad!

Eres el único que creó cuanto existe,
y el único que hizo todo lo que es,
de cuyos dos ojos surgió la humanidad,
de cuya boca nacieron los dioses.
El que hizo la hierba para el ganado,

los árboles frutales para los humanos,
la comida para los peces del río
y para las aves que surcan el cielo;
él que da aliento a lo que hay en el huevo
y a las larvas de los gusanos,
el que creó el alimento para los mosquitos,
para los gusanos y las moscas,
para los ratones en sus madrigueras
y para los pájaros en sus árboles.
¡Te venero a ti que hiciste todo esto,
el único, el de muchas manos,
que nunca duerme cuando
las personas duermen,
porque quiere lo mejor para sus criaturas,
Amón, que vives en todas las cosas!

¡Todos te adoramos, a ti que te cansas
por nosotros,
todos nos postramos ante ti que
nos has creado!
¡"te venero", dicen todas las criaturas,
"te venero", dicen todos los desiertos,
hasta lo más alto del cielo,
hasta los confines de la tierra,
hasta las profundidades del gran mar
de color verde...!

¡Te venero, a ti, Amón-Ra,
señor de los tronos de las Dos Tierras,
que adora su creciente ciudad!».

OSIRIS, SEÑOR DE LA VIDA

La historia de Osiris e Isis posiblemente sea la más importante leyenda egipcia. Empieza con la creación del universo y finaliza con la invención de la momificación, entretejiendo diferentes hebras del mito a fin de explicar la condición humana y la existencia de la muerte, la generación de nueva vida a partir de la muerte en un ciclo eterno, la interacción de los mundos humano y divino y la sucesión de cada faraón en línea descendente desde los dioses. La historia puede remontarse hasta el mito de la creación de Heliópolis (véase páginas 10-13), que el clero del dios sol adaptó con habilidad para incluir —y subordinar— el importante y creciente culto a Osiris.

Siguiendo los dramáticos comienzos del mundo, los hijos del dios sol, Shu y Tefnut, tuvieron a Geb y Nut, que a su vez tuvieron a Osiris, Isis, Set y Neftis. Nacido cerca de Menfis, Osiris (*Woser* en egipcio) era el mayor de cuatro hermanos, y heredó el reino de la tierra de manos de Geb. Bajo el reinado de Osiris e Isis, su hermana y consorte, la humanidad vivía bendecida en paz y prosperidad. Sin embargo, Set estaba celoso de la buena fortuna de sus hermanos y planeó matar a Osiris y subir al trono. Los textos egipcios se muestran

Osiris aparece representado aquí con sus emblemas reales: el báculo, el mayal y el *atef* (corona con plumas). Su piel es verde, el color de la nueva vegetación, y simboliza la fertilidad y la regeneración. Los mitos de Osiris explican la existencia de la muerte y la manera en que la nueva vida surge a partir de aquélla. La imagen procede de una pintura mural de la tumba tebana del rey Horemheb (que reinó hacia 1319-1292 a. de C.).

reticentes a la hora de describir la muerte, y dicen que Osiris cayó de lado o se ahogó. Sin embargo, según la versión grecorromana de Plutarco (siglo II d. de C.), Set engañó a Osiris para que probara un nuevo sarcófago. Una vez Osiris estaba en su interior, Set selló la tapa y lanzó el sarcófago al Nilo. De este modo se ahogó Osiris por la acción de su hermano y la muerte entró en el mundo. Según *Los textos de los sarcófagos*, la muerte de Osiris tuvo lugar en Nedyet, cerca de Abydos.

Isis recuperó el cuerpo, pero Set se hizo de nuevo con él, lo desmembró y repartió las diferentes partes por Egipto —lo cual explica que Osiris tenga tantos templos , de los que se afirma que están situados donde se encontró alguna parte del cuerpo del dios—. De Abydos se dice que está donde se enterró la cabeza; Athribis, el corazón; y Sebennytos, Edfú y Biga, las piernas. Herakleópolis, a su vez, pretende tener la cabeza, las piernas y los costados.

EL SEÑOR DE LA FERTILIDAD

La vuelta a la vida de Osiris explica su función como el dios de la fertilidad agrícola. Los egipcios atribuyen a Osiris el hecho de ser el primer ser en experimentar el ciclo de la vida, la muerte y la resurrección, el milagroso camino en el que la vegetación se renovaba a sí misma a partir su propia semilla. El *gran himno a Osiris* (véase página 61) declara que «las plantas brotan a sus órdenes», y él puede ser representado como una figura momiforme postrada, con cultivos creciendo en su figura. Una inscripción adora a Osiris como «el más grande de las orillas» y «el fabricador de grano», y puede ser representado con piel negra para referirse al fértil lodo del Nilo o con piel verde por las cosechas que crecen allí.

A fin de aprovechar los poderes regenerativos de Osiris y asistir a su propio renacimiento desde el inframundo, los egipcios eran enterrados en «lechos de Osiris», bandejas de madera con la forma del dios y llenas de tierra y semillas. La germinación de las semillas reflejaba la manera en que se esperaba que el difunto renaciera de su muerte.

Isis encontró el pene de su esposo en Menfis, aunque según otra leyenda Set lo arrojó al río e Isis tuvo que modelar otro falso. Cuando Isis y Neftis hubieron localizado todo el cuerpo, éste fue formado de nuevo y embalsamado con la ayuda del dios chacal Anubis para crear la primera momia. Sirviéndose de sus poderes mágicos, Isis devolvió a Osiris a la vida durante el tiempo necesario para concebir el hijo de ambos, Horus, al que crió en secreto para que se vengara de la muerte de su padre. Entonces Osiris dejó la tierra para convertirse en el gobernador del inframundo, o duat. Como tal, una de sus principales tareas era juzgar las almas de los muertos y determinar si se les debía otorgar otra vida eterna y feliz (véase páginas 124-129). Este episodio nos permite entender porque Osiris era tan popular entre los egipcios. Para ser ayudados en el arriesgado viaje (véase páginas 116-121), éstos se identificaban con Isis, Horus y Osiris, las tres divinidades que constituían el desafío al mal y la vida tras la muerte. La más importante era Osiris hasta el punto de que en los escritos funerarios el nombre «Osiris» es añadido antes del propio nombre del difunto, para que éste invoque así el poder del dios en su búsqueda de la inmortalidad.

Los textos de las pirámides sitúan a Osiris en los cielos, pero generalmente se dice que residía en el duat, descrito en *El libro de los muertos* como «enormemente profundo, totalmente oscuro, absolutamente eterno». La oscuridad absoluta de este reino sólo era alterada por el brillo del dios sol Ra durante su viaje nocturno (véanse páginas 45-46).

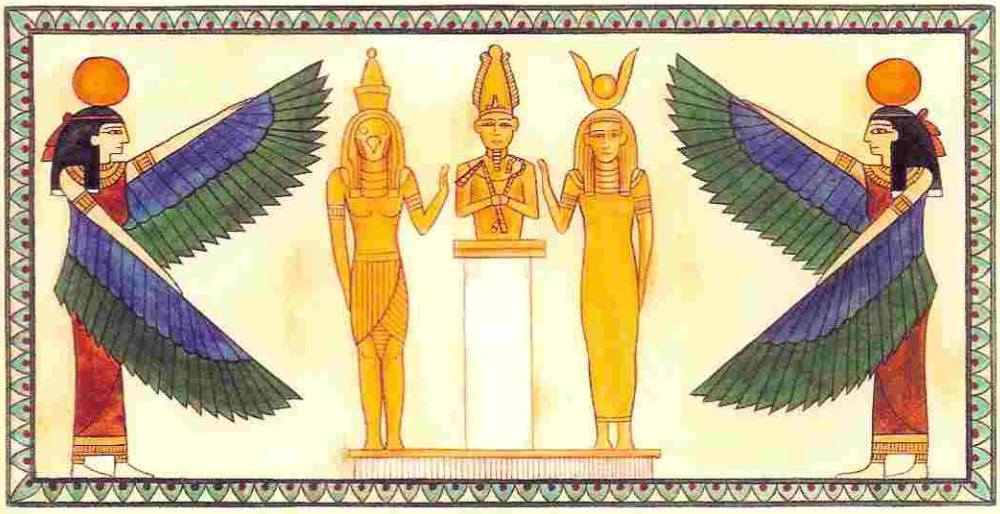
El difunto, un hombre llamado Wepetmosis, adora a Osiris (en el centro a la izquierda) y a Ra-Horajty en su estela de la XIX dinastía. Osiris aparece como una momia de la que sobresalen las manos para poder sujetar su bastón real y su mayal.

EL GRAN HIMNO A OSIRIS

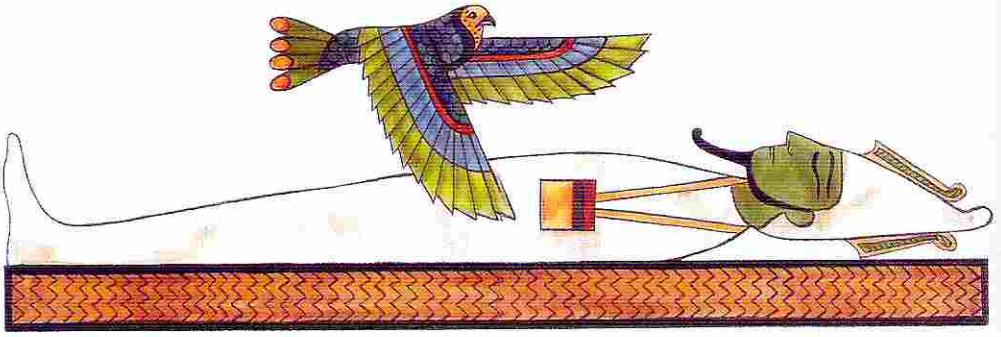
La explicación más completa hasta hoy desde el periodo dinástico de la historia egipcia referente a la muerte y resurrección de Osiris la encontramos en el *Gran himno a Osiris*. Compuesto en un lenguaje lleno de alusiones, este texto fue inscrito en una estela construida por un sacerdote del Imperio nuevo llamado Amenmosis, supervisor del ganado de Amón en Tebas, y su esposa Nefertari. El texto siguiente es un fragmento:

«Sentado en el trono de su padre,
adorado por su padre Geb,
amado por su madre Nut
poderoso cuando mata a los rebeldes,
de brazo fuerte cuando mata al enemigo,
inspirando terror en sus enemigos,
derrotando a los malhechores,
aplastando a los rebeldes con su corazón...

Su hermana lo protege:
ahuyentando a sus enemigos,
detiene los disturbios
con el poder de sus palabras.
¡La de lengua sabia,
cuya palabra nunca fracasa,
poderosa Isis, protectora de su hermano!
Lo buscó sin descanso,
y vagó tras él llorando,
sin cesar hasta encontrarlo.
Haciéndole sombra con sus plumas,
dándole aire con sus alas,
se volvió a unir a él,
acabando con la inercia de su cuerpo,
recibió su semilla para dar a luz al heredero».



ISIS, SEÑORA DE LA MAGIA



Isis se mantiene inmóvil, en forma de milano, sobre el cuerpo embalsamado de Osiris. Con sus alas lo abanica para darle el «aliento de la vida», y devolverlo a ésta el tiempo suficiente para concebir a su hijo Horus.

Un aspecto sorprendente de la historia de Osiris e Isis es ver como Osiris muestra una actitud tan pasiva mientras Isis asume un papel activo, devolviendo la vida mediante la magia a su hermano y difunto marido. Los egipcios veneraban a Osiris por hacer posible la vida tras la muerte, pero se sentían intimidados por la diosa que poseía el poder de resucitar a los muertos. De Isis, que era conocida como «señora de la magia» y «la de lengua sabia cuya palabra nunca fracasa», se decía que era «más poderosa que un millar de soldados» y «más inteligente que un millón de dioses». Su nombre («Aset» en egipcio) significaba «trono», que era el símbolo que llevaba como signo de poder.

Tras la muerte de Osiris a manos de Set, Isis compuso de nuevo el cuerpo de su esposo (véase página 60) y con su magia le devolvió la vida. Adoptando la forma de un ave de presa (un milano) y «acabando con la inercia de su cuerpo» como afirma el *gran himno a Osiris*, concibió a Horus. Para ocultarlo a Set, Isis llevó al niño hasta un lugar muy alejado en las marismas del delta y lo crió «en soledad, en una morada por nadie conocida» *(gran himno a Osiris)*. Burlando a Set mediante una poderosa combinación de ingenio y magia, educó a Horus hasta que alcanzó la edad adulta para que pudiera vengar la muerte de su padre y reclamar el trono que le pertenecía por derecho (véase páginas 64-67).

Isis era considerada por los egipcios el arquetipo de la figura materna, e incontables generaciones de mujeres egipcias le rindieron adoración para que cuidara de sus hijos. Como madre de Horus, que se volcó en él, Isis era también la divina madre de todos los reyes, que a su vez se identificaban con Horus. Al final, los poderes atribuidos a la diosa eran tan grandes que en la época romana Isis había llegado a ser considerada la más poderosa de todas las diosas egipcias. Su culto se extendió más allá de Egipto, hasta el punto de que se desarrolló en tres continentes. Isis se disputó la popularidad con el Cristianismo, pero al final triunfó la nueva religión. Sin embargo, el último templo de Isis, en Philae, en la zona más meridional de Egipto, seguía activo a finales del año 535 d. de C. —un siglo y medio después de que los romanos hubieron decretado el cierre de todos los centros de culto no cristiano—. Se ha apuntado que la imagen cristiana de la Virgen con el Niño quizá derive de las últimas representaciones egipcias de Isis dando de mamar a Horus.

ISIS Y NEFTIS

Isis y su fiel hermana Neftis eran veneradas como protectoras de los muertos y regeneradoras de vida, y solían aparecer representadas en los sarcófagos: Isis a los pies del difunto y Neftis en la cabeza. Aunque generalmente eran representadas con aspecto humano, también podían aparecer como milanos o figuras femeninas con alas, con las que daban sombra y protegían a su hermano Osiris una vez vuelto a la vida. La protección de estas dos diosas era importante para el rey difunto, identificado con Osiris, hasta el punto de que *Los textos de las pirámides* exhortan al monarca fallecido: «¡Levántate como Osiris! Isis te toma del brazo, Osiris, y Neftis te coge de la mano. Camina entre ambas».

Un texto posterior, *Lamentaciones de Isis y Neftis*, fue recitado como parte de unos rituales funerarios secretos por dos sacerdotisas que asumían el papel de las diosas en la historia de Osiris. Isis declara: «¡Los dioses y los hombres te han buscado, han llorado juntos por ti! Mientras puedo ver te llamo, gritando hasta los cielos, pero tú no me oyes. Sin embargo, soy tu hermana, a la que amabas en la Tierra... Sólo me amabas a mí, tu hermana». Neftis replica: «¡Buen rey, regresa a casa y sé feliz! Todos tus enemigos se han marchado, tus dos hermanas están a tu lado, guardan tu sarcófago y te aclaman con sus lágrimas. Soy Neftis, tu amada hermana, estoy contigo, te protegeré toda la eternidad».

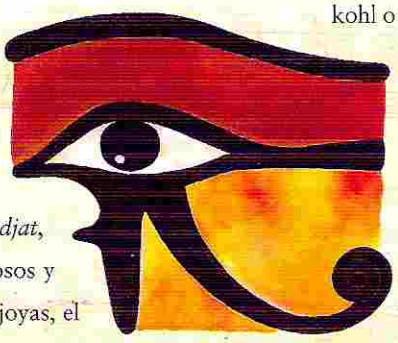
HORUS Y SET

Horus es una de las divinidades egipcias más importantes y complejas. Este dios halcón es aclamado como «señor del firmamento», cuyas alas abarcan hasta los confines de los cielos. Su nombre (Har u Hor en egipcio) parece derivar del concepto de estar «alto» o «lejos». En sus formas Horajty («Horus del horizonte») y Horemajet («Horus en el horizonte», convertido en griego en *Harmachis*), era asociado al sol naciente.

Horus era venerado en todo Egipto, principalmente en Edfú y Hieracómpolis («Ciudad Halcón») en el Alto Egipto y en Letópolis en el delta. Desde los albores de la historia egipcia, Horus simbolizó la naturaleza divina de la realeza, y todos los faraones que se suce-

EL OJO DE HORUS

Después de que Set sacara los ojos a Horus, éstos fueron devueltos a su sitio, según la mayoría de versiones, por la diosa Hathor. El ojo de Horus —se suele citar en singular— simboliza el proceso de curación y el concepto de hacer que algo vuelva a ser completo y perfecto (el nombre egipcio para «ojo» es *wedjat* o *udjat*, que significa «sano, completo»). Los ojos, *wedjat*, eran considerados amuletos poderosos y con ellos se adornaba, en forma de joyas, el cuello y la muñeca tanto de los muertos como de los vivos. Aparecen a ambos lados de los sarcófagos del Imperio medio para que protejan al fallecido y para permitir que éste o ésta pueda ver. El contorno característico del ojo de Horus combina las marcas del ojo del halcón, con una línea de cosmética extendida del tipo de la que aplicaban los egipcios con pintura de ojos de kohl o de malaquita, que era verde y simbolizaba la vida nueva. El ojo de Horus era de una fuerza tal que tenía su propio clero.



En algunos mitos, los ojos de Horus representan el sol y la luna, levantados por el cielo por el gran dios halcón. Como dios lunar, Tot puede aparecer sosteniendo el ojo izquierdo de Horus (la Luna). Se decía que el ojo izquierdo había quedado más dañado que el derecho, lo cual explicaría que el Sol brillase más que la Luna.

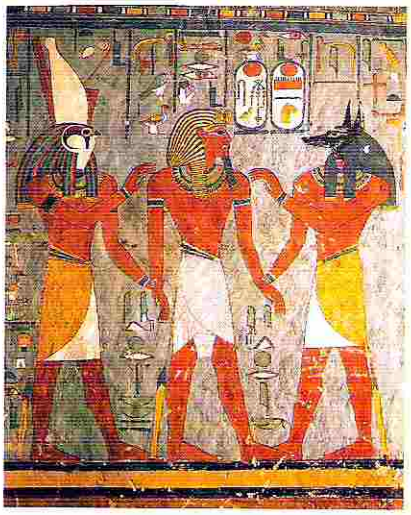
Magnífica cabeza de halcón coronada, como símbolo de Horus, descubierta en el templo del dios en Hieracómpolis (antigua Nejen). Es de oro y los ojos están hechos con obsidiana; data del Imperio antiguo (VI dinastía, hacia 2350-2170 a. de C.).

dieron eran aclamados como «Horus en vida», mientras que sus predecesores muertos eran identificados con Osiris, el padre de Horus.

Tras educar a Horus en el delta, Isis lo llevó ante un tribunal divino liderado por el dios Geb. El tribunal dio la bienvenida a Horus y decidió que el trono, usurpado por Set, era de aquél por derecho. La teología menfita (véase página 17) apunta que los dioses decretaron inicialmente que Horus y Set debían compartir el reino, pero esta solución fracasó, por lo que finalmente se decantaron a favor de Horus. No obstante, Set no cedió el poder sin antes luchar, y la disputa entre los dos dioses fue relatada en un registro brillante y muy violento de la era ramésida (XIX y XX dinastías) conocido como *Las contiendas de Horus y Set*. En esta versión, el tribunal divino estaba liderado por el dios sol Ra, que prefirió a Set, «de mayor edad y experiencia y grande en fuerza», antes que al joven Horus. Tot escribió a la creadora diosa Neit para pedirle su consejo y ésta contestó enfadada que si no se le daba el trono a Horus pensaba hacer que el cielo se derrumbara. Sin embargo, Ra siguió teniendo sus dudas y pidió a Horus y a Set que abogasen a su favor ante el divino tribunal.

La hábil defensa de Isis «lengua sabia» hizo que su hijo se ganase las simpatías, y que Set se enfadara tanto que amenazó con matar un dios cada día a menos que se expulsase a Isis del tribunal. Así lo hicieron, pero Isis regresó disfrazada y, mediante un ardid, consiguió que Set condenara la usurpación del trono ante todo el tribunal.

Sin embargo, la contienda continuó. Más tarde, Isis vio que Set sufría y se apiadó de él, lo que hizo que Horus se pusiera hecho una furia, la decapitase con su cuchillo y huyera al desierto. Al despertar la ira de los dioses, y sin su madre para protegerlo, Horus fue presa fácil de Set, que le atacó y le arrancó los ojos —aunque no antes de que Horus hubiera cortado los testículos de Set—. Tot volvió a poner en su lugar la cabeza de Isis mientras



Los dioses Horus (a la izquierda) y Anubis saludan al alma del difunto faraón en esta escena de la tumba del rey Ramsés I (que reinó hacia 1292-1290 a. de C.) que se halla en el Valle de los Reyes. El dios Horus con cabeza de halcón lleva la doble corona, lo que representaba la unión de las Dos Tierras de Egipto.

Hathor atendía a Horus y le devolvía la vista con la leche de una gacela. Set, también curado, planeó violar a Horus —una humillación que asentaría la superioridad de Set indefinidamente—. Isis, ahora reconciliada con su hijo, le advirtió de que tomase en sus manos semen de Set. Tras el ataque, Horus dio el semen a su madre, que lo lanzó a una zanja. Entonces tomó un poco del semen de Horus y lo esparció por las plantas favoritas de Set, que éste comió sin sospechar nada.

Set anunció al tribunal que ha «llevado a cabo un acto de hombre» con Horus y exigió el trono. La Enéada se rio de Horus y estuvo a punto de declarar a favor de Set cuando Horus pidió a Tot que arbitrase buscando el semen de cada uno de los dos dioses. Para sorpresa de Set, su semen fue hallado en una zanja, mientras el de Horus estaba dentro de Set. El tribunal denunció a Set por afeminado y lo declaró inhábil para gobernar.

A pesar de la humillación sufrida, Set se negó a rendirse y retó a Horus a una carrera con barcos de piedra. Horus venció porque enmascaró su barca de madera para que pareciera de piedra, pero Set se convirtió a sí mismo en un hipopótamo furioso y embistió contra la barca de Horus. Éste estuvo a punto de arponear a su rival cuando los dioses intervinieron para evitarlo.

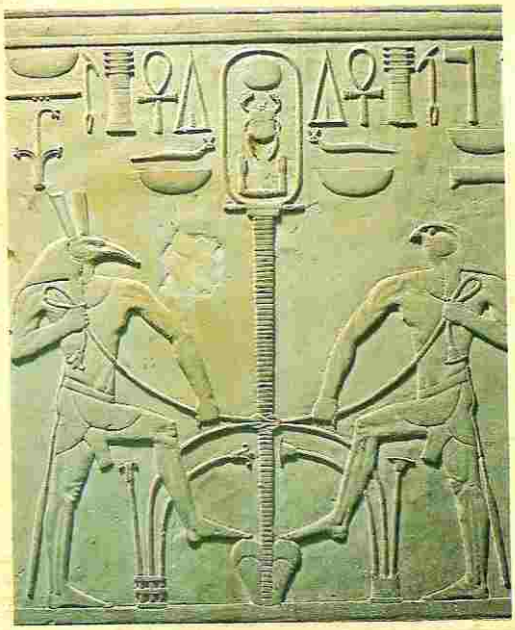
Mientras tanto, Tot escribió a Osiris, que se decantaba evidentemente a favor de su hijo y amenazó con provocar un cataclismo que lo hundiría todo al inframundo, incluidos los dioses, si no se le concedía el trono a Horus. Al final, el tribunal divino decidió por unanimidad que Horus debía ser el rey. Tras ocho décadas de conflicto, Set fue finalmente derrotado y entregado a Isis como prisionero. La narración de *Las contiendas de Horus y*

Set finaliza con las palabras de Isis: «Todo el territorio está lleno de gozo, porque Horus, hijo de Isis, ha recibido el puesto de su padre Osiris».

El inexperto y joven dios llegó a ser pronto un gran rey, aclamado como «el de fuerte brazo, Horus, señor de la acción». Fue el modelo mítico seguido por todos los reyes, y sus sucesores inmediatos fueron conocidos como «seguidores de Horus», nombre otorgado a los primeros faraones semimíticos. La derrota final de Set simbolizaba el triunfo del orden por encima del caos. En toda la historia egipcia, el faraón —el Horus en vida— fue representado golpeando a sus enemigos o arponeando bestias salvajes vinculadas a Set, como el óryx, el burro, el jabalí o el hipopótamo. Tales imágenes adornaban el gran templo de Horus en Edfú, donde el ritual arponeo de Set era representado teatralmente como drama sagrado todos los años, en conmemoración del triunfo de la justicia y el orden.

SET, EL PODEROSO

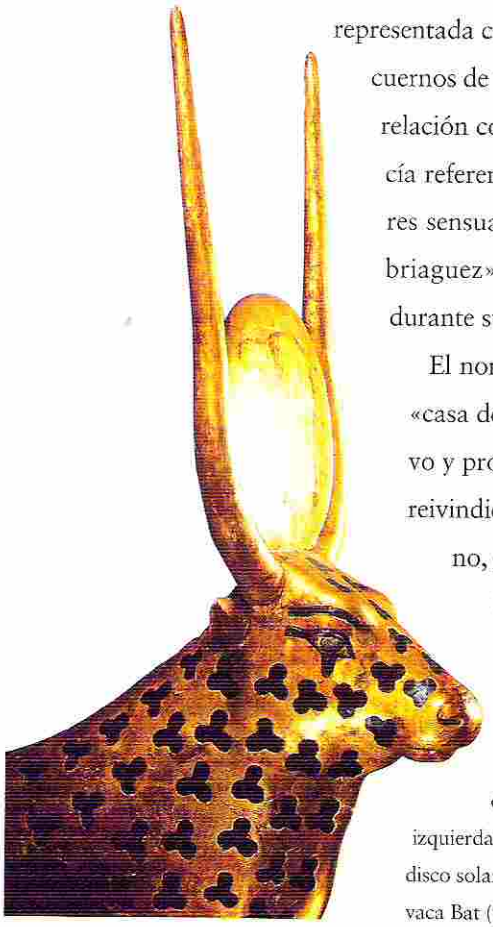
Set se asociaba con el caos, los desórdenes, las tormentas, el desierto y el comportamiento antisocial. «Set es el dios que está dentro de él», afirma un papiro acerca de un hombre que no puede contener su dependencia del alcohol y su lujuria. Simbolizado por una bestia con un hocico puntiagudo y unos ojos cuadriculados, Set mostró su turbulenta naturaleza al nacer, cuando desgarró el útero de Nut en Naqada. Sin embargo, Set no podía ser descartado por su maldad, ya que era un contrapeso necesario frente al orden que representaba Horus. Tras la victoria de Horus, el dios sol situó a Set en la proa de su barca para que combatiera contra las fuerzas de la oscuridad. Muchos veneraban a Set por su inmensa fuerza, notablemente los reyes de las XIX y XX dinastías, algunos de los cuales llevaban su nombre. Set tenía templos en Naqada y al este del delta.



LAS HIJAS DE RA

Una gran cantidad de diosas podía presentarse como descendiente del gran dios sol. La primera de ellas era Maat, diosa de la verdad, la justicia y la armonía cósmica, a la que el dios creador dio vida al principio de los tiempos para lograr la estabilidad de las obras del universo (véase página 19). Vital para la existencia de Ra era su hija Hathor que lo protegía y estaba presente en su gran barca solar, «el hermoso rostro en la barca de los millones». Originariamente conocida como Bat, Hathor solía asociarse a una vaca, y apareció por primera vez con su forma bovina en la época predinástica. Hathor era representada con frecuencia como una mujer cubierta con una corona de cuernos de vaca, con el disco solar colocado entre éstos para reflejar la relación con su padre Ra y su papel como «señora del cielo». Se hacía referencia a ella como una diosa del amor, la belleza y los placeres sensuales, y sus sobrenombres incluían el de «señora de la embriaguez», lo que reflejaba la cantidad de vino que se consumía durante su adoración. También era patrona de la música y la danza.

El nombre Hathor derivaba del egipcio *Huwt-Har*, literalmente «casa de Horus», aparentemente en alusión a su útero, que contuvo y protegió a Horus. No era en absoluto inusual para una diosa reivindicar para sí la pertenencia a más de un padre o madre divino, por ello Hathor comparte con Isis su papel como madre de Horus. Isis también estaba relacionada con las vacas: como madre del toro sagrado Apis (véase páginas 76-



Entre la gran cantidad de diosas representadas con forma bovina está Mehetweret, diosa de los cielos. En la tumba de Tutankamón (a la izquierda) aparece representada con el mismo aspecto que Hathor, llevando un disco solar entre los cuernos. Las estrellas son una imagen predinástica de la diosa vaca Bat (véase página siguiente) que reflejan asociaciones celestiales.

77) era llamada «madre de Apis» y adorada con aspecto de vaca Isis, un animal sagrado que recibió funeral oficial en el Iseum de Saqqara. Puesto que el rey era equiparado con Horus, también Hathor era considerada la madre del rey. La religión egipcia era flexible y lo abarcaba todo, por lo que una diosa podía combinar las funciones de madre, esposa e hija de un mismo dios. Hathor, a medida que avanzó su mitología, fue descrita también como esposa de Horus, y para dar mayor énfasis a la naturaleza cíclica de todas las cosas, se hacía referencia a ella como hija y madre de Ra.

Hathor era recurrentemente evocada en las tumbas privadas, como por ejemplo en esta inscripción de la tumba de May, un capitán de puerto de la XVIII dinastía: «¡Nos embriagamos al ver tu bello rostro, adorada Hathor!» Como «señora del oeste», Hathor residía en las colinas occidentales y recibía las almas de los muertos, y era muy representada como una vaca frente los precipicios para dar la bienvenida a los difuntos.

Hathor e Isis, las diosas madres más mayores y populares, se asociaron estrechamente hasta llegar a ser prácticamente indisociables. Al final, Hathor sería subsumida por el gran culto internacional a Isis (véase pagina 63).

Hathor representaba no sólo el lado amable, cuidadoso y protector de la naturaleza humana, simbolizado por la vaca, sino también su vertiente animal e impredecible. En su capacidad protectora también se hacía referencia a ella como el «ojo de Ra», en cuya variante adoptaba la forma de la aterradora diosa leona Sejmet («La poderosa»), que dio muerte a todos los que se opusieron a su padre (véase página 12). Un himno grecorromano de Edfú apuntaba: «¡Sejmet, ojo de Ra! ¡Señora de protección para su creador! ¡Sejmet, llena los caminos con sangre! Matando hasta el extremo todo cuanto ve». El poder de Sejmet fue invocado por el rey, en un papiro que describía a Sesostris III (que reinó hacia 1874-1855 a. de C.) como «Sejmet contra sus enemigos». También las reinas eran relacionadas con Sejmet

como protectoras de sus regios esposos. Tiy, la formidable consorte del gran Amenofis III (que reinó hacia 1391-1354 a. de C.), era representada como una fiera leona que pisoteaba a los enemigos de su marido, y los logros militares de la reina Ahhotep (hacia 1590-1530 a. de C.) fueron tan grandes que se dijo de ella que debería «unirse a los miembros de Sejmet».

Sejmet era considerada la consorte del dios creador Ptah, y como a él también se la asociaba a la antigua capital de Menfis, en el Bajo Egipto. Su vínculo regional a la corona roja quedaba reflejado en su sobrenombre «señora del lino rojo», que también hacía referencia a la sangre de los enemigos a los que había matado. Sejmet era la portadora de la pestilencia, y sus sacerdotes hacían por tanto de doctores. Ella viajaba por el cielo en la barca de Ra, ayudándole a rechazar a sus enemigos durante su viaje nocturno por el inframundo.

El mismo simbolismo leonino podría aplicarse a Tefnut, diosa del rocío y la humedad, que fue creada junto a su hermano gemelo Shu por el dios sol, según el mito solar de la

EL LEÓN EN NUBIA

En la forma leonina de Tefnut, el «ojo de Ra» es el protagonista de un mito que se ha conservado en un papiro posterior. Tras discutir con su padre, el dios sol, por los intentos que realizaba éste para poner freno a sus poderes (véase páginas 12-13), el volátil «ojo» dejó Egipto y viajó hacia el sur, a Nubia, donde vivió un exilio que él mismo se impuso.

Sin su «ojo», los poderes de Ra quedaron notablemente reducidos y se alteró completamente el orden en toda la tierra. Era esencial que la diosa regresara hasta él, pero nadie osaba utilizar la fuerza contra ella. Por ello, Shu, su hermano mellizo y compañero, fue enviado como mensajero de Ra, con el nombre de Onuris, que significa «el que devuelve a la que se alejó». Para facilitar su viaje de regreso, el dios Tot se la ganó entreteniéndola mientras le contaba historias, y cuando llegó a Egipto su ira se había reducido hasta el punto que la furiosa leona se había convertido en un dócil gato domesticado: el tranquilo y amable Bastet (véase texto general).

Pectoral turquesa y oro con la forma de la diosa buitre Nejbet, descubierto en las tumbas reales de la XXI dinastía (hacia 1075-945 a. de C.) en Tanis, en el delta. Sus alas están extendidas a modo de abrazo protector, y en sus garras presenta unos moldes *shen*, que significan «eternidad» y «protección».

creación de Heliópolis (véase páginas 10-11). Ambos, Shu y Tefnut, eran adorados como pareja de leones, y su relación se extendía al rey y la reina. Por ejemplo, la identificación de Amenofis III con Shu fue complementada por la representación de su esposa Tiy como Tefnut. Igual que Sejmet, Tefnut era considerada el «ojo de Ra» (véase texto de la página anterior), y era venerada en el centro del dios sol en Heliópolis. De hecho, la forma de la leona Tefnut se confundía con la de Sejmet, con la que compartía sus poderes destructivos.

Otra diosa felina era la diosa gato Bastet, cuyo nombre significaba «la del frasco de perfume» que quizá hiciera referencia a la pureza ritual necesaria para su veneración en Bubastis, en el delta. Capaz de demostrar una gran ferocidad al defender a su padre Ra, y evocada con fines protectores, Bastet era considerada como una diosa gentil y amable, personificada por los gatos que tanto gustaban a los egipcios (véase página 74).

Dos diosas extranjeras fueron incorporadas al panteón egipcio como hijas del dios sol Ra. Las diosas guerreras sirias Anat y Astarte presentaban características que se fusionaron con las de Hathor, que era relacionada con las tierras extranjeras y que, como ellas, tenía un lado claramente violento. Anat era citada como «señora del firmamento» y Astarte era representada con un tocado de cuernos de vaca. En *Las contiendas de Horus y Set* (véase páginas 64-67), la diosa creadora Neit aconsejaba a Ra que consolase a Set por

Hipopótamo de loza azul que data del Imperio medio. Representa a Taueret, que era invocada para que conjurara al mal, especialmente durante los partos.

su fracaso, obsequiándolo con las dos diosas guerreras como consortes.

Casi todas las diosas de Egipto se asociaban con la fertilidad y el alumbramiento. Esta idea estaba clara y gráficamente representada por la diosa del cielo Nut, que creaba cada nuevo día dando a luz al dios sol entre el brillo rojo-sangre del alba; un ciclo eterno de renacimiento al que recurrían los muertos, como en esta invocación a Nut en *Los textos de los sarcófagos:* «Que me concibas de noche, para darme vida cada mañana, como a Ra todos los días».

A Neit (véase página 17) se le atribuye la introducción del actual método de nacimiento. Era una diosa nodriza, siempre dispuesta a dar apoyo a su divina descendencia. En *Las lamentaciones de Isis y Neftis*, ésta le dice a su hermano Osiris que acuda «a ver a su madre Neit, a sus desbordantes pechos».

La diosa tebana Mut también desempeña un papel maternal destacado, nada sorprendente si tenemos en cuenta que su nombre significaba «madre». Un texto sagrado posterior la describe como «la madre de las madres, de la que nacieron todos los dioses», y era considerada otra de las madres divinas del rey. Como consorte de Amón, Mut era la madre de Jonsu, y los templos de ambos formaban parte del complejo sagrado de Amón, en Karnak.

Mut significaba además «buitre», y aparecía generalmente representada, como diosa, como una mujer con un tocado de buitre de un tipo que sólo podían llevar las reinas egipcias. Mut era estrechamente relacionada a la diosa Nejbet, mucho más anciana, que era la diosa buitre del Alto Egipto venerada en Nejeb (el-Kab). Nejbet también realizó una función maternal como madre divina del rey al menos desde el Imperio antiguo, cuando apareció en *Los textos de las pirámides* para dar de mamar al rey Sahure: «El rey conoce a su madre, la corona blanca [Nejbet], espléndida y oronda, que reside en Nejeb». Nejbet po-

día presentarse asimismo con el aspecto bovino de la «gran vaca blanca que reside en Nejeb con las dos altas plumas y las dos repletas ubres».

Otras diosas que tuvieron un papel significativo en el proceso del nacimiento fueron Taueret, la diosa hipopótamo cuyo nombre significaba «la grande», y su homólogo masculino, el dios enano Bes (en ocasiones se hace referencia a él en su forma femenina como Beset). Su aterradora apariencia, junto con los cuchillos y amuletos que portan, ahuyentaba de la casa a las fuerzas del mal y protegían a las mujeres durante el difícil y a menudo peligroso proceso del alumbramiento. Eran tan efectivos sus poderes que las mujeres embarazadas llevaban pequeños amuletos de Taueret y Bes durante este difícil periodo, y se colocaban imágenes de las diosas en los santuarios domésticos. Los amuletos también eran utilizados de forma bastante generalizada para decorar la casa y el mobiliario.

RITUALES DE NACIMIENTO

Tanto antes como después del parto se tomaban precauciones para asegurar la salud de la madre y del pequeño. Algunos textos médicos daban consejos acerca de la dieta —por ejemplo, la miel y la alholva «aflojarían al niño en el útero»— y se recitaban fórmulas mágicas. Se pedía a Hathor que trajera el refrescante viento del norte para acelerar el parto, y Khnum hacía que las mujeres «dieran a luz cuando sus úteros estaban preparados». La madre se ponía de cuclillas sobre unos adobes (a la derecha) para dar a luz, y sus ropas y cabello se dejaban sueltos para facilitar el parto. Se llamaba a otras diosas como comadronas divinas, como por ejemplo Nejbet, Taueret, Isis, Neftis, Mesjenet (que personificaba los adobes) y Heket (una diosa rana). Después de un alumbramiento feliz, la madre pasaba catorce días de reclusión y purificación. Siete días después del nacimiento, se llevaban a cabo otros rituales protectores para la madre y el niño.

ESPÍRITUS ANIMALES

La mayor parte de las divinidades egipcias eran asociadas al menos a un animal y casi todas podían ser representadas como un animal o con forma antropomorfa pero con rasgos animales. Los animales vinculados a una divinidad aparecían en los actos de adoración a ésta, pero no eran objeto de veneración en sí —eran reverenciados como manifestaciones de la divinidad o como encarnación divina—. Las criaturas asociadas a los dioses iban desde pájaros, felinos y ganado hasta reptiles, peces e incluso insectos.

Como mínimo en el año 5000 a. de C., aproximadamente, los habitantes prehistóricos del Valle del Nilo ya pintaban los animales que cazaban, domesticaban y, finalmente, ve-

EL FESTIVAL DEL GATO

Tal vez sean los gatos los animales más familiares que se asocian al culto egipcio. Si bien el dios sol Ra adoptaría la forma del Gran gato solar, las criaturas solían asociarse a su hija Bastet, que fue inicialmente venerada bajo la forma de un león pero que alcanzó su mayor popularidad como diosa gato. Su centro religioso de Bubastis en el delta consiguió gran notoriedad por sus escandalosos peregrinos, que sorprendieron enormemente al escritor griego Herodoto cuando visitó Egipto en el siglo V a. de C. Herodoto redactó una descripción del festival de Bastet en su obra *Historias:* «Cuando la gente viaja a Bubastis van por el río, multitudes de hombres y mujeres juntos en cada barco. Algunas mujeres hacen ruido con campanillas, otras tocan el oboe mientras el resto de mujeres y los hombres cantan y dan palmadas. Durante todo el trayecto hasta Bubastis, cada vez que llegan a un pueblo, acercan su barco a la orilla. Algunas mujeres se burlan a gritos de las del pueblo, mientras otras bailan ¡y otras se levantan y enseñan sus cuerpos! Por otra parte, cuando llegan a Bubastis celebran una gran fiesta, y beben más vino en este festival del que beben en todo el año».

Relieve caído de una columna del templo grecorromano de Horus y Sobek en Kom Ombo, cerca de Asuán. Muestra a la diosa buitre Nejbet (en el centro) con la *atef*, la corona ritual con plumas, y una hierática esfinge (a la izquierda): criatura con cabeza de halcón y cuerpo de león, que lleva la corona del Alto y el Bajo Egipto.

neraban. La representación de animales prosiguió a lo largo del periodo faraónico, tanto en las pinturas como en la escritura jeroglífica. Quizá las criaturas más representadas fueran los pájaros, que se asociaban a los dioses de los cielos —en especial las aves de presa—, planeando a gran altura, mientras escrutaban el suelo con sus ojos. El ave más importante era el halcón, representación de Ra y Horus, mientras Isis y Neftis solían identificarse con milanos y aparecían con las alas de ésta (véase páginas 62-63). La enorme envergadura de las alas de la diosa buitre Nejbet protegían al rey, que podía llevar una cabeza de Nejbet en su corona junto a la cobra *(uraeus)*. El plumaje se incorporaba al traje real y el dibujo de alas y plumas también cubría los sarcófagos.

Entre las aves acuáticas del Nilo, el ibis guardaba relación con Tot y la garza real llegó a identificarse con el pájaro *benu* de Ra (véase página 45). Las ocas tenían relación con dos de los dioses más poderosos, Geb y Amón. En este creativo aspecto, Amón era asociado al «gran graznador», la oca primigenia, cuyo grito fue el primer sonido del universo, que rompió el silencio primigenio e inició la creación de la vida.

Gatos y grandes felinos eran una fuente de inspiración, asociados a Bastet (véase página anterior) y Sejmet (véase páginas 69-70), cuyas formas regionales incluían Pajet («arañador»). Tanto Shu como Tefnut podían ser representados como un par de leones, como también podía serlo el dios tierra Aker (véase página 29). Los leones habitaban en lugares desérticos y por ello eran considerados los guardianes del sol en los horizontes este y oeste.

El poder de las fieras también era reflejado por los cocodrilos, que en una época proliferaron en el Nilo (véase texto de la página siguiente). Hasta los peces eran considerados ani-

males portadores de la esencia divina. En un registro se apuntaba, por ejemplo, que el pez oxirrinco se había tragado el falo de Osiris cuando fue lanzado al río por Set. Hatmehyt («líder de los peces») era una diosa pez venerada en Mendes, en el delta. Por otra parte, un pez sagrado para Hathor era la tilapia, cuya costumbre de ocultar a sus crías en su boca para protegerlas y escupirlas luego simbolizaba la regeneración. La diosa rana Heket era una diosa del parto por razones semejantes —la gran cantidad de crías que tienen las ranas.

Las serpientes podían representar tanto el orden como el caos. La encarnación del mal era la terrorífica serpiente Apofis, que moraba en el inframundo y tenía posibilidades de devorar al dios sol en su viaje nocturno. Sin embargo, cuatro de las diosas creadoras del Ogdoad adoptaron la forma de una serpiente, y dioses tales como Amón Kematef, Osiris y Hathor también podían aparecer a veces en forma de serpiente. El dios serpiente Nehebkau y las diosas serpientes Uadyet, Renenutet y Meretseger también eran divinidades protectoras.

Al igual que las vacas eran asociadas a las poderosas diosas para hacer hincapié en sus funciones nutrientes (véase páginas 68-70), los toros eran relacionados a los dioses masculinos. Los toros vivos eran el centro de tres importantes cultos, en los que cada animal era seleccionado en función de las características que lo distinguían como criatura que contenía el espíritu *(ba)* de un dios. El toro Apis de Menfis se vinculaba a Ptah; el toro Buchis de Armant, a Montu; y el toro Mnevis de Heliópolis, a Ra. Como símbolos de virilidad, los toros eran relacionados con dioses fálicos como Amón y

Un adorador se arrodilla ante el toro Apis en esta estela de caliza pintada durante el último periodo y hallada en el Serapeum de Saqqara, donde eran sepultados los cuerpos momificados de los toros. El toro Apis, que se creía que contenía el espíritu de Ptah, era venerado en las cercanías de Menfis, y su muerte fue declarada día de luto nacional.

Min. Los carneros se asociaban a Amón, Khnum y también al dios carnero del Imperio medio, Heryshaf.

Por otra parte, las divinidades caninas incluían a los dioses chacales Anubis (Anpu), guardián de los sepulcros, y Wepwawet («abridor de caminos»), vinculado a Osiris. Los perros eran utilizados para cazar y como animales de compañía, igual que los gatos. Se llegó a momificar a las mascotas que fueron embalsamadas con el fin de «capturar el espíritu» del animal y ofrecerlo al dios al que estaba asociado. Una gran cantidad de animales fueron momificados con este objetivo, incluyendo cocodrilos, leones, ratas, buitres, ibis, cobras e, incluso, escarabajos. Se ha encontrado casi un millón de momias de halcones, ibis y gatos —y prácticamente otro millón fue destruido para servir de fertilizante y combustible—, y todavía no se ha hallado un cementerio de leones momificados que se sabe que está bajo las arenas de Menfis. Animales como los toros Apis fallecían de muerte natural, pero muestras recientes han revelado que los gatos eran a veces estrangulados por encargo —algo sorprendente, dado el cariño que sentían por ellos.

COCODRILOS

Actualmente extinguidos en Egipto debido a las modificaciones de su hábitat provocadas por la presa de Asuán, los cocodrilos eran algo habitual en el Nilo en la Antigüedad, cuando aparecían personalizados por el temible dios Sobek. La habilidad del cocodrilo para salir repentinamente fuera del agua y atacar a sus presas se relacionó con el poder del rey, como se expresa en *Los textos de las pirámides*: «El rey emerge de la inundación primigenia. Es Sobek "el verde", siempre vigilante, con los ojos bien abiertos». En *El libro de los muertos*, el dios declara: «Yo soy Sobek, que arrasa con violencia», y en él aparecen fórmulas para proteger a los difuntos de los «cocodrilos que comen muertos y vivos con magia». En Kom Ombo en el Alto Egipto y Cocodrilópolis en el Fayum, los cocodrilos sagrados para Sobek vivían en estanques atendidos por el clero del dios.

EL DIOS VIVIENTE

Ocupando una posición única en el universo egipcio estaba el rey, o faraón (término griego derivado del egipcio *per wer*, que significa «gran casa» o «palacio», que se utilizó luego para hacer referencia a su morador). Desde los inicios de la historia egipcia, el rey —o, a veces, la reina— fue considerado el representante de los dioses en la tierra y su intermediario divino. Los egipcios creían que la realeza había existido desde siempre. En *Los textos de las pirámides* se describe al rey como un dios primigenio «nacido de las aguas de Nun antes de que hubiera cielo, antes de que hubiera tierra y montañas».

En el sistema religioso de Egipto muchas divinidades eran reverenciadas como si fueran la madre o el padre del faraón. Ya en el Imperio antiguo se hacía referencia al rey como «hijo de Ra» (Sa Ra). En la historia más antigua que habla de la divina concepción del rey, se dice que Ra era el padre del primero de los tres reyes de la V dinastía, adoptando la forma del padre mortal, el marido de Rudedet (véase texto de la página siguiente). La posterior fusión de Amón con el antiguo dios sol hizo que Amón Ra fuera considerado el verdadero padre de todos los faraones, y por ello hay una gran cantidad de versiones del Imperio nuevo sobre la divina concepción en las que Amón Ra adopta la forma física del rey viviente. Parece ser que de este modo el dios engendró a la mujer faraón Hatshepsut (que reinó hacia 1479-1458 a. de C.) y a los posteriores monarcas: Amenofis III (que reinó hacia 1390-1353 a. de C.) y Ramsés II (que reinó hacia 1279-1213 a. de C.). En su función como «Horus en vida», todos los reyes reinantes eran considerados también hijos de Osiris, que era identificado con el predecesor fallecido.

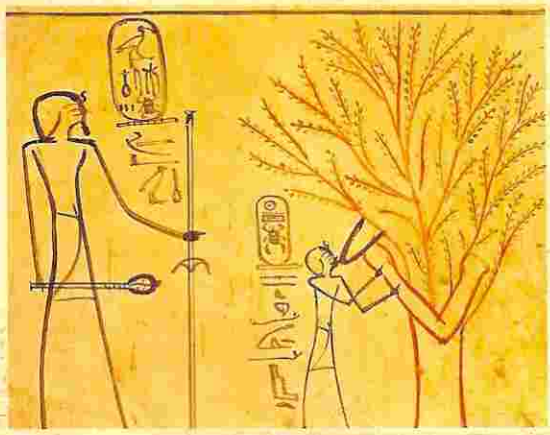
Amenofis III, cuyo reinado que duró 37 años es considerado por muchos el momento cumbre de la antigua civilización egipcia. En el registro de su concepción divina narrado y representado en las paredes del templo de Luxor, el dios Amón Ra adopta el aspecto del padre del rey, Tutmosis IV, y se acerca a su madre, Mutemuia, mientras duerme.

Los nombres de los reyes contenían numerosas referencias a su relación con los dioses, de forma que servían de constante apoyo a su origen divino. Los títulos reales estándar eran cinco nombres, cuatro de los cuales remitían a las divinidades Ra, Horus y las «dos damas», Uadyet y Nejbet. El sobrenombre «hijo de Ra», que iba siempre antes del nombre de nacimiento *(nomen)*, se convertía en «hija de Ra» (Sat Ra) en el caso de los faraones mujer, como Hatshepsut, que también era «hija de Amón».

En el equilibrado mundo de los egipcios, sólo mediante la intervención del rey, intermediario entre los mundos divino y humano, el orden podía triunfar por encima de las fuerzas del caos. Esto explica la frecuente representación del rey golpeando a los enemigos, cazando animales salvajes y ofreciendo una figura de Maat, diosa de la verdad, a los dioses para demostrarles que mantenía la justicia en la tierra en nombre de ellos. El rey era

LOS TRILLIZOS DE RUDEDET

La idea de que el rey era concebido por un dios que adoptaba la forma de padre mortal se repite en toda la historia egipcia. El papiro Westcar, un documento del Imperio medio que actualmente está en Berlín, nos cuenta cómo Userkaf, Sahure y Neferirkara, los primeros reyes de la V dinastía, fueron engendrados por Ra, que imitó el aspecto de Rawoser, marido de Rudedet. Cuando se complicó el parto, Ra envió a Isis, Neftis, Mesjenet y Heket para que ayudaran a nacer a los tres niños «que un día asumirían el reinado de todo el territorio». Las diosas salieron disfrazadas de bailarinas itinerantes, con el dios Khnum portando el equipaje. En casa de Rudedet, encontraron a Rawoser con un ataque de pánico al ver sufrir a su esposa. Lo dejaron fuera y se encerraron en la habitación con Rudedet. Con Isis delante, Neftis detrás y las otras dos dando su apoyo, Rudedet dio a luz a tres hermanos idénticos y sanos. Rawoser estaba tan encantado que ofreció a las diosas un saco de cebada «como pago para cerveza».



Cuatro cobras *uraeus* doradas y con incrustaciones de lapislázuli se levantan para proteger la parte posterior del trono de Tutankamón. La cobra representa a Uadyet, diosa del Bajo Egipto y homóloga de Nejbet, diosa buitre del Alto Egipto. En los títulos reales, son denominadas las «dos damas».

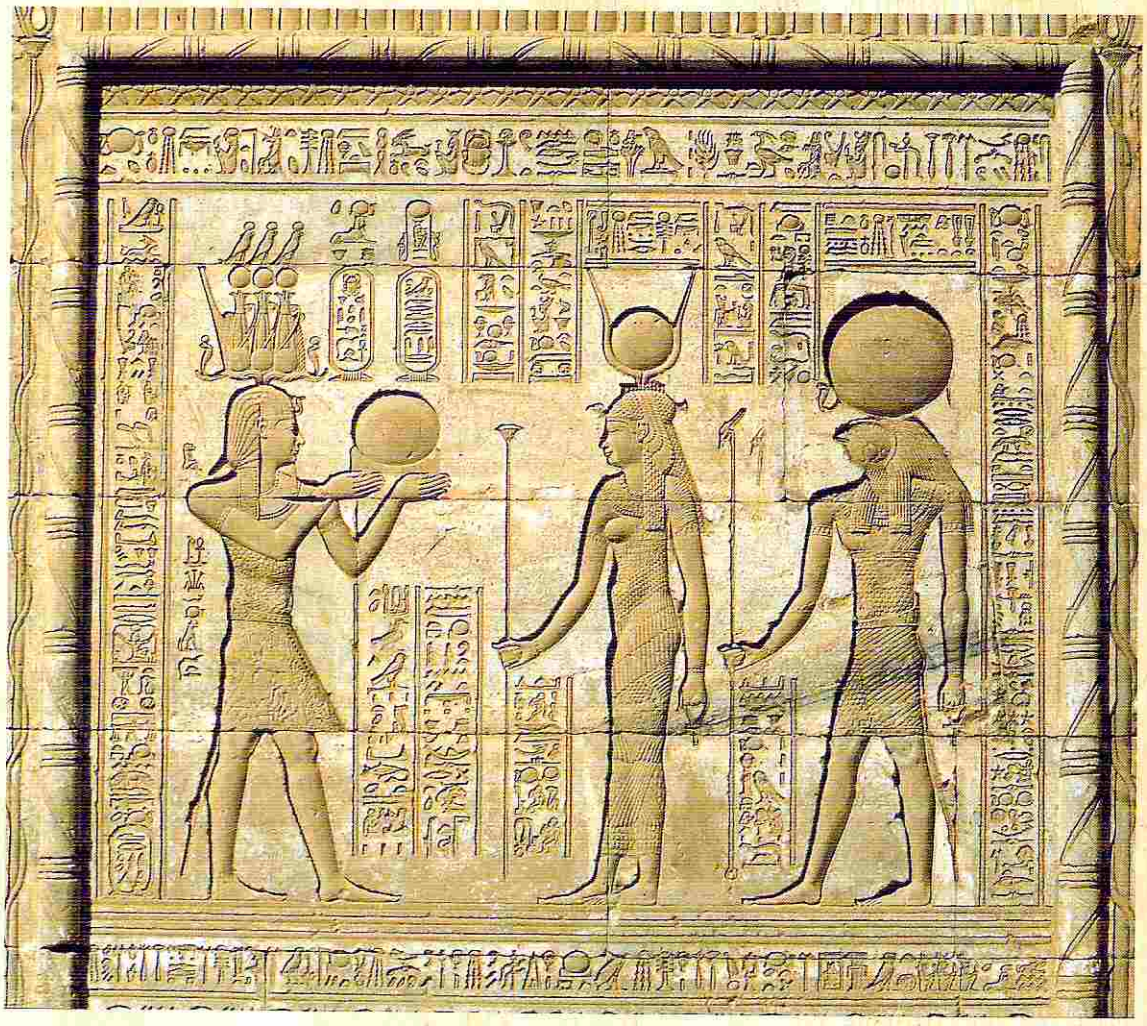
el sumo sacerdote de todos los templos de Egipto, función que en gran parte delegaba en otros. No obstante, había muchos rituales y ceremonias del templo que estaban vinculadas a la realeza y que tenía que realizar en persona. Por tanto, el rey tenía que conocer muy bien el protocolo del templo y comprender el gran cuerpo de conocimientos esotéricos necesarios para realizar los rituales secretos. Un texto de Luxor describe el papel de Amenofis III como sumo sacerdote de Ra durante los rituales de saludo al sol naciente: «El rey sabe las palabras secretas de las almas del este cuando adora a Ra, al levantarse por la mañana. Sabe las imágenes secretas, sabe las fórmulas secretas, sabe el lugar en el que se pronuncian, conoce las palabras habladas por quienes tiran de la barca del "morador del horizonte"; conoce las manifestaciones del dios sol y todas sus formas».

Unos mil años antes, el rey era visto más como un sirviente de los dioses que como su igual en la tierra, como puede leerse en la siguiente descripción que hace el rey Unas en *Los textos de las pirámides:* «Unas es el administrador del dios, detrás de la mansión de Ra; Unas se agacha ante él y abre sus cajas; Unas retira el sello de sus decretos y despachos; Unas hace lo que se le dice». No obstante, también queda claro por el denominado *Himno del caníbal*, en alguna otra parte de *Los textos de las pirámides*, que el rey obtenía fuerza de los dioses al comerlos, tal vez refiriéndose a una época muy posterior en la que existían dichos rituales sangrientos: «Unas come hombres y se alimenta de dioses. Se cortan para él sus gargantas, se arrancan para él sus entrañas que son sacadas para él y preparadas en sus cocinas. Unas devora su magia... y nada puede herirlo, porque ha engullido la sabiduría de cada uno de los dioses».

PROTECTORES DIVINOS DEL REY

Como hijo de los dioses, el rey podía invocar a todo tipo de divinidades para que salvaguardaran su regia persona. Tutmosis III se remitió en sus anales a Amón, Ra, Horajty, Uadyet, Isis y Neftis, mientras que Ramsés II puso su fe en Ra, Montu, Set, Baal, Atón y Amón. Entre sus protectores hay todo un abanico de poderosas diosas. Nejbet y Uadyet, las divinidades patronas del Alto y el Bajo Egipto, aparecen en la parte frontal de los tocados y de las coronas reales como buitre y cobra para proteger al faraón de sus enemigos (véase ilustración de la página anterior y de la página 37). Otra pareja protectora era la formada por Isis y Neftis, mientras que las dos diosas guerreras sirias Anat y Astarte protegían al rey en combate —una función que solía concederse al feroz Sejmet y la diosa madre Neit «quien pone a todas las personas de la tierra bajo los pies del faraón».

Tras su muerte, el rey pasaba a ser protegido por numerosas diosas guardianas, entre las que se encontraban sus «hermanas» Isis y Neftis, que descendían para ayudarlo en su viaje final; Hathor, que lo envolvía consigo misma; y Nut, que protegía el cuerpo del rey con el suyo propio.



LA DANZA DEL REY

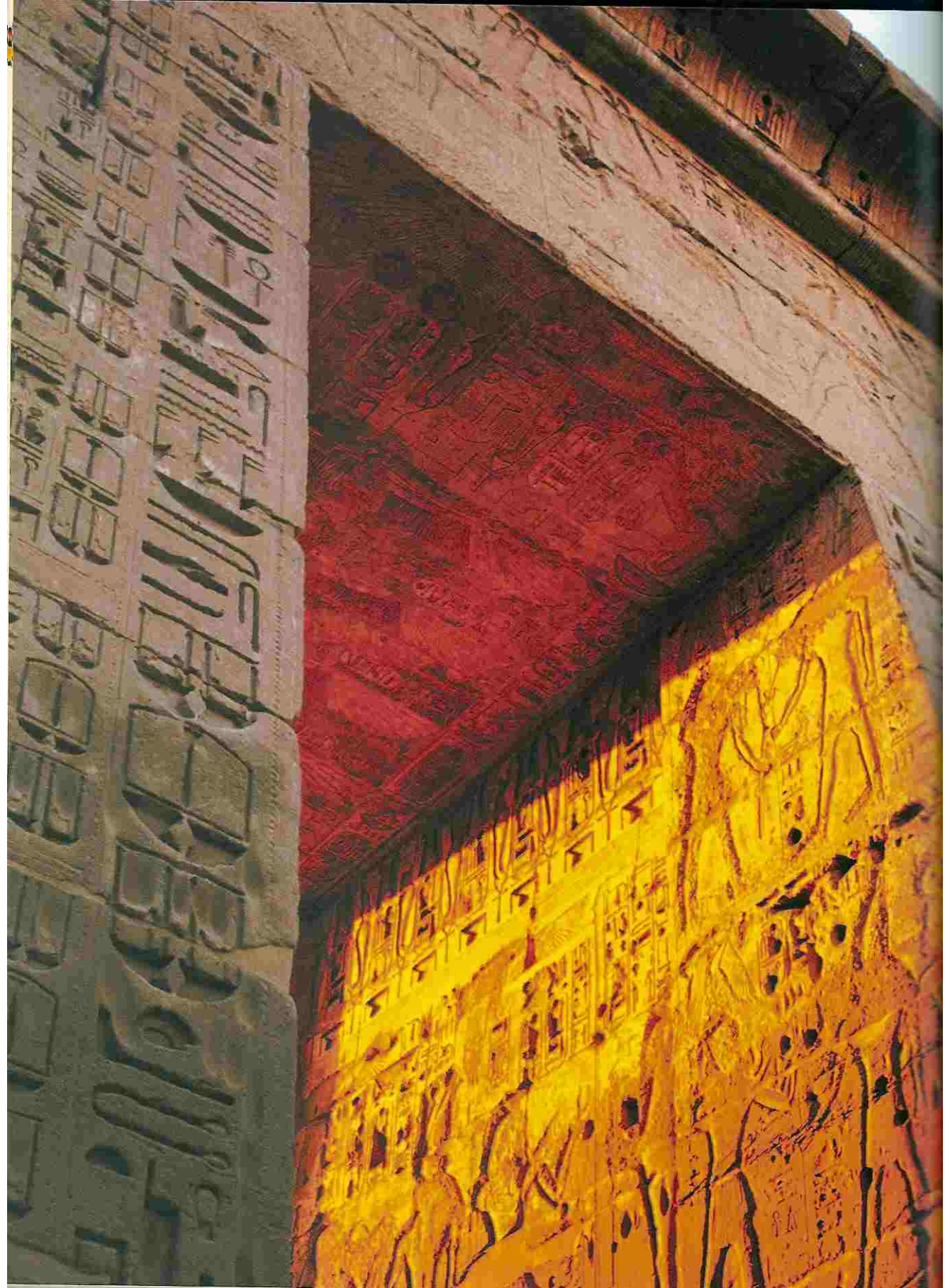
Los egipcios creían que «las canciones, el baile y el incienso eran el alimento de los dioses». Estos tres elementos formaban parte de los rituales que el rey llevaba a cabo en honor a los dioses y las diosas, y esto era especialmente cierto para Hathor, patrona de la música y de la danza. Un himno hallado en su templo de Dendera describe cómo el rey bailaba y cantaba para la diosa, blandiendo un *sistrum* dorado (véase ilustración de la página 102) y notoriamente adornado con ropajes hathóricos, incluyendo el característico collar denominado *menat:*

«¡Él llega para bailar,
llega para cantar,
Hathor, mira su danza,
observa sus saltos!

¡Te ofrece una jarra,
Hathor, mira su danza,
observa sus saltos!

Su corazón es puro,
no hay maldad en su cuerpo.
¡Hathor, mira su danza,
observa sus saltos!

Oh tú, «la dorada»,
qué delicada es la canción
como la del propio Horus,
que el hijo de Ra canta como un buen cantor.
¡Es Horus, un músico!».



MISTERIOS DEL TEMPLO

El templo era el punto de confluencia de los mundos humano y divino, el lugar en el que las diosas y los dioses egipcios dirigían sus poderes a la tierra a cambio del ciclo de ritos y ofrendas. El templo, una combinación de iglesia, ayuntamiento, colegio, biblioteca y clínica, daba trabajo a un clero formado por hombres y mujeres que podían dedicarse a ser escribas, músicos o alguna otra especialidad. Sin embargo, sólo el clero podía penetrar en sus estancias más profundas, donde se ocultaban los misterios más sagrados.

EL HOGAR DE LOS DIOSES

Un templo egipcio era denominado *per netcher*, que significa «hogar de dios», en referencia al espíritu divino que residía dentro de la estatua de culto del santuario más interior. En torno a este santuario, el templo constituía el escenario en el que se realizaban los rituales cotidianos para regular el funcionamiento del universo. Muchos rituales incluían procesiones, por lo que la mayoría de los templos seguían un eje longitudinal. Muchos se alineaban de este a oeste, siguiendo el recorrido diario del sol.

Como centro del poder divino, cada templo era considerado la materialización del lugar en el que se produjo la creación inicial del mundo. Un propósito ritual dictaba su arquitectura, y los rituales diarios que realizaban una nueva representación de la creación del universo eran ampliamente potenciados con numerosos «efectos especiales» arquitectónicos. Los patios abiertos conducían hasta diferentes cámaras cada vez más oscuras y más pequeñas, en las que subía el nivel de los suelos y disminuía el de los techos, así como la anchura de las puertas, que se reducía a medida que uno se iba acercando al santuario

Uno de los templos mejor conservados de Egipto es el de Horus en Edfú, en el Alto Egipto. Los restos existentes son tolemaicos, pero probablemente no difieran mucho de las estructuras arcaicas que los precedieron. El macizo pilono (puerta) muestra imágenes de Tolomeo XII golpeando a sus enemigos, y en él pueden verse claramente los profundos huecos que en su momento sostenían astas de banderas.

interior. Éste se hallaba en la parte más alta y representaba el montículo de la creación (véase página 11), un simbolismo potenciado por la manera en la que algunos templos eran diseñados, para evitar que las inundaciones del Nilo encharcaran ciertas zonas.

Todas las zonas del templo estaban decoradas con imágenes y textos. En los muros exteriores el rey aparecía destruyendo a los enemigos de Egipto con la ayuda de los dioses. En las paredes interiores se mostraban escenas más tranquilas y solemnes en las que el rey presidía un mundo en orden y honraba a los divinos protectores de Egipto. En su época todas las superficies debían estar pintadas con brillantes colores y presentaban incrustaciones de una gran variedad de materiales preciosos, a fin de añadir fuerza mágica a las escenas.

El gran centro de culto de Amón, en Karnak (Ipet-sut) suele ser considerado el templo egipcio clásico. Fue creado el año 2000 a. de C., cuando los reyes tebanos de principios del

RITUALES DE FUNDACIÓN

La construcción de cada templo se realizaba en varias fases destacadas con una celebración. En la ceremonia de fundación, denominada «extensión de la cuerda», el rey supervisaba la delineación de las líneas directrices del templo en el suelo. Los siguientes rituales, de «división del terreno», «dispersión de la arena» y «colocación de las piedras» tenían como objetivo asegurar que el templo fuera levantado de acuerdo con la tradición. Las casas de los mortales —incluyendo la del rey— se solían construir con adobe, pero las de los dioses eran levantadas con piedra resistente, mientras el adobe sólo se empleaba para el muro exterior y para los edificios secundarios. El templo era consagrado mediante la ceremonia de «entrega del templo a su señor». Se realizaban unos ritos que activaban de forma mágica los jeroglíficos y las escenas rituales que adornaban el templo, de manera que sirvieran para la eternidad.

Imperio medio crearon un santuario para su dios local, Amón, y a partir de entonces casi todos los gobernantes de Egipto ampliaron el templo. El eje principal iba en dirección oeste desde el santuario que contenía la estatua de culto de Amón hasta el Nilo, una vía procesional por la que era trasladada la estatua. Un segundo eje, en dirección sur, conectaba el eje de Amón con el templo de su consorte Mut. Un tercer templo honraba a su hijo Jonsu.

A lo largo de cada eje del templo se levantaban diferentes salas hipóstilas (con columnas). El eje más destacado es el de Seti I (que reinó hacia 1290-1279 a. de C.), con sus 134 enormes columnas con forma de papiro —cada una de 23 metros de altura— que representan las marismas de la creación. Cada sala es precedida por un pilono (puerta ceremonial) que marcaba la entrada el templo y tenía altos monolitos que indicaban la existencia del tem-

LA RESTAURACIÓN DE LOS TEMPLOS POR TUTANKAMÓN

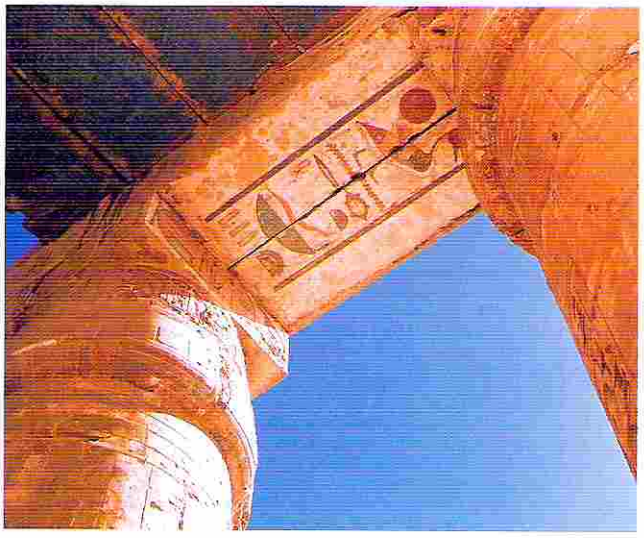
Como parte de su campaña de promoción del Aten al estatus de suprema divinidad de Egipto, el faraón Akhenatón (que reinó hacia 1353-1336 a.C.) cerró todos los templos de los dioses tradicionales de Egipto. En tiempos de su hijo Tutankamón (que reinó hacia 1332-1322 a. de C.), los templos llevaban al menos 20 años abandonados. El joven rey inició un programa de restauración, que aparece descrito en la «estela de la restauración»: «Ahora su majestad apareció como rey, en un tiempo en que los templos de los dioses y las diosas desde el delta hasta Asuán habían quedado en ruinas. Sus santuarios se habían derrumbado y estaban cubiertos de malas hierbas hasta el punto de que parecía que nunca hubieran existido. La tierra había sido golpeada por la catástrofe y los dioses habían dado la espalda a Egipto. Si alguien adoraba a los dioses, éstos no acudían. Los corazones se debilitaron, porque lo que había existido estaba destruido».

Detalle de algunos relieves pintados en el exterior del santuario de la barca de Karnak, construido por Alejandro *el Grande*, medio hermano y sucesor de Felipe Arrhidaeus (que reinó durante 323-317 a. de C.). La barca contenía la imagen de culto de Amón en el santuario interior del templo. La estatua del dios estaba en el canope central.

plo a gran distancia. Enfrente de cada pilono las puntas doradas de un par de obeliscos captaban los primeros rayos del sol que, transmitían sus poderes otorgadores de vida.

En total se construyeron diez pilonos, cada uno de ellos adornado con estatuas reales y enormes relieves del rey castigando a sus enemigos mientras los dioses observaban. Desde el pilono final, el más exterior, completado en época grecorromana, parte una avenida procesional de esfinges con cabeza de carnero que una vez llevaron al puerto. Otra avenida de esfinges conducía hacia el sur, al templo de Mut, y una tercera más larga llevaba al templo de Amón, a más de una milla (1,6 km) hacia el sur, en Luxor, que fue magistralmente reconstruido por Amenofis III (que reinó hacia 1390-1353 a. de C.).

Por consiguiente, los templos egipcios eran en gran medida obras progresivas, frecuentemente reconstruidos, alterados, ampliados o reparados por sucesivos monarcas. Los dioses tenían que gozar de un hogar seguro en sus templos para que Egipto funcionara bien y para evitar que el caos se impusiera, pero las restauraciones fueron un proceso abandonado en periodos de alteraciones o de desórdenes políticos, como el tumultuoso reinado de Akhenatón (véase el texto de la página anterior). La cultura egipcia era extraordinariamente conservadora y la arquitectura de los templos cambió relativamente poco a lo largo de los siglos. Por tanto, aunque algunos de los templos que se mantuvieron más inalterados —en Dendera, Edfú, Esna y Philae— fueron modificados o reconstruidos durante la civili-



Columnas talladas con la forma de plantas de papiro en el templo de Ramsés III (que reinó hacia 1187-1156 a. de C.) en Medinet Habu. El mejor conservado de los templos funerarios reales de Tebas occidental es también el mayor de todos, con un enorme pilono de entrada de 68 metros de ancho. Los jeroglíficos de las partes bajas del templo fueron labrados con mucha profundidad como precaución frente a la posterior erosión.

zación grecorromana, nos dan una idea bastante aproximada de cómo eran los templos a los que habían sustituido.

Los templos también fueron levantados cerca de las fronteras de Egipto para ofrecer protección divina a quienes viajaban a largas distancias. El primer templo de Amenofis III fue construido en honor a Nejbet, a la entrada de las minas del desierto este en el-Kab. Mucho más lejos, en Serabit el-Jadim, en el Sinaí, había un templo dedicado a Hathor, que era conocida como «señora del turquesa», el mineral que se extraía del lugar.

Además de los templos para las divinidades egipcias, había también templos funerarios, conocidos como «mansiones de millones de años», que eran construidas para albergar las almas divinizadas de los reyes difuntos y como centro de veneración. Los templos para los dioses se construían generalmente en la orilla este del río, pero los funerarios lo eran en la oeste, la llamada *Tierra de los muertos*. Tenían sus orígenes en las capillas funerarias vinculadas a las tumbas reales, pero finalmente se construyeron como estructuras independientes cuando las tumbas empezaron a ser construidas muy adentro de los valles rocosos.

Los faraones enterrados en el Valle de los Reyes en la Tebas occidental construían sus templos funerarios a cierta distancia, más cerca del río. La mayor y más impresionante de estas imponentes estructuras fue construida por Amenofis III, pero quedan pocos restos

de ella (véase texto inferior). Entre los restos más impresionantes están los templos de Hatshepsut, Ramsés II (el Rameseo) y el templo de Ramsés III en Medinet Habu.

Los templos egipcios podían sobrevivir a casi todo excepto a la desaparición de la religión que los apuntalaba. Y esto ocurrió en el siglo IV d. de C., cuando el Imperio romano abrazó el cristianismo y cerró, en el año 392 d. de C., todos los lugares de culto no cristianos. El buen estado de conservación de Philae y otros templos debe mucho a su conversión en iglesias, si bien el propio Philae continuó funcionando como templo de Isis durante un siglo y medio, un último puesto avanzado de una cultura en decadencia. Sin embargo, para algunos parece que los dioses y las diosas no se fueron en calma: textos coptos registran la batalla inicial de la Iglesia contra los "demonios" paganos, que, según se decía, ocuparon templos abandonados y aterrorizaron a quienes se encontraban con ellos.

EL TEMPLO QUE DESAPARECIÓ

Actualmente, en la orilla occidental del Nilo, en Luxor, hay dos gigantescas estatuas conocidas como los «colosos de Memnón» que flanquearon la entrada al mayor templo funerario de Egipto. Construido por Amenofis III, de quien son representación, este monumento es descrito en una estela que se ha encontrado: «Un monumento para siempre, para la eternidad, de fina arena combinada con oro en toda su extensión. Sus bases son de plata pura, sus puertas de fino oro. Es grande y ancho y está decorado con resistentes imágenes. Está adornado con esta [estela] y mis estatuas, hechas de granito, arenisca y piedras costosas». Gran parte de la mampostería del templo fue reutilizada por Ramsés II y Ramsés III para levantar sus propios templos funerarios. Este saqueo, junto con pasados terremotos, hace que los dos colosos sean prácticamente todo lo que queda de la gran estructura de Amenofis.

SIRVIENDO A LOS DIOSES

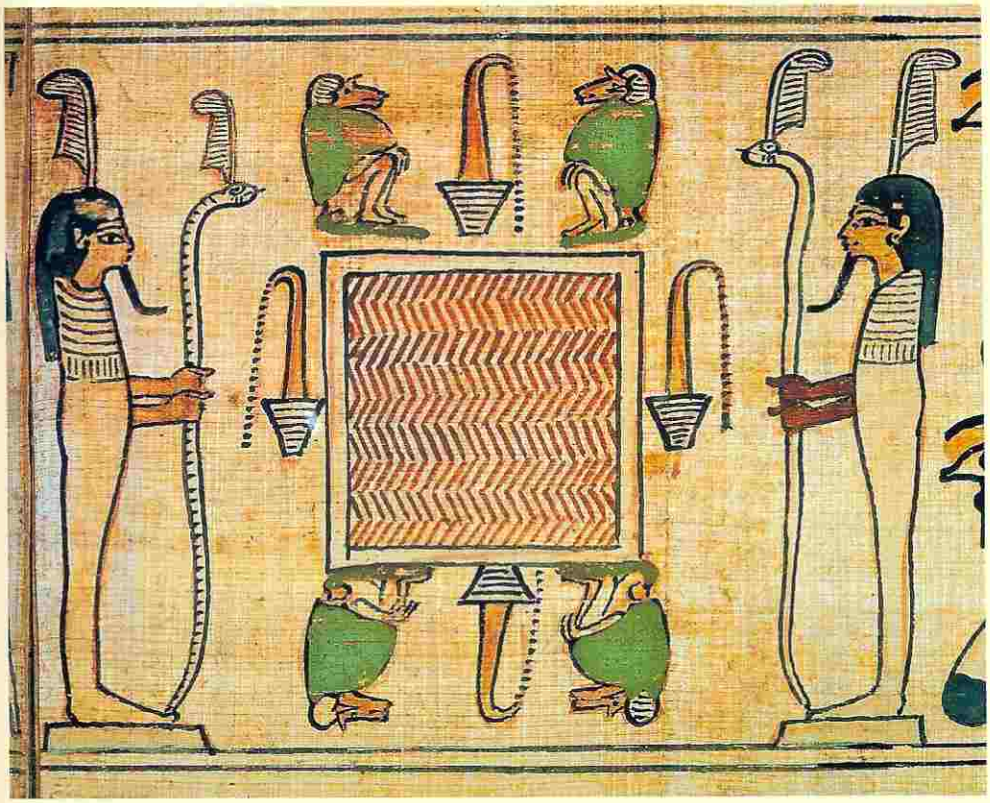
El acceso a los templos egipcios estaba restringido al clero, los «sirvientes de los dioses», y sólo bajo su autoridad otras personas podían entrar. Sólo el rey, el supremo sacerdote de Egipto e intermediario entre los humanos y los dioses, podía penetrar en el santuario interior del templo para dirigirse a la sagrada imagen de la divinidad. Egipto tenía cientos de templos, por lo que delegaba en el sumo sacerdote de cada templo. Éste, con frecuencia denominado *primer servidor* del dios, encabezaba la jerarquía a veces hereditaria.

Directamente tras él se situaba el segundo servidor, que actuaba como suplente, y por debajo estaban el tercer servidor y el cuarto servidor. Luego venía el clero especializado, como los llamados «sacerdotes lectores», que leían en voz alta los textos sagrados; los «sacerdotes de las horas», capacitados astrónomos que regulaban la periodicidad de los ri-

PUREZA RITUAL

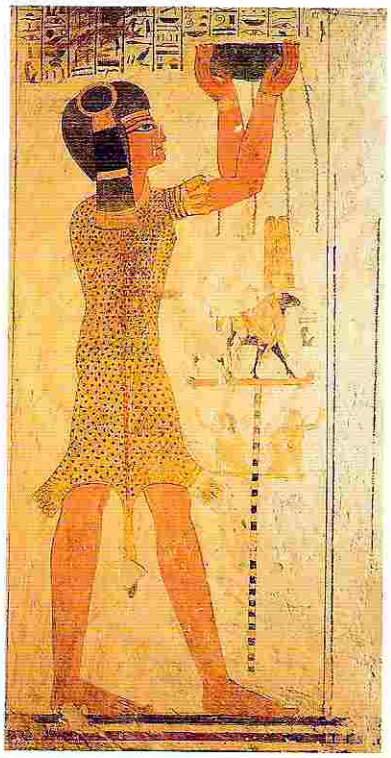
Todo aquel que era admitido en los recintos sagrados del templo tenía que ser puro, porque de lo contrario podría ser rechazado. Ello comportaba bañarse dos veces de día y dos por la noche en el lago sagrado del templo. Incluso el rey tenía que practicar este baño, aunque en la privacidad de un palacio vinculado al templo, donde un mecanismo similar a una ducha lavaba al monarca con agua del lago. En las escenas murales, son los dioses los que vierten el agua, que aparece representada como una corriente de signos *ankh* alrededor del rey. Al entrar al templo, el rey se ponía unas vestiduras de hilo antes de ser «purificado con incienso y agua fría».

La pureza religiosa implicaba la masticación de sales de natrón para refrescar la boca y la eliminación del vello del cuerpo. Tanto para hombres como para mujeres incluía el afeitado de la cabeza. Las sacerdotisas que desempeñaban el papel de Isis y Neftis en los «misterios de Osiris» realizados anualmente (véase página 101) tenían que ser «mujeres puras y que no hubieran dado a luz nunca, con el vello eliminado y la cabeza adornada con alas».



Esta escena acompaña la fórmula 126 de *El libro de los muertos* de Khonsumosis, sacerdote de Karnak de la XXI dinastía. La imagen muestra los cuatro babuinos que se sientan en la barca celestial del dios sol Ra. Aquí, los babuinos están en cuclillas en los laterales del Lago del Fuego, cuyas antorchas brillan entre ellos. El simbolismo del lago cuadrado hace referencia a los estanques sagrados que formaban parte del templo.

tuales y festivales; y los sacerdotes funerarios, como el *sem*, que vestía una piel de leopardo. Miembros de menor importancia en la jerarquía incluían jardineros, ganaderos y carniceros. La gran mayoría de sacerdotes y sacerdotisas pertenecían a la categoría general de «purificadores» (en masculino, *waab*, y en femenino, *waabet*), clero a tiempo parcial dividido en cuatro grupos conocidos como *phyles*, cada uno de los cuales estaba de guardia durante un mes, alternándose. El clero total de un templo lo podían formar unos cuantos oficiantes en un templo de reducidas dimensiones o hasta más de 81.000 sacerdotes en un lugar como Karnak, durante el reinado de Ramsés III.



Parte de la pintura mural de una sala de la tumba de Ramsés IX (que reinó hacia 1126-1108 a. de C.) hallada en el Valle de los Reyes, en Tebas occidental, representa a Iunmutef o sacerdote *sem* vistiendo su característica piel de leopardo mientras realiza ofrendas funerarias al rey muerto.

Sacerdotes y sacerdotisas enfocaban sus esfuerzos al servicio del espíritu de la divinidad que moraba en la estatua del santuario interior, una pequeña cámara en la zona más oscura del templo. El espíritu divino era animado a permanecer en la estatua con constantes ofrendas mediante rituales diarios que tenían lugar al alba, a mediodía y por la noche. Las personas corrientes, que pertenecían a lo que podríamos llamar la congregación, eran excluidas de estos rituales. La ceremonia del amanecer era la más importante. Entre abundantes nubes de incienso, una procesión solemne de clérigos encabezada por el sumo sacerdote se acercaba al santuario interior. Aquél entraba en el santuario y declaraba: «El rey me ha mandado ver al dios». Tras rasgar los sellos de arcilla que había en las puertas de bronce del santuario de madera de cedro del dios —que solía tener la forma de una barca (véase página 103)— para descubrir la estatua del dios, pronunciaba un himno para despertar el espíritu divino que residía en la estatua. Uno de estos himnos, el del templo de khnum en Esna, empieza así: «Despierta con calma y en paz, despierta con calma y en paz, khnum, el antiguo, que surgió de Nun en paz, despierta en paz, gran khnum».

El sumo sacerdote anunciaría entonces: «he visto al dios, y el poderoso me ha visto a mí» (inscripción de Edfú), antes de besar el suelo. Ofrecía a la divinidad una estatuilla de Maat y le ungía la frente con aceite perfumado. La estatua era vestida con lino y adornos.

Por último, el sumo sacerdote presentaba las primeras ofrendas del día, colocándolas en la sala de las ofrendas situada ante el santuario. Las paredes de estas salas de ofrendas muestran la gran variedad de objetos que se presentaban, entre los que encontramos pan, carne, aves, fruta, vegetales, miel, leche, vino, cerveza, agua pura, perfumes, aceites, in-

cienso, lámparas, sal y natrón, ropas, joyas y todo tipo de insignias y amuletos. Todas las ofrendas eran consideradas, en primer lugar, regalos de los dioses, y el hecho de retornarlas a ellos como ofrendas unía a dioses y humanos en un ciclo interminable de gratitud mutua. Cuando se creía que la divinidad ya había disfrutado de su conjunto de ofrendas, seguía un ritual denominado *reversión de ofrenda*, en el que los sacerdotes retiraban la comida y la bebida para su propio consumo. Así mismo, se erigían estatuas a la realeza y a los oficiales destacados para que también ellos aceptaran las ofrendas.

Las grandes cantidades de ofrendas realizadas diariamente eran ofrecidas por el pueblo en forma de impuestos, pero también podían incluir donaciones generosas del rey y regalos procedentes de otros puntos del imperio egipcio. Muchas de las ofrendas crecían en los jardines y las fincas del templo, normalmente muy extensas. Además de muchos comestibles, se necesitaban flores tanto para ofrendas como para elaborar los sagrados perfumes e inciensos —la fragancia de las flores era considerada la auténtica esencia de los dioses.

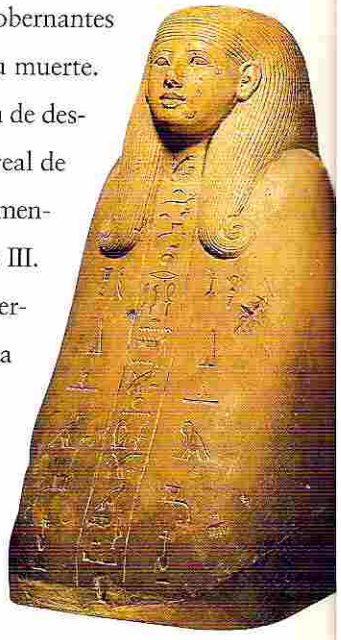
SACERDOTISAS

Fuera de la casa, el oficio más habitual de las mujeres egipcias era el de sacerdotisas. Una de sus funciones era entretener a los dioses como cantantes o bailarinas. Por ejemplo, Tuya, suegra de Amenofis III, fue ascendida a «jefe de artistas» tanto de Amón como de Min, además de ser cantante de Amón y Hathor. Una estatuilla de madera (a la derecha) que ha llegado hasta nosotros, la muestra sosteniendo su sagrado collar *menat*, que tal vez agitaba a modo de acompañamiento de percusión. En ocasiones las mujeres eran sacerdotisas funerarias y trabajaban junto a los hombres en las ceremonias reales del jubileo. Es incluso posible que ocuparan el cargo de suma sacerdotisa, pero esto no era muy habitual. Sin embargo, durante el Imperio nuevo el cargo de «suma sacerdotisa de Amón» recayó en la hija del rey. También denominada «esposa divina de Amón», «adoradora del dios» o «mano de dios», cumplía el papel de esposa de Amón en los rituales importantes y a veces gozaba de un gran poder político, que tan sólo tenía por encima al rey.

En el relativamente simple ritual del mediodía se presentaban libaciones (ofrendas líquidas). Por otra parte, a lo largo del día tenía lugar en el templo una gran variedad de rituales menores. En el ritual del anochecer, realizado antes de la puesta del sol, el sumo sacerdote pronunciaba palabras de protección y declaraba que «ni hombre ni mujer enemigos entrarían en el santuario». Entonces sellaba las puertas del sagrado santuario y se retiraba, borrando las huellas de sus pies al hacerlo, hasta la mañana siguiente, momento en el que se iniciaría de nuevo el ciclo.

Igual que los dioses eran muy venerados por los vivos en su reino de los cielos, también lo eran todos aquellos que habían fallecido y seguían viviendo con Osiris en su reino del inframundo. Los muertos eran venerados colectivamente como «los antepasados», y en el tolemaico *Libro del paso por la eternidad* son invitados a participar en festivales terrenales. Los familiares fallecidos eran honrados en pequeños santuarios en los hogares y se consideraba que siempre estaban presentes y eran esenciales para la fertilidad y la continuidad de la familia.

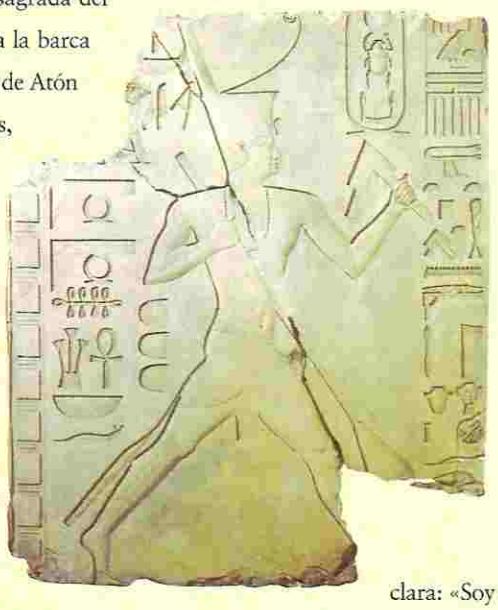
Se concedían de forma natural honores especiales a los reyes muertos manteniendo su estatus en la tierra, y eran adorados en sus templos funerarios, cada uno de ellos con su propio clero (véanse páginas 90-91). Algunos gobernantes eran a menudo recordados y venerados siglos después de su muerte. Así mismo, se llevaban a cabo rituales para invocar el espíritu de destacados plebeyos; los más notables son Imhotep, arquitecto real de la primera pirámide de Egipto, la pirámide escalonada, y Amenhotep hijo de Hapu, alto oficial bajo el reinado de Amenofis III. Ambos fueron muy venerados varios siglos después de su muerte y eran considerados hijos de Tot y Seshat, el dios y la diosa vinculados a la escritura y la sabiduría.



Los difuntos eran honrados en santuarios en forma de «bustos de antecesores», estelas de piedra que representaban al difunto *akh iker en Ra* («espíritu vivo de Ra»). Éste perteneció a Mutemonet, madre de Amenmosis, un escriba de Ramsés II (que reinó hacia 1279-1213 a. de C.).

RITUALES REALES

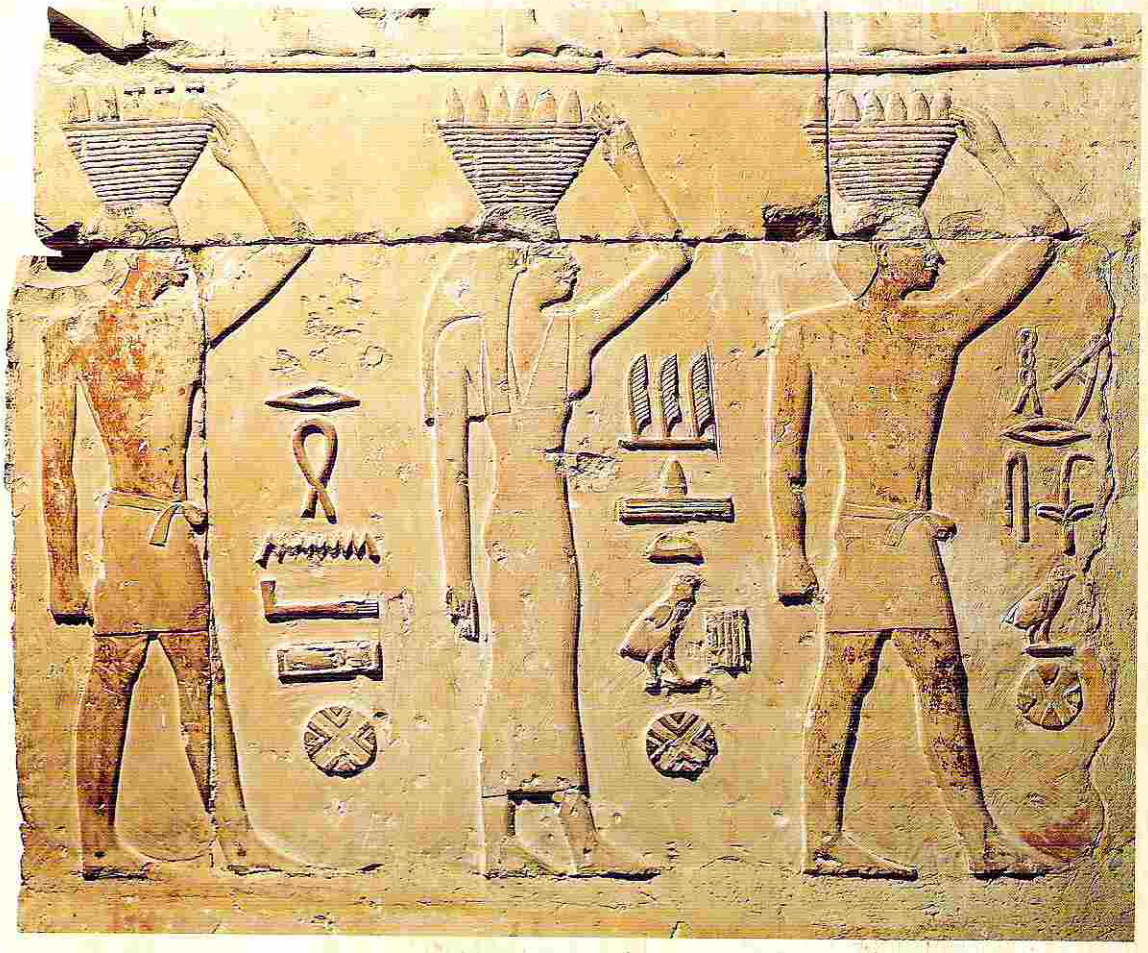
Escenas del rey llevando a cabo rituales ante los dioses cubren la superficie de todos los templos de Egipto. En la práctica, estos ritos solían ser realizados por sus sumos sacerdotes, pero hay una descripción detallada del rey Piye (que reinó hacia 747-716 a. de C.) dirigiendo los ritos del dios sol en Heliópolis: «El rey está solo. Rompe los sellos de los cerrojos de la puerta, y abre del todo la puerta para ver a su padre Ra en la casa sagrada del Benben. A continuación adora la barca de Ra de la mañana y la barca de Atón de la noche. Cierra las puertas, aplica la arcilla fresca y la sella con el sello real».



Los rituales reales más comunes implicaban la presentación de ofrendas. La mayor de estas ofrendas reales era la figura de la diosa Maat, que representaba el orden divino por el que se sostenía el rey en la Tierra. A cambio, los dioses le ayudaban en su tarea y volcaban la vida sobre él en forma de signos *ankh*. El rey les respondía haciendo más ofrendas. También se le podía ver sosteniendo quemadores de incienso y ungüentos perfumados, con los que ungía la estatua de la divinidad.

El rey generalmente desempeñaba sus deberes rituales de pie, pero también aparece a veces arrodillado o, incluso, en posición sumisa ante los dioses. Tan sólo ocasionalmente se muestra haciendo esfuerzos físicos. Como parte del festival del jubileo real *(sed)* celebrado para conmemorar el trigésimo aniversario de su llegada al trono, el rey podría ser representado corriendo para demostrar su buen estado físico para gobernar (abajo), o en tensión para levantar un gran pilar *(djed)* simbolizando la estabilidad. En escenas de su templo funerario en Medinet Habu, Ramsés III puede ser visto realizando trabajos manuales agotadores en la otra vida, escenas generalmente representadas en los textos funerarios privados en lugar de serlo en los monumentos reales.

Como sumo sacerdote, se esperaba del rey que ofreciera música y danza a los dioses, especialmente a Hathor. En una inscripción de su tumba tebana, el rey Inyotef II (que reinó hacia 2065-2016 a. de C.) declara: «Soy el que hace que el cantante despierte y haga música para Hathor». En épocas posteriores, el propio rey fue descrito como creador de música para la diosa. Unas escenas de reyes tolemaicos ofreciendo vino a Hathor en Dendera van acompañadas de unos textos que describen cómo el rey, atraído como un sacerdote o sacerdotisa de Hathor con sus sagradas insignias del collar *menat* y el sonajero *sistrum*, realiza ofrendas mientras baila danzas rituales para entretenerla (véase página 83).



LA OFRENDA DIARIA

Un papiro conocido como *Amonestaciones de Ipuwer* pertenece a un género literario sobre el saber egipcio que se centraba en torno a la oposición orden-desorden. Fue escrito hacia finales del Imperio medio y describe un país agotado por los conflictos civiles y con unas instituciones arcaicas en decadencia, donde los «extranjeros se han vuelto gente [nativa] en todas partes» —poco después, la mayor parte del país fue ocupada por una dinastía de colonizadores asiáticos—. El texto mira hacia atrás con melancolía, hacia los tiempos del orden, representados por el ciclo regular de ofrendas diarias a los dioses:

«Recuerda el santuario,
que era perfumado con incienso,
en el que se vertía al alba el agua sagrada de la
vasija de las libaciones.
Recuerda las ofrendas de cebadas ocas,
la amplitud de las ofrendas a los dioses.
Recuerda cuando se mascaba natrón,
con pan blanco preparado aquel día,
recuerda cuando se colocaban las astas de las
banderas,
cuando se tallaban piedras para la ofrenda,
cuando el sacerdote purificaba los santuarios
y el interior blanco como la nieve,
dulcificando el santuario,
entregando la oferta de panes».

DÍAS DE FIESTA

Las estatuas de los dioses no permanecían dentro de sus santuarios, porque el calendario sagrado de los egipcios contemplaba numerosos festivales públicos, en los que eran transportadas en largas procesiones por tierra y por el río de visita a los otros templos. Si bien las estatuas quedaban fuera de la vista dentro de sus elaborados santuarios, se consideraba que la gente se beneficiaba de la divina presencia de la divinidad cuando las imágenes pasaban en procesión llevadas sobre los hombros del clero.

Las procesiones iban acompañadas de músicos y bailarines, y toda la población disfrutaba con alegría de la fiesta y de la comida y bebida que esos días se ponía a su disposición.

EL AÑO DEL FESTIVAL

El año egipcio contaba con diferentes festivales anuales que comenzaban el día de Año Nuevo al inicio del Ajet, la estación de la crecida del Nilo. Algunas de las celebraciones más importantes eran las siguientes:

PRIMER MES DE AJET: día de año nuevo (19 de julio); festival Wag de Osiris en Abydos (véase página 135); festival de la Gran Partida de Osiris; festival de Tot en Hermópolis; festival de Hathor en Dendera.

SEGUNDO MES DE AJET: festival Opet en Luxor.

CUARTO MES DE AJET: festival de Hathor en Dendera; festival de Sokar, dios de los cementerios (día 26); festival de Osiris en Abydos (posiblemente el mismo que los misterios de Abydos, véase texto general).

PRIMER MES DE PERET (CULTIVO DE PRIMAVERA): festival de Nehebkau, un dios serpiente del inframundo y la fertilidad (día 1); festival de la Instalación del Sagrado Halcón de Edfú (días 1-5).

SEGUNDO MES DE PERET: festival de la Victoria en Edfú (días 21-25, hacia el 9-13 de enero).

PRIMER MES DE SHEMU (VERANO/COSECHA): Festival de Min en Karnak.

SEGUNDO MES DE SHEMU: fiesta del Valle, en Tebas.

TERCER MES DE SHEMU: festival de la Alegre Unión en Edfú (15 días desde la luna nueva hasta la luna llena).

CINCO DÍAS INTERCALADOS (ENTRE EL CUARTO MES DE SHEMU Y EL NUEVO AÑO): aniversarios de Osiris, Isis, Horus, Set y Neftis.

En este fragmento en relieve de caliza de una tumba de la XIX dinastía en Saqqara (hacia 1250 a. de C.), las mujeres tocan las panderetas y bailan con sus cabellos agitándose por el movimiento, mientras otras dos jóvenes bailan y tocan cuando se acerca la procesión del festival (a la derecha) presidida por un oficial portador de bastón, que es seguido por otros oficiales y escribas con las manos levantadas en señal de alegría.

Estos festivales se celebraban a lo largo de todo el año por diferentes motivos mitológicos, políticos y agrícolas, y su periodicidad era determinada con esmero por los astrónomos del templo, los «sacerdotes de las horas».

Osiris era honrado a lo largo de todo el año. Durante la celebración anual de los misterios de Osiris, que se llevaba a cabo en su centro religioso de Abydos, la estatua del dios era llevada en su barca desde el templo hasta el emplazamiento tradicional de su tumba, en el desierto cercano. Tras un ritual de representación del conflicto con Set y del triunfo de los seguidores de Osiris, la estatua del dios era devuelta a su templo. Un informe señalaba que todos los espectadores se «llenaban de alegría cuando veían la belleza de la barca que llevaba a Osiris, el «primero de los occidentales», «señor de Abydos, que regresaba a su palacio».

Horus también era honrado en diferentes festividades en Edfú. Calendarios del templo enumeran hasta cuarenta eventos que duraban desde un día hasta dos semanas, incluyendo la «instalación del Halcón Sagrado», el «festival de la Victoria» (de Horus sobre Set) y el «festival de la Alegre Unión», en el que la estatua de la diosa Hathor era llevada hacia el

Sistrum de bronce, o sonajero sagrado, del periodo grecorromano. Era tocado principalmente por mujeres y estaba estrechamente vinculado al culto a Hathor, cuya cabeza aparece en el mango. Los reyes también manejaban el *sistrum* cuando veneraban a la diosa.

sur desde su templo de Dendera para pasar dos semanas como «invitada» de Horus en Edfú. El viaje de Hathor a Edfú (180 km) duraba dos semanas porque su dorada barca realizaba varias paradas de camino, incluyendo una visita a la diosa Mut en Karnak. Cuando la barca de Hathor navegaba por el río, las orillas se llenaban de gente que la aclamaba, hasta el punto de que «los cocodrilos se quedaban tranquilos y ni siquiera se levantaban para atacar».

Una inscripción describe vívidamente las festividades que acompañaban la estancia de Hathor en Edfú: «Hay todo tipo de pan, tantas hogazas como granos de arena. Los bueyes son tan numerosos como los saltamontes, y el olor a carne asada llega hasta el cielo. El vino desde su taberna corre libremente por el pueblo, como la crecida del Nilo cuando se desencadena. La mirra y el incienso de los quemadores pueden olerse a una milla de distancia, y por toda la ciudad se esparce la loza, y la ciudad brilla con el natrón y se engalana con flores frescas... La alegría se siente en el ambiente, y la fiesta se ve por doquier . ¡El sueño queda aplazado hasta el amanecer!».

En Dendera, Hathor era honrada en su propio festival de Hathor, durante el cual su estatua era sacada del templo y presentada a la gente para celebrar una buena cosecha. Música, danza y bebida eran elementos centrales de la celebración. Había festivales anuales de este tipo en muchos otros lugares por todo Egipto, entre los que se cuentan el de el-Kab, Gebel Silsilah, Saqqara y Bubastis (véase página 74).

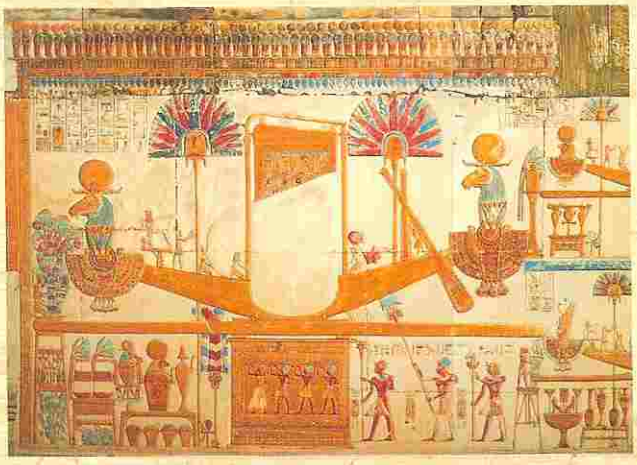
Algunos de los festivales más importantes tenían lugar en Tebas, la capital religiosa de Egipto. En la bella fiesta anual del Valle, las estatuas de Amón, Mut y Jonsu cruzaban el río desde Karnak para visitar los templos funerarios de la orilla occidental. Las procesiones iban acompañadas por grandes multitudes que señalaban la fecha con una visita a las tumbas de sus seres queridos. Otras ceremonias públicas en Tebas comportaban la presencia del rey y tenían como objetivo reactivar sus poderes para que estuviera en íntima comunión con los dioses. La ceremonia más importante era el festival Opet anual, en el que la estatua de Amón

era portada desde Karnak hasta Luxor. En el templo de Luxor, la estatua era recibida por el rey. Las paredes del templo ilustran los acontecimientos que acompañaban a estos ritos regios, con las sacerdotisas agitando *sistra* junto con los músicos y los bailarines del templo, cuyos frenéticos movimientos eran imitados por la gente cuando su revigorizado rey emergía, como un dios, desde el templo.

Otras ceremonias reales podían tener lugar, parcialmente como mínimo, en público. Éstas comprendían la coronación; el jubileo real, o *sed* (véase página 97); la fundación de templos (véase página 87) y el festival de los seguidores de Horus, una ceremonia bienal que celebraba el parentesco del faraón con los dioses.

LAS BARCAS SAGRADAS

Los utensilios sagrados de los rituales eran de materiales caros y exóticos como demostración de la devoción del rey. Esto era especialmente cierto en los santuarios con forma de barca en los que los dioses eran cobijados en sus templos y trasladados en procesión. Según instrucciones de Sesostris III (que reinó hacia 1836-1818 a. de C.) «una gran barca eterna» de «oro, plata, lapislázuli, bronce y cedro» fue fabricada para la estatua de Osiris. Al descubrir una barca de Osiris hecha de acacia nativa, el sacerdote Peftuaneit de la XXVI dinastía ordenó que fuera reemplazada por otra de cedro. El uso de esta madera extranjera, prestigiosa y cara, constituía en parte una declaración política acerca del dominio imperial de una divinidad. Amenofis III encargó una barca para Amón en Karnak «de madera nueva de cedro cortada según mis órdenes en Líbano y extraída de las montañas por los jefes de todas las tierras extranjeras».



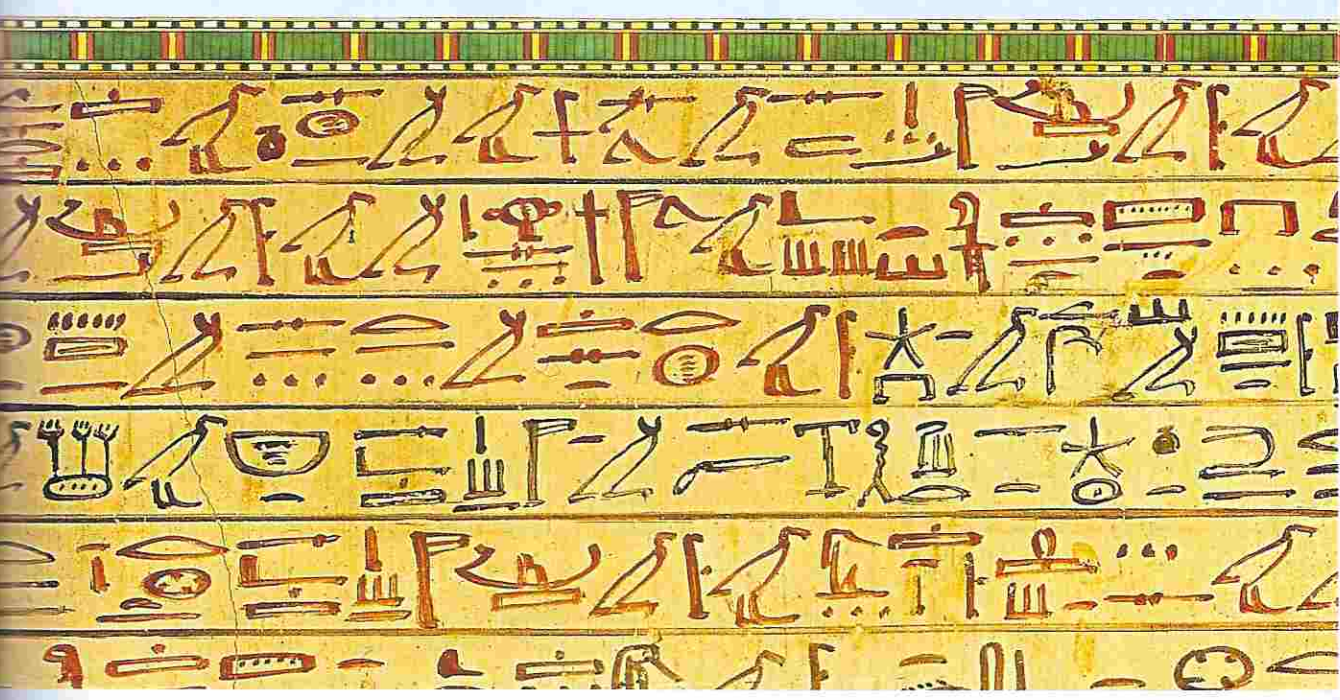
LAS PALABRAS DE TOT

Prácticamente toda superficie disponible de un edificio sagrado, tanto si era una tumba como un templo, se cubría con inscripciones según la escritura pictórica egipcia, conocida con el nombre de *jeroglífica*, por la denominación griega para «talla sagrada». Los propios egipcios se referían a su escritura como «palabras de Tot», el dios de la escritura, con cabeza de ibis, que también podía ser representado como un babuino. Tot, o Djehuty, era hijo del dios sol Ra, que lo nombró su ayudante para que mantuviera en orden los asuntos terrenales. Según una leyenda, Ra permitió a Tot dar a los humanos el conocimiento de los jeroglíficos para la organización y la administración del país.

Históricamente, los jeroglíficos fueron la primera forma conocida de escritura. Unos recientes descubrimientos la remontan hasta el año 3250 a. de C., antes de la primera dinastía reconocida de faraones. La escritura se desarrolló primero sólo como forma de grabado, pero como instrumento de la burocracia se convirtió rápidamente en el medio con el cual tomó forma el Estado egipcio, con escribas trabajando para el rey para cobrar los impuestos y organizar a una amplia población activa.

Se ha calculado que en el Egipto antiguo menos de un 1 % de la población estuvo alfabetizada. Los escribas, o «seguidores de Tot», eran un grupo culto de elite, muy elogiado en los textos y descrito como «una noble profesión». Eran exhortados a «amar la escritura, rechazar el baile, abandonar la caza, hacerse amigos del rollo y la paleta —¡aportan más gozo que el vino!»—. Cortesanos y oficiales ancianos eran a menudo representados como escribas para mostrar que eran hombres cultos. Horemheb, un militar perteneciente al reinado de Tutanka-

Escultura de Tot como babuino (Tot era hijo del dios sol). El «escriba de la Enéada», como era llamado Tot, era el cuidador divino de los registros que conservaban la sabiduría de los tiempos. Cuando los difuntos se enfrentaban al juicio de Osiris, Tot guardaba el veredicto (véase páginas 124-125). Reinado de Amenofis III (hacia 1390-1353 a. de C.).



Parte de *El libro del amduat*, de la época de Tutmosis III (que reinó hacia 1479-1425 a. de C.). El texto fue elaborado con jeroglíficos cursivos, una forma simplificada de la escritura jeroglífica utilizada en los escritos funerarios, y se empleó tinta roja para destacar algunas partes importantes.

món que llegó a ser rey (reinó hacia 1323-1295), se retrató a sí mismo de esta forma: «Tot, señor de la escritura». Las oraciones de *El libro de los muertos* identifican al difunto como un escriba divino, secretario de Ra: «Traedme un vaso de agua y una paleta del equipo de Tot, y todos los misterios que están en ellos: ¡Soy un escriba! Traedme la descomposición de Osiris, que tal vez escriba con él para copiar lo que grande y bueno dice él todos los días. Yo hago el bien y hago mandatos para Ra todos los días». Se llega a hacer referencia al rey en términos similares a los del escriba de Ra, «abriendo sus cajas, rompiendo el sello de sus documentos, sellando sus despachos» *(Los textos de las pirámides)*.

Los egipcios eran muy respetuosos con el aprendizaje, y existe todo un cuerpo de literatura conocido como *Textos de la sabiduría*, entre los que se encuentran las máximas que aconsejan sobre cómo vivir una buena vida y subrayan el valor de la educación. Un trabajo de éstos, *Instrucciones de Merikare*, que se supone que son las palabras del rey Merikare (que reinó hacia 2015-2000 a. de C.), exhorta: «Copia a tus antepasados. Sus palabras sobreviven en los libros. ¡Ábrelos! ¡Léelos! Copia sus conocimientos. Quien

aprende lo que le enseñan llegará a ser un experto». Los escribas veneraban a Tot para que les otorgara la sabiduría: «Oh, Tot, ven a mí, gran Ibis, dame la habilidad al llamarme. Es mejor que cualquier otra cosa, vuelve grandes a los hombres, y... habilita para ocupar este cargo». Tanto el dios como sus representantes humanos suelen aparecer sosteniendo sus útiles: una pluma de caña, una paleta de tinta y un vaso de agua, que también representaba la palabra *sesh*, que significaba «escribir» y «escriba». La gran mayoría de los escribas eran hombres, pero hay alguna mujer leyendo y algunas hasta ocupaban puestos que implicaban ser culto, como supervisora, administradora, visir... y reina.

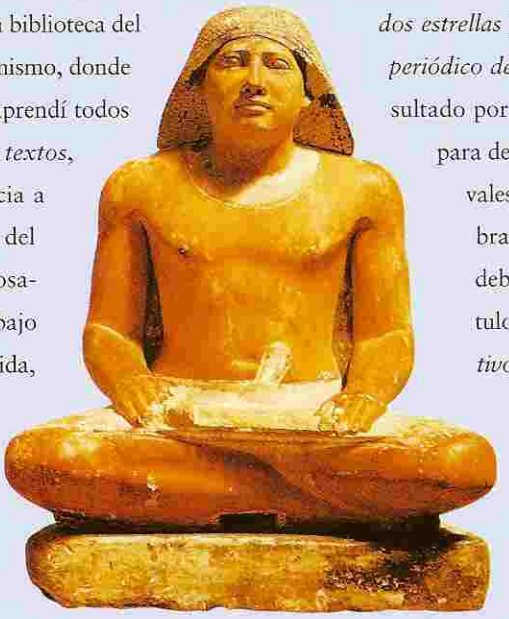
Los textos sagrados, como los de la biblioteca del templo de Edfú (véase texto de la página siguiente) hacían referencia, en conjunto, a los «libros de Tot». Textos religiosos antiguos, así como trabajos de historia, matemáticas, medicina, geografía, astrología y leyes eran almacenados en las bibliotecas de los templos como las del Rameseo, Edfú, Dendera y en el centro de culto del propio Tot en Hermópolis. Parece que también había bibliotecas en algunos palacios. El palacio de Amenofis III en Malkata, en la Tebas occidental, contenía una *per medjat* («casa de libros») que incluía trabajos sobre horticultura.

Las inscripciones y las imágenes que aparecían en los templos y las tumbas de Egipto están ordenadas por líneas para ofrecer una sensación general de equilibrio. Se creía que las figuras pequeñas de humanos, animales y otros símbolos que popularizaron la escritura jeroglífica infundían poder divino a las escenas en las que aparecían, y que los rituales que debían activar los jeroglíficos darían literalmente vida a las escenas. Sin embargo, algunos signos eran considerados tan potentes que se inscribían en dos mitades para reducir su poder y evitar que causaran una gran confusión cuando se activaran mágicamente.

A pesar de su significado a menudo complejo, en el que un único símbolo puede representar con frecuencia un cuerpo entero de mitología oscura, los simples contornos y la apariencia estética de los jeroglíficos explica su uso como elemento tanto decorativo como funcional. Aparecen en cualquier tipo de edificio, desde las monumentales estructuras de piedra hasta las sencillas casas de adobe. La utilización de determinados símbolos en el hogar —incluyendo el hogar del rey— era especialmente importante en zonas asociadas con el sueño, donde la gente era en su mayoría vulnerable. Los signos *ankh* («vida») y *sa*

LA CASA DE LA VIDA

La Casa de la vida era una de las partes más importantes en cada templo. Contenía todo tipo de textos escritos, desde la liturgia sagrada hasta registros antiguos, y era además el lugar en el que se educaba a los escribas en el arte de la escritura. El meteórico ascenso del oficial Amenhotep, hijo de Hapu, de la XVIII dinastía, se inició cuando fue enviado a su escuela del templo local en Athribis para que se iniciara en «las palabras de Tot» y «los libros de dios» (la biblioteca del templo). Allí fue, según dice él mismo, donde «me adentré en sus secretos y aprendí todos sus misterios». *La creación de textos*, inscrito en Edfú, hace referencia a las inscripciones jeroglíficas del templo como algo «maravillosamente realizado mediante el trabajo de artesanos en la Casa de la vida, con los adornos preparados siguiendo los registros antiguos».



La Casa de la vida de Edfú contenía una biblioteca muy bien conservada que se conocía con el nombre de «biblioteca de Horus». Actualmente ya no existe ninguno de los rollos, pero los nichos en los que se mantenían muestran sus títulos inscritos. En éstos se lee una fascinante mezcla de trabajos prácticos y esotéricos. En la primera categoría tenemos libros como *El libro de las regulaciones del templo* y *El libro de la lista de turnos de los guardias del templo*. Un sacerdote que estuviera aprendiendo la rutina sagrada del templo debería consultar también un manual titulado *El libro para conocer los secretos del laboratorio, los detalles de las ofrendas de los dioses, las listas de las formas secretas del dios y las listas de las divinidades que viven en este templo y nunca abandonan este lugar*. Un manual de astronomía, *Información sobre el aspecto de dos estrellas* [El Sol y la Luna] *y el regreso periódico de otras estrellas*, debió ser consultado por los «sacerdotes de las horas» para determinar las fechas de los festivales importantes. La correcta celebración de estos acontecimientos debió ser recogida en libros con títulos como *Todos los rituales relativos al dios que deja su templo en procesión en los días de fiesta* y *Libro para enviar al rey en procesión*.

Muchos trabajos eran dedicados a rituales esotéricos y mágicos cuyo fin era protegerse de las fuerzas malignas. Entre éstos encontramos el *Libro para la realización de rituales de protección de la ciudad, las casas, la corona blanca y el año* y *Libros y grandes rollos de piel para llevar a cabo el derrocamiento del maligno, rechazar a Set, bendecir la hora y proteger la barca procesional* (véase también página 110).

(«protección») se hallan en zonas vinculadas al parto, tanto en paredes como en mobiliario.

La mayor parte de las inscripciones jeroglíficas son repeticiones interminables de los nombres y los títulos de los reyes y los dioses. Sin embargo, éstos son rodeados de símbolos protectores, porque sus nombres eran considerados de tremenda importancia y tan vitales para la existencia como el alma *(ka)*. La pérdida del propio nombre significaba la permanente obliteración de la historia, y para evitarlo, los nombres eran a menudo tallados tan profundamente que es posible introducir una mano extendida dentro de cada jeroglífico,

NOMBRES REALES

Los nombres reales eran primero escritos dentro de un muro de la fortaleza rectangular y de protección, conocido con el nombre de *serekh*, que luego derivó en el cartucho oval, más habitual. Todos los reyes tenían cinco nombres, pero en los cartuchos se mostraban sólo los dos más importantes, el «prenomen» y el «nomen». El primero, o «nombre del Rey del Alto y el Bajo Egipto», era recibido en la coronación y era denominado así porque iba precedido de la frase «Rey del Alto y el Bajo Egipto», escrita con los jeroglíficos de la planta de juncia (Alto Egipto) y la abeja (Bajo Egipto) (véase página 37). El nomen, o «nombre de Hijo de Ra», concedido al nacer iba precedido por la frase «Hijo de Ra» *(sa Ra)*, escrita con los signos de la oca *(sa)* y el sol *(Ra)*. Amenofis III, por ejemplo, es conocido hoy por su nomen, que significa «Amón está contento [hotep]», pero en su época se hacía referencia a él en la correspondencia diplomática sólo con su prenomen, Nebmaatra («Ra, señor *[neb]* de la verdad *[maat]*»). El famoso nomen de su nieto, Tutankamón, significa «Imagen *[tut]* viva *[ankh]* de Amón».

El poder de las palabras también era aprovechado a la manera de juego visual de palabras. Una escultura de Ramsés II lo representa coronado con el sol *(ra)* como un hijo *(mes)* sosteniendo la juncia *(su)* del Bajo Egipto. La imagen completa muestra así su nombre: *ra-mes-su*.

Los nombres y los títulos casi siempre iban seguidos por apelativos como «vida, prosperidad, salud» y «que recibió la vida para siempre». El signo de la «llave de la vida» *(ankh)* aparece de manera destacada.

Este collar de oro y turquesa, hallado en la tumba de la princesa Khnumet, de la XII dinastía, en Dasur, contiene jeroglíficos considerados amuletos de gran poder. Entre ellos podemos ver el nudo *tyet* que representa los poderes de Isis; el pilar *djed* de Osiris, que indica estabilidad, y el signo *ankh* que significa vida. Eran llevados como colgantes, anillos o pectorales por los vivos y colocados sobre los muertos.

como es el caso del nombre y los títulos de Ramsés III en su templo funerario (véase ilustración de la página 90).

La palabra escrita era considerada un instrumento muy poderoso, y se creía que el reducido número de personas que podían leer y escribir poseía poderes especiales gracias a sus conocimientos privilegiados. Los sacerdotes lectores, que leían en voz alta textos rituales durante las ceremonias, solían ser considerados magos, ya que eran quienes pronunciaban las «palabras mágicas de poder».

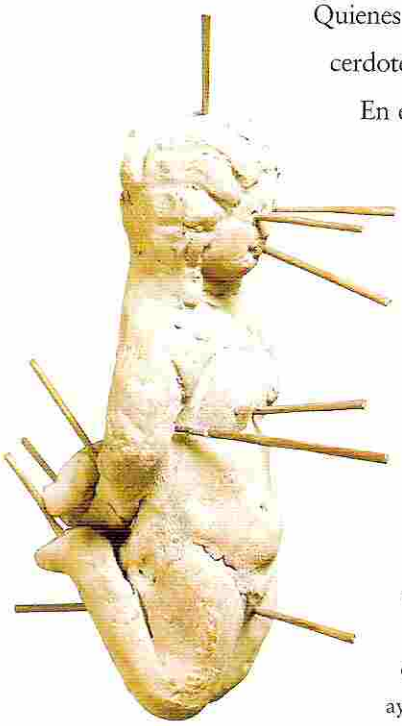
La mística que envuelve el poder de la escritura llevó al desarrollo de mitos acerca de la existencia de un libro mágico escrito por el dios Tot. Se creía que estaba oculto en una vieja tumba de Saqqara, en el norte de Egipto, y se decía que contenía una magia tal que quien lo poseyera sería capaz de hechizar a todo el universo y ver a los dioses. En la época grecorromana se decía que todo el conocimiento de Egipto estaba contenido en 42 libros escritos por Tot, al que los griegos identificaron con Hermes. Así se inició la tradición mística del llamado *Hermes tres veces grande* («Hermes Trismegistus») y su libro de secretos mágicos, *Hermética*, cuya fabulosa existencia sigue intrigando al mundo.

Ya en el Imperio antiguo, los escribas desarrollaron una versión simplificada de algunos jeroglíficos conocida como *escritura hierática* (del griego *hieratika*, que significa «sagrado»), para la redacción de textos en papiros o piel. Sin embargo, en el periodo tolemaico ésta ya había sido reemplazada por otra más simplificada denominada *demótica* («popular»). En la era cristiana, los egipcios adoptaron un alfabeto conocido como *copto*, que utilizaba letras griegas combinadas con signos demóticos. No obstante, los jeroglíficos completos siguieron siendo la norma en las inscripciones de naturaleza religiosa, y continuó su utilización durante al menos 4.000 años hasta el fin del siglo IV.

EL PODER DE LA MAGIA

En el Antiguo Egipto no se hacía distinción entre religión y magia. Los egipcios creían que era posible alterar el mundo mediante el control de fuerzas invisibles, y por ello intentaban invocar y calmar el espíritu de los dioses y de los difuntos para que actuara en beneficio de los vivos. El clero de un templo organizado en el ámbito de todo el Estado empleaba rituales mágicos a diario, como puede verse en los libros de la biblioteca del templo de Edfú, que llevan títulos como *Libro de la protección del rey en su palacio, Libro para calmar a Sejmet, Fórmulas para reconducir al ojo maligno, Libro de la captura del enemigo* y *Libro para vencer a Apofis* (véase página 107). Los rituales que se describen en estos textos iban acompañados por la destrucción de imágenes de cera o arcilla de cualquier cosa que amenazara el orden divino o *maat*, desde los enemigos del Estado hasta los enemigos del dios sol.

Quienes pronunciaban las palabras sagradas en estos rituales mágicos, los sacerdotes lectores, suelen aparecer designados con la denominación de magos. En el papiro Westcar, el «principal sacerdote lector y escriba de libros», Djadjaemankh, lleva a cabo acciones milagrosas para el rey Snefru, mientras que su hijo y sucesor Keops recurre a las habilidades de Djedi, un hombre de 110 años que «puede unir una cabeza cortada a su cuerpo, puede hacer que un león camine sobre un pedazo de plomo detrás de él y conoce el número de cámaras secretas del santuario de Tot». Por otra parte, numerosas historias nacieron en torno a las habilidades mágicas de Setna Khaemwese, un ca-



Figurilla de arcilla, del año 250 d. de C., de una mujer arrodillada atravesada por punzones, y con las manos atadas a la espalda. Los punzones no pretendían ser causa de daño, sino que representaban las punzadas del amor —fue descubierta dentro de un recipiente con un hechizo de amor, escrito en griego, que invocaba la ayuda de Tot, Anubis, el semidiós romano Antinous y otros seres mágicos.

rácter ficticio basado en un hijo de Ramsés II, el príncipe Jaemwaset, que fuera sumo sacerdote de Ptah en Menfis y era descrito como «un mago y escriba muy astuto que pasaba el tiempo estudiando monumentos y libros antiguos». En la primera colección de cuentos, Setna Khamwese buscaba el libro mágico escrito por Tot. Se descubría que éste estaba en posesión de un mago muerto llamado Naneferkaptah, y ambos iniciaban una batalla de habilidades mágicas. En otras historias, Setna es llevado al inframundo por su hijo Siosire para que pueda comparar el más allá de los bendecidos con el de los condenados.

La mayoría de los egipcios no tenían acceso a la magia del Estado que se hacía en los templos, pero en sus casas practicaban sus propios rituales a menor escala. Igual que los rituales de los templos, la magia doméstica solía implicar la participación de dioses y espíritus de los antepasados. Los rituales mágicos acompañaban a los ritos clave de paso del

SUEÑOS

Los egipcios creían en el poder de los sueños. Se dice que Tutmosis IV soñó que alcanzaría el trono si restauraba la esfinge. Así lo hizo, y luego llegó a ser rey. Los sueños eran utilizados también para tratar enfermedades. Los pacientes dormían en los recintos del templo y por la mañana un sacerdote interpretaba sus sueños con ayuda de libros de sueños; veamos un extracto:

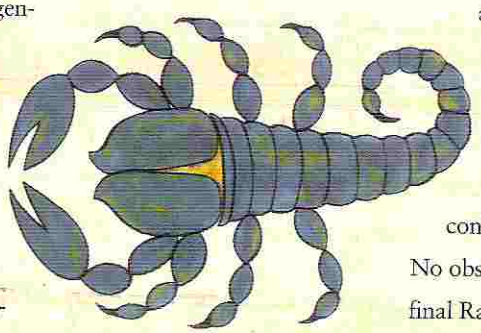
«Si alguien sueña con hacer el amor:
malo. Significa luto.
Si alguien sueña que alimenta al ganado:
malo. Significa que vagará por el mundo.
Si alguien sueña que se cae a un río:
bueno. Significa la purificación de todo mal».

nacimiento a la muerte. El parto, en particular, era acompañado por abundantes fórmulas protectoras, con los que las mujeres apelaban a Bes, Taueret y Hathor para que protegiera a madre e hijo y facilitara el nacimiento (véase página 73). Según el papiro médico Ebers, un recién nacido viviría si gritaba «ni»; un grito de «ba», en cambio, significaba que iba a morir. A medida que el niño crecía, era protegido con amuletos y fórmulas para alejarlo de las enfermedades. Una fórmula para curar las fiebres decía: «¿Tienes calor en el nido? Tendrán que traer un sello de cornalina con un cocodrilo y una mano para expulsar al demonio. El sello del cocodrilo y la mano deben ser convertidos en un amuleto y colocados en el cuello del niño».

La medicina egipcia, por tanto, era una combinación de práctica y magia, con intervención médica física que era complementada con el uso de encantamientos y amuletos.

EL NOMBRE SECRETO DE RA

Los nombres tenían un poder mágico, y se creía que conocer el nombre de una persona daba un gran poder sobre ésta. Una fórmula para neutralizar veneno apuntaba que «Isis era más inteligente que un millón de dioses y lo sabía todo en el cielo y la tierra», excepto el nombre secreto de Ra. Si Isis hubiera aprendido su nombre secreto su poder sobre él habría sido infinito. Otra forma de ganar poder sobre una persona era obtener parte de su ser físico. Como Ra era un dios anciano que babeaba mientras dormía, Isis mezcló su saliva con tierra para crear una serpiente venenosa. Ésta mordió luego a Ra, que cayó en unas fiebres arrebatadoras. Sin embargo, ninguno de los dioses pudo ayudarlo y los poderes del sol empezaron a menguar. Entonces Isis aseguró que podría curar a Ra si éste le confesaba su nombre secreto. A pesar del dolor que sufría, Ra se negó a hacerlo e intentó confundir a Isis con la larga lista de sus otros títulos. No obstante, Isis no cedió, hasta que al final Ra le dijo su nombre con la condición de que Isis jurara no revelarlo nunca. En la historia no se revela el nombre, tan sólo se habla de la cura aplicada a la diosa, compuesta por vino o cerveza mezclada con «la hierba del escorpión».



Frasco de loza para cosméticos, de la XVIII dinastía, con forma del dios Bes. Esta benefactora divinidad enana, cuya grotesca apariencia pretendía rechazar las fuerzas malignas, era particularmente popular en las casas. Era invocada durante los partos y su imagen solía pintarse en las paredes para proteger a los moradores.

Los médicos solían ser sacerdotes de Sejmet, que esperaban que mostrándose devotos a la diosa dominarían su habilidad para ocasionar enfermedades. Una fórmula hace referencia a las causas de la enfermedad como «demonios y espíritus malignos, enfermos, mensajeros de Sejmet», y el papiro médico Ebers recomienda que se recurra a los servicios de un «físico, sacerdote Sejmet o exorcista». De igual modo, los devotos de la diosa escorpión Selket se encargaban de las picaduras de escorpiones. Isis aparece como protectora de su hijo Horus en fórmulas que tienen que ver con picaduras de escorpión, mordeduras de serpiente y quemaduras, como en este ejemplo: «Se mezclan la leche de una mujer que tenga un hijo, goma y pelo de carnero. La mezcla se aplica a la quemadura diciendo: "Tu hijo Horus es quemado en el desierto y necesita agua. Pero yo tengo agua en mi boca y el Nilo entre mis muslos y estoy aquí para extinguir el fuego"». El talento de Isis se expresa por completo en una fórmula útil para neutralizar el veneno que envuelve el nombre secreto de Ra (véase texto de la página anterior). Un baño en el agua de un lago sagrado del templo o beber agua vertida sobre una estatua de un dios también tenía efectos curativos.

No obstante, la magia también podía ser utilizada para causar daño. Figurillas de cera o de arcilla eran empleadas para dirigir esta magia de la forma más precisa posible, especialmente si incorporaba un trozo de cabello de la víctima. Las figuras de arcilla que representaban a enemigos eran aplastadas para aniquilarlos, mientras que las imágenes de cera eran quemadas, perforadas con agujas o atadas con hilo. Parece ser que las mujeres de la realeza que eran juzgadas por el intento de asesinato de Ramsés III eran acusadas de hacer figurillas de cera de los guardias del palacio para vencerlos. Estas figurillas podían presentar maldiciones inscritas o textos con imprecaciones para que fueran más eficaces.

EL VIAJE DEL ALMA

Igual que los vivos habitaban en la Tierra y los dioses en los cielos, los muertos vivían en el duat, el inframundo, bajo el gobierno de Osiris. Tan sólo los dioses y los muertos podían desplazarse entre los tres reinos. Los muertos podían vagar por la tierra como espíritus, o unirse a los dioses en los cielos, mientras que los dioses estaban presentes en la tierra en sus estatuas de culto y desempeñaban un papel importante en el duat. Los difuntos se enfrentaban al juicio de Osiris y quienes superaban esta prueba pasaban a tener una gozosa existencia eterna en una reproducción de Egipto.

LA MUERTE Y EL MÁS ALLÁ

Los egipcios planificaban su muerte con muchos años de antelación, de forma que pudieran disponer de todos los elementos necesarios para asegurarse un paso seguro a «occidente» —la otra vida—. En un tiempo en el que la muerte podía acaecer en pocos años y poca gente vivía más allá de la madurez no se dejaba nada al azar, y se preparaban todo tipo de elaborados para el día en el que el alma dejara la tierra y emprendiera su viaje hacia el duat. Si bien, por supuesto, se afligían por la muerte de los seres queridos, la muerte no era considerada el fin de la existencia, sino simplemente el inicio de otra etapa.

Los egipcios creían que cada persona estaba hecha de un número de elementos separados: el nombre; el cuerpo y el corazón; la sombra o *shuwt*; el *ka* y el *ba*. Al morir, la persona dejaba de estar confinada en el cuerpo físico y podía existir como un espíritu invisible que contenía dos entidades separadas: el *ka* y el *ba*. El *ka*, traducido a menudo como «alma» era la fuerza vital de la persona, creada con ésta en el nacimiento y mantenida durante la vida en este mundo y en el más allá. El *ka* se sustentaba con la comida y la bebida, y de noche residía en el cadáver o «estatua *ka*» (a la izquierda).

El *ba*, o «espíritu», constituía la personalidad esencial del difunto. Como el *ka*, era mantenido con ofrendas de comida y bebida y tenía que retornar a la momia cada noche, pero a diferencia del *ka*, que estaba limitado a este mundo, el *ba* podía desplazarse —era éste el que hacía el arriesgado viaje por el inframundo—. Representado como un pájaro con la cabeza del difunto, podía revolotear entre el mundo de los dioses, de los humanos y de los muertos, y podía cambiar de forma a voluntad para evi-

Esta talla de madera mide 1,70 m y representa el *ka* del rey Auibra Hor de la XIII dinastía (que reinó hacia 1730 a. de C.). Los brazos que hay sobre su cabeza, abiertos a modo de abrazo protector, representaban el jeroglífico que simbolizaba el *ka*. Imágenes como ésta se realizaban como hogar para el *ka* por si la momia del difunto era destruida.

tar algún peligro. Cuando el *ba* había superado los obstáculos del inframundo estaba preparado para reunirse con el *ka* y transformar al difunto en un *akh*, o espíritu transfigurado.

Tanto el *ba* como el *ka* necesitaban el refugio del cuerpo físico. Esto llevó al desarrollo de la momificación como medio de conservar la apariencia de vida en el cuerpo, esencial si tenía que ser reconocida por su *ka* y *ba* (véase página 119). Una vez el cuerpo había sido momificado tenía lugar el funeral. *La historia de Sinuhé* describe «la funda de oro de la momia, su cabeza de lapislázuli» en una carroza fúnebre tirada por bueyes, con cantantes caminando detrás y bailarines actuando en la tumba. La procesión era liderada por sacerdotes y acompañada por los familiares, amigos y sirvientes que cargaban con los bienes y pertenencias del difunto. Los ricos contrataban plañideros profesionales. Cuando llegaba a su morada final, el sarcófago era recibido por bailarines *muu*, enigmáticas figuras mas-

TEXTOS PARA LOS MUERTOS

Pocos egipcios acomodados correrían el riesgo de ser enterrados sin una «guía» para superar los peligros del inframundo. Inscritas en nueve pirámides de finales del Imperio antiguo, las ochocientas fórmulas de *Los textos de las pirámides* —el grupo más antiguo del mundo de textos religiosos— pretendían proteger al rey en su viaje. Luego fueron adaptadas e inscritas en los sarcófagos (a la derecha). Estos *Textos de los sarcófagos* incluían más de 1.000 fórmulas y otorgaban importancia al inframundo de Osiris. En el Imperio nuevo muchos de *Los textos de los sarcófagos* fueron incorporados a *El libro de los muertos*, que contiene unos doscientos capítulos. Este libro, generalmente escrito en papiro y colocado dentro del sarcófago, incluye un capítulo sobre el juicio ante Osiris, una escena que aparece a menudo ilustrada (véase páginas 124-129).

Escena pintada de un funeral (hacia 1350 a. de C.) de la tumba tebana del visir Ramosis. En la imagen se ve a un grupo de plañideras profesionales y a sus jóvenes aprendices, muchachas contratadas para actuar durante los ritos funerarios de Ramosis. Las plañideras se echaban polvo sobre la cabeza y se daban tirones en los cabellos.

culinas que realizaban una danza ritual que representaba el momento solemne en el que el difunto cruzaba el umbral entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

A continuación, el sarcófago era colocado en vertical ante la tumba. Sujetado por un sacerdote enmascarado que representaba a Anubis, dios del embalsamamiento, era purificado con aceites e incienso. Luego, un sacerdote lector leía en voz alta unos encantamientos, mientras el heredero del difunto o el sacerdote *sem* (un sacerdote funerario vinculado a Ptah) llevaba a cabo la ceremonia de «apertura de la boca». La boca, los ojos, los oídos y la nariz del difunto eran abiertos simbólicamente, como rito destinado a despertar los sentidos y permitir que el difunto absorbiera las ofrendas que se le presentaban.

Con el espíritu reactivado y los sentidos preparados, el difunto era finalmente tumbado para que descansara en la tumba, rodeado por todos los bienes funerarios que pudiera costearse, desde unas pocas vasijas de loza con comida y bebida para la mayoría, hasta grandes tesoros de oro de los más acomodados. Los bienes funerarios incluían figurillas del difunto llamadas *shabtis*, que realizarían el trabajo por él en la otra vida.

Para la mayoría de la gente, una tumba era poco más que un hueco en la arena. En cambio, las tumbas de los ricos, a menudo excavadas en roca sólida, eran profusamente decoradas y estaban muy elaboradas. La tumba era «la casa de la muerte para toda la

MOMIFICACIÓN

Igual que el espíritu de un dios vivía en su estatua, el espíritu del difunto residía en su momia, que era considerada una entidad sagrada. El proceso de embalsamamiento también era sagrado, ya que se trataba de una reactivación de la momificación de Osiris (véase página 60). Cada fase del procedimiento, que duraba 70 días, iba acompañada de encantamientos rituales para crear un recipiente perfecto para el alma. La momificación era llevada a cabo en el «lugar de embalsamado» o «casa de purificación» *(per wabet)*, que tenía que ser pura ritualmente y protegida de las fuerzas malignas mientras el difunto yacía vulnerable e inanimado en la mesa de embalsamamiento. Los egipcios también eran muy conscientes de las amenazas que acechaban al cadáver: un capítulo de *El Libro de los Muertos* lleva el título de «Fórmula para repeler escarabajos».

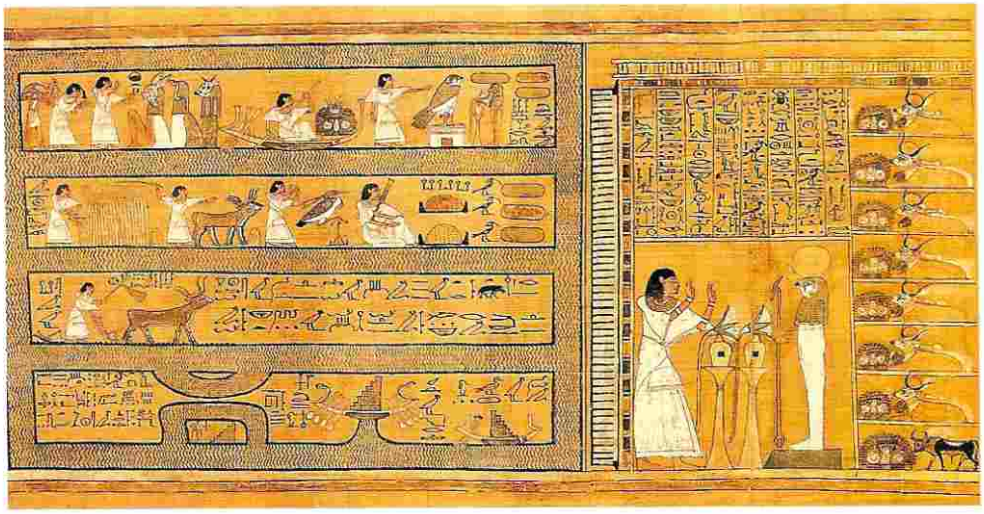
Para evitar la putrefacción se retiraban los órganos internos y se momificaban por separado. Sin embargo, el corazón siempre se dejaba en el cuerpo, porque creían que era la base de cualquier emoción y sabiduría, y que era imprescindible para el bienestar constante del fallecido. El cuerpo era secado manteniéndolo durante 40 días enterrado en sales de natrón antes de ser lavado y ungido con aceites. El procedimiento era similar al utilizado con las estatuas de culto de los dioses, y pretendía proporcionar al cuerpo todos los poderes protectores de los dioses así como «juntar las extremidades, unir los huesos y componer la carne». Los aceites también eran útiles para repeler fuerzas perjudiciales, y, de hecho, proporcionaban una capa protectora contra las bacterias responsables de la descomposición.

Para poder realizar el paso a la otra vida, el difunto tenía que estar puro, limpio, ungido y vestido con lino fresco. Posiblemente se utilizaban más de 375 m² de tela para envolver la momia. Amuletos protectores, incluidos los ojos *wedjat* de Horus, los pilares *djed* de Osiris, y los nudos *tyet* de Isis, eran colocados en puntos específicos entre las capas de la envoltura, para ofrecerle la máxima protección. El amuleto más importante era el escarabajo que se colocaba sobre el corazón que era la base del intelecto. Luego la momia era colocada horizontalmente en su sarcófago de madera, que se pintaba con textos y divinidades protectoras, o se doraba y se colocaban incrustaciones de metales y piedras preciosos si el propietario podía permitírselo. Entonces ya estaba todo preparado para los ritos, que reactivarían el *ka* del difunto.

vida», y era en ella, dentro del templo o de la capilla funeraria asociada, donde el difunto sería venerado por los vivos. Además, la tumba era el punto de partida para el largo viaje a través del inframundo hacia la otra vida. Si bien el término inframundo sugiere un lugar que queda por debajo de la tierra, el duat era descrito como un espacio situado en los cielos. La mayoría de las fuentes coinciden en que el duat era un lugar sin luz. Sin embargo, una parte era iluminada todas las noches por el dios sol, que pasaba por ella en su viaje entre los horizontes del oeste y del este. Para alcanzar la otra vida y para que ésta fuera agradable, el difunto tenía que superar los mismos lugares arriesgados que el sol en su viaje nocturno a través de las doce horas de la noche. Cada hora era una región o caverna separada, con nombres como «aguas profundas» o «ciudad del recuento de cadáveres». Cada caverna tenía una entrada, protegida por diferentes semidioses, demonios, serpien-

CRIATURAS DEL INFRAMUNDO

Muchas divinidades de Egipto tenían un aspecto funerario además de sus funciones en los dominios terrenales y celestiales. Sin embargo, algunas existían sólo en el duat. Muchas eran jueces de los muertos (véase páginas 124-129), otras eran guardianes de las cavernas y de las puertas del inframundo. *El libro de amduat* cita a las poderosas divinidades que moraban en las doce regiones del inframundo y ayudaban a Ra en su lucha contra sus enemigos. Entre ellas encontramos al «abridor de los cráneos de los enemigos de Ra», al «que repele a la serpiente», al «rebanador de almas» y al «que decapita rebeldes». *El libro de las puertas* enumera las serpientes que guardaban las puertas de cada región, entre las que se hallaban «La picadora», «La llameante» y «La de aguas residuales». El difunto tenía que conocer todos sus nombres para poder pasar. El inframundo era, además, la casa de fuerzas aterradoras y malignas que se hacían con las almas desprevenidas mediante el uso de redes y arpones.



Parte de *El libro de los muertos* del escriba Ani (hacia 1250 a. de C.), que ilustraba el capítulo 110 (a la izquierda) en el que llevaba a cabo labores agrícolas, recogiendo la cosecha y utilizando bueyes para enterrar las semillas y arar la tierra. También adoraba al halcón del oeste, la garza de la abundancia y a tres reyes de la Enéada. En el capítulo 148 (a la derecha), Ani venera a Ra, las siete vacas celestiales y el toro de los cielos.

tes o diosas de las horas. Con el fin de pasar por ellas de camino al renacimiento, era esencial que los espíritus de los muertos fueran capaces de pronunciar los nombres de estos guardianes para neutralizar sus poderes. Tras la negociación en la última caverna, sólo quedaba una prueba final: el juicio ante Osiris (véase páginas 124-129).

En su arriesgado y aterrador viaje por el duat, el difunto podía aprovecharse de la presencia de sus protectores divinos, el principal de los cuales era el dios sol creador, cuya energía infundía vida y sustento. No obstante, era Osiris quien gobernaba a los muertos. Como Jentamentiu («El primero de los occidentales»), fue el primer ser que experimentó la muerte, y por ello entró en la tierra de los muertos, donde representaba la salvación para quienes morían y quien daba esperanza eterna a los vivos. Osiris, con Isis y Horus, proporcionaba la máxima protección a los muertos. Isis, Neftis, Neit y Selket eran responsables de la seguridad de las vísceras del difunto, junto a cuatro divinidades conocidas como Hijos de Horus. Nut desempeñaba además un papel clave en la protección del difunto, al igual que Hathor, que emergía de las colinas tebanas para recibirlo.

UNA OFRENDA PARA NEFERHOTEP

En una tierra conocida por sus grandiosos edificios funerarios, algunos de los monumentos más conmovedores eran las sencillas estelas de piedra que recordaban a los egipcios del pueblo. Una fue erigida por el amigo de un cantante llamado Neferhotep, que según parece no tenía familia y era representado con cariño como un personaje increíblemente gordo que se dirige a una bien provista mesa de ofrendas. La emotiva dedicatoria se inicia con una fórmula estándar de ofrendas en beneficio del rey, y finaliza con algo que es inusual en el arte egipcio: la *firma* del artesano que elaboró la estela.

«Una ofrenda que el rey hace
a Osiris, señor de Abydos,
y a Horus, hijo de Isis,
que pueden hacer ofrendas de pan, cerveza,
carne de ternera y aves,
vasijas de alabastro y lino
y cualquier bien y elemento puro
para el *ka* del cantante Neferhotep,
de voz verdadera [sin pecado],
procedente del hogar de Henu.
Su querido amigo, el portador de piedra Nebsumenu,
ha mandado hacer esto por él.
¡Ay!
¡Sed amables con él!
El grabador Sonebau, hijo de Rensoneb».

EN LA SALA DEL JUICIO

Después del viaje a través del inframundo, el difunto tenía un reto más antes de llegar a su otra vida: el juicio de Osiris. *El libro de las puertas* sitúa la sala de Osiris detrás de la quinta puerta del inframundo. Aquí, Osiris aparecía en el trono igual que el faraón en la tierra, sosteniendo su mayal y su bastón real, símbolos de su poder. Con frecuencia el dios estaba acompañado de sus hermanas, Isis y Neftis, y en ocasiones por dos figuras idénticas de la diosa Maat para subrayar que esta cámara del juicio —también conocida como la sala de las Dos Verdades— era la sede de la verdad, la justicia y el orden. Osiris presidía un tribunal de 42 dioses conocidos como los asesores o jueces de los muertos que tenían nombres prohibidos como «devorador de sombras», «ojo despiadado» y «picudo».

Después de ser conducido a la sala por el dios Anubis, el difunto se ponía de pie ante Osiris y los asesores para pronunciar las «confesiones negativas» en *El libro de los muertos*. Esto quiere decir que recitaba, uno a uno, la larga lista de pecados que el difunto negaba haber cometido (véase páginas 127-129). La veracidad de la confesión era confirmada por el peso en la balanza del corazón del difunto en comparación con la hoja de Maat en una alta balanza que había en el centro de la gran sala. Uno de los objetivos del amuleto de escarabajo colocado sobre el corazón durante la momificación (véase página 119) era asegurarse de que decía la verdad ante Osiris. El amuleto portaba algunas palabras de *El libro de los muertos*, que se iniciaban de la siguiente manera: «¡Oh, corazón, que obtuve de mi madre, no te pongas en mi contra, no actúes como testigo en mi contra, no te opongas a mí en el tribunal!».

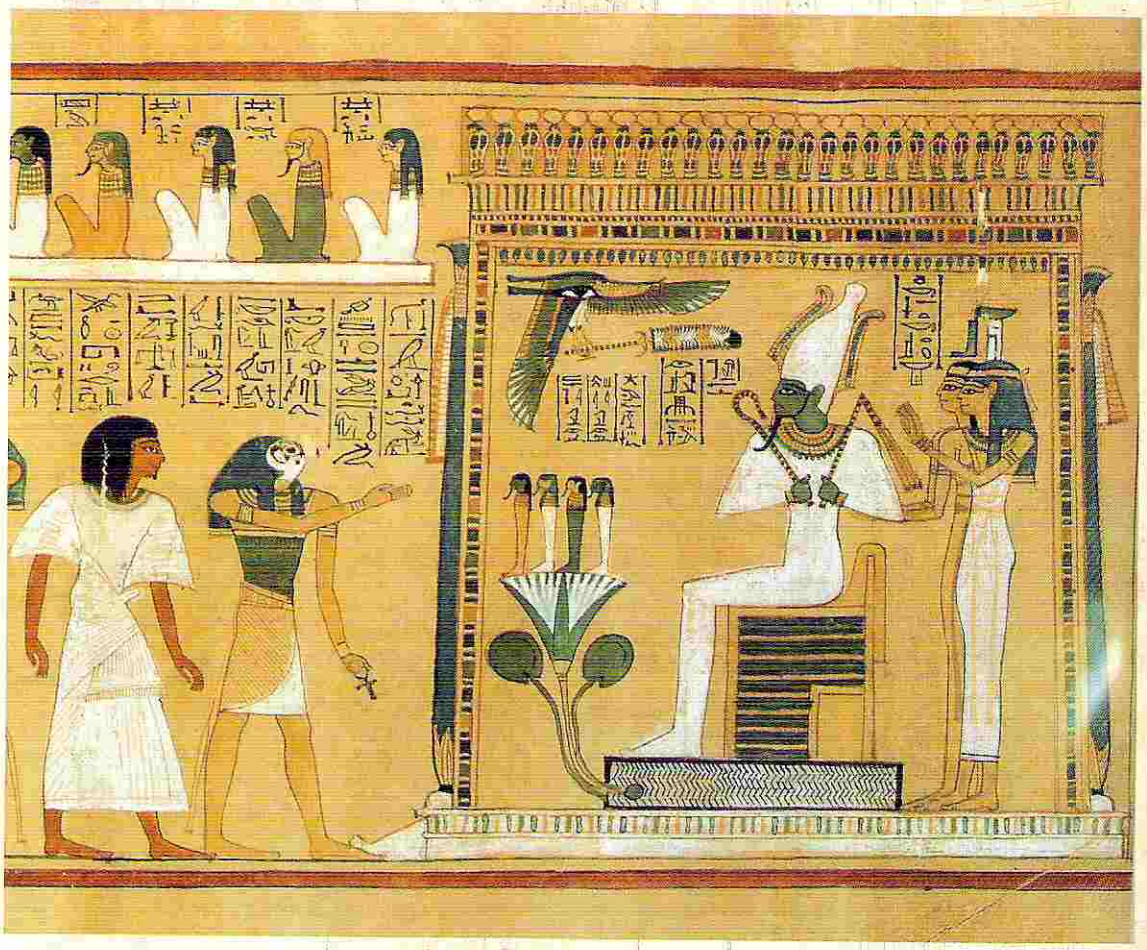
Cuando Anubis comprobaba las balanzas y Tot se mantenía al lado para registrar el resultado, el difunto esperaba el veredicto. Si había dicho la verdad y había llevado una vida libre de pecado, el corazón y el fiel de la balanza estarían en perfecto equilibrio y el tribunal declararía: «es de voz verdadera». Este momento le aseguraba una feliz inmortalidad, representada con las manos levantadas en señal de júbilo y alivio.

Por último, el difunto era conducido por Horus hasta el trono de Osiris y exhortado a «quitarse la máscara y deshacerse del envoltorio». Entonces, él o ella entraba en la otra

vida como un espíritu *(akh)* encendido, transfigurado, que se hallaba ante el dios sol y disfrutaba de su poder, habiéndose convertido ya en un «espíritu apto de Ra» libre de impedimentos terrenales.

Un destino diferente esperaba a quienes no conseguían superar la prueba de la verdad. Los egipcios eran advertidos de que «los malhechores no contemplarían la cara de dios», y los corazones llenos de pecado que inclinasen la balanza serían lanzados al instante ante un monstruo llamado Ammut «devorador», (véase ilustración de la página 135), que permanecía junto a la balanza; se trataba de una criatura con cabeza de cocodrilo, cuerpo de león y patas traseras de hipopótamo. Ammut se comería el corazón y, al hacerlo, condenaría al desafortunado pecador a ser olvidado eternamente.

Esta ilustración de *El libro de los muertos* muestra la ceremonia del peso del corazón de Turiu, un sacerdote tebano de la XXI dinastía. Anubis comprueba la balanza de Maat (en el centro), que está en perfecto equilibrio, mientras el difunto levanta las manos, complacido. Tot observa para hacer un registro del veredicto.



LA CONFESIÓN ANTE OSIRIS

El capítulo 125 de *El libro de los muertos* contiene instrucciones para que el difunto supiera qué decir «en la sala de las Dos Verdades» al estar en presencia de Osiris. Tendría que recitar la «confesión negativa» a fin de demostrar que estaba completamente libre de pecado («de voz verdadera») y, por tanto, capacitado para entrar en la otra vida como un espíritu bendecido y «ver la cara a todos los dioses». El siguiente texto es un fragmento del capítulo:

«No he cometido daños contra las personas,
no he maltratado el ganado,
no he pecado en el recinto de la verdad [templo o necrópolis],
no he sabido lo que no debía saber,
no he hecho daño a nadie,
no he exigido nada que no fuera mi derecho,
no he blasfemado contra ningún dios,
no he robado al pobre,
no he hecho lo que los dioses aborrecen,
no he difamado a un sirviente ante su superior,
no he causado dolor,
no he hecho llorar a nadie,
no he matado ni ordenado a nadie matar,
no he provocado sufrimiento,
no he dañado las ofrendas del templo,
no he robado pan a los dioses,
no he robado pan a los difuntos,

no he cometido adulterio ni me he deshonrado a mí mismo,
no he falsificado las medidas,
no he robado leche de la boca de ningún niño,
no he retirado ganado de sus pastos,
no he extinguido ningún fuego necesario,
no he olvidado el momento de la ofrenda de carne,
no he frenado el avance del ganado de los dioses,
no he detenido ninguna procesión de los dioses.

¡Soy puro! ¡Soy puro! ¡Soy puro! ¡Soy puro!
¡Soy puro como la gran garza de Hnes [Herakleópolis Magna]!
Ningún daño puede ocurrirme
en esta sala de las Dos Verdades,
pues conozco los nombres de todos los dioses que en ella hay,
todos los seguidores del gran dios [Osiris]:

¡oh, caminador de amplias zancadas de Heliópolis, no he hecho ningún mal!
¡oh, abrazador de las llamas de Jeraha, no he cometido ningún atraco!
¡oh, picudo de Khnum, no soy culpable de gula!
¡oh, devorador de sombras de la caverna, no soy culpable de robo!
¡oh, aterrador rostro de Rostauy, no soy culpable de asesinato!
¡oh, destrozador de Hy, no soy culpable de pecado!
¡oh, bastet del santuario, no soy culpable de despreciar!
¡oh, cara hacia atrás del pozo, no soy culpable de homosexualidad!...

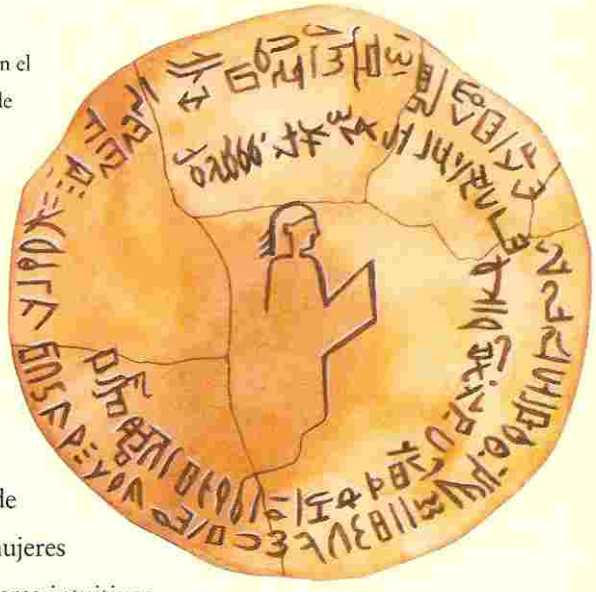
¡Os saludo, dioses!
Os conozco y conozco vuestros nombres,
no caeré por temor a vosotros,
¡no podéis acusarme de ningún delito!».

MUERTOS Y VIVOS

En Egipto, nunca se consideraba que los muertos estuvieran lejos, eran consultados regularmente por los vivos en diferentes ocasiones. La gente se acercaba a sus familiares difuntos para pedirles ayuda y consejo sobre cuestiones personales y domésticas, tal como hacían mientras vivían, y también podían recurrir a personajes conocidos y sabios del pasado, entre los que había monarcas como Amenofis I y oficiales como Inhotep y Amenhotep hijo de Hapu, cuya reputación como personas inteligentes era tan grande que habían sido divinizados tras la muerte. Los vivos podían dirigirse a los muertos directamente mediante plegarias cuando visitaban sus tumbas con ofrendas.

UN LAMENTO POR ISENKHEBE

Los egipcios se preocupaban mucho por el bienestar de los niños, por lo que empleaban numerosos amuletos y fórmulas para proteger a bebés y niños. No obstante, era bastante habitual que un niño muriera, aunque constituía un hecho particularmente triste. En Sais, en el delta, una madre y un padre erigieron una inscripción en memoria de su hijita Isenkhebe, en la que se narra dolorosamente la tristeza por la pérdida de una criatura tan joven: «Aunque soy sólo una niña, me alcanzó el daño siendo pequeña. Se me arrancó demasiado pronto la vida, se me arrebató mi hogar cuando era muy joven. La aterradora oscuridad me engulló mientras aún me alimentaba del pecho. Los demonios aquí lo alejan todo, pero yo soy demasiado joven para estar sola. Me alegra ver gente y mi corazón ama la alegría. Oh, señor de la eternidad, al que acude la gente, dame pan, leche, incienso y agua de tu altar. ¡Soy una joven niña sin pecado!».

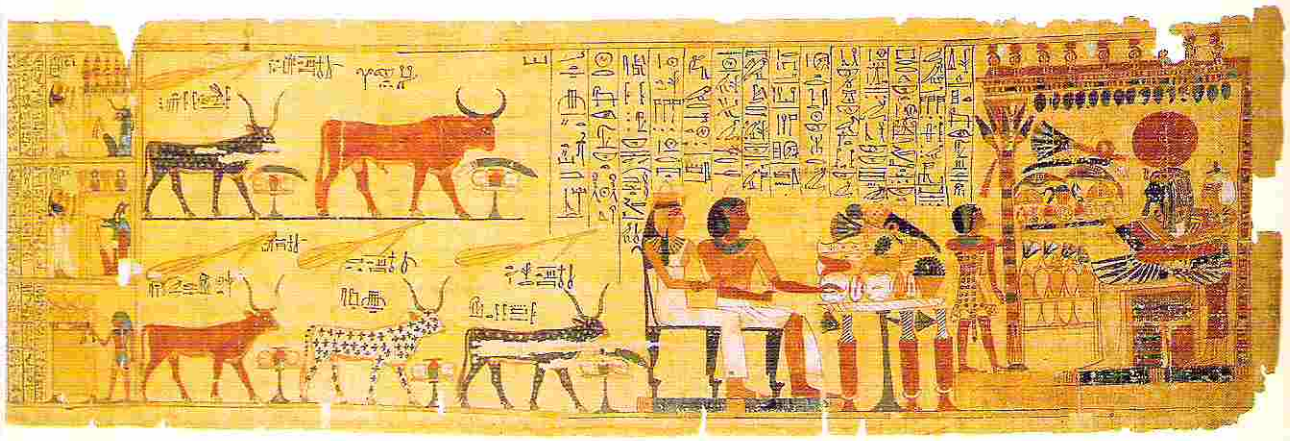


Esta obra de arte procede de un recipiente de loza para ofrendas, en el que se observa una «carta» a un familiar muerto. Se trata de uno de los veinticinco aproximadamente que se han descubierto. El destinatario aparece representado en el centro del plato que debió llenarse de comida para la tumba del difunto.

Los muertos eran considerados poseedores de poder mágico *(heka)*, y sus tumbas eran lugares de una gran potencia mágica, que podía ser aprovechada en beneficio de los vivos. Así mismo, era posible entrar en contacto con los difuntos a través de las habilidades de las videntes locales, o *ta rekhet* («mujeres sabias») —mujeres que se creía que poseían los poderes intuitivos necesarios para comunicarse con las fuerzas ocultas.

Las peticiones de ayuda también podían adoptar la forma de cartas al difunto escritas sobre papiro, lino o en los recipientes para la comida. El contenido solía hacer referencia a aspectos prácticos, como voluntades polémicas o peticiones que se hacían al ausente para que intercediera ante los dioses. Después de tener repetidamente un sueño en el que se le decía que era responsable de la muerte de un sirviente, un sacerdote de la X dinastía llamado Seni dejó una carta en la tumba de su difunto padre Meru, en la que le solicitaba que diera fe de su inocencia a los dioses.

Se recurría a ellos en petición de ayuda para concebir hijos, y dichas solicitudes se escribían en las figurillas de la fertilidad. Una pareja griega, León y Lysandra, dejaron un texto de agradecimiento para Amenhotep hijo de Hapu —unos 1.200 años después de la muerte de éste— dándole las gracias por el nacimiento de su hijo. Muchos mensajes pedían curación para enfermedades. En la X dinastía, un hombre enfermo llamado Merirtifi escribió una carta a su difunta esposa Nebitef que empezaba en un tono familiar: «¿Cómo estás? ¿Te cuidan bien en Occidente?» A continuación, le pedía «ahuyenta esta enfermedad de mis extremidades». Así mismo, existían emotivas cartas que expresaban la pena de algunas personas que preguntaban a los difuntos por qué se habían ido.



Parte de *El libro de los muertos* de la reina Nodjmet (hacia 1070 a. de C.), con la difunta sentada junto a su esposo Herihor ante una mesa de ofrendas bien provista, en presencia de los dioses y de un sacerdote oficiante. Tras ellos, aportando sustento para la difunta aparece el toro de los cielos y cuatro vacas celestiales.

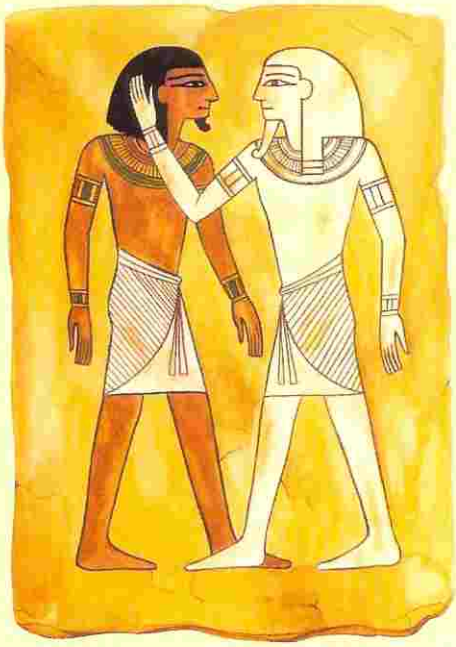
Estas cartas revelan que los benditos difuntos no siempre eran benévolos. Algunos regresaban para molestar a quienes habían mancillado su recuerdo. Estas contrariadas *akhs* vagaban por los cementerios y podían incluso entrar en posesión del cuerpo de una persona y provocarle una enfermedad. En la XII dinastía, una mujer llamada Dedi escribió a su marido difunto: «Nuestra sirvienta Imiu está enferma. ¿Por qué no luchas contra quien le hace daño? Si no nos ayudas, nuestro hogar se vendrá abajo».

Peores que las molestas *akhs* eran los espíritus malignos *(mut);* muertos cuyas vidas habían sido infelices o que habían tenido un final violento o prematuro. Algunos habían «fallecido una segunda vez» al fracasar en la prueba de la verdad ante Osiris (véase páginas 124-125), y se dedicaban a traumatizar a los vivos antes de que sus almas fueran aniquiladas. Estos espíritus hostiles vagaban por la tierra para atacar a los vivos. Solían hacerlo de noche cuando las víctimas dormían y eran vulnerables, y se presentaban como pesadillas, enfermedades y muerte. la gente se defendía con amuletos e invocaciones a los dioses.

Las inscripciones de las tumbas incluyen a veces maldiciones en las que el propietario amenaza con utilizar su poder como *akh* para castigar a los intrusos, como en el siguiente ejemplo de la tumba de un sacerdote lector del Imperio antiguo, llamado Anjmahor, en

EL FANTASMA DEL REY

Un texto llamado *Instrucciones del rey Amenemhat* describe cómo, tras su asesinato por sus guardaespaldas, el fantasma del faraón Amenemhat I (que reinó hacia 1939-1909 a. de C.), del Imperio medio, regresó para advertir a su hijo y sucesor Sesostris I que tuviera cuidado con los traidores que había entre los suyos. Este texto se halla en numerosas copias fragmentarias del Imperio nuevo, escrito en papiro, tablillas de madera y de loza.



«Escucha bien lo que tengo que contarte», dice el fantasma, «debes gobernar y reinar bien, y aumentar el bienestar». Prosigue con una advertencia al joven rey contra «todo el mundo, ya que pueden idear un complot oculto», y le aconseja que no «confíe en nadie, ni siquiera en un hermano o en un amigo; no intimes con nadie, no vale la pena».

A continuación viene un registro con las palabras del propio rey y de cómo fue asesinado: «Ocurrió después de cenar, al llegar la noche, mientras estando cansado descansaba en mi cama durante un rato. Cuando el sueño entró en mi corazón las armas de mi protección se volvieron contra mí. Me desperté luchando al ver a mi guardia atacándome. ¡Si hubiera sido lo suficientemente rápido como para tomar mis armas habría ahuyentado a los cobardes inmediatamente! Pero nadie es poderoso durante la noche, y nadie puede aguantar solo sin tener ayuda a su lado. Y todo esto sucedió cuando yo no te tenía, antes de que la corte supiera que yo te lo iba a entregar todo a ti, antes de que yo fuera capaz de sentarme contigo y contarte mis planes. ¡Pero yo no estaba preparado para esto, no había previsto la traición de mis sirvientes!».

Por último, el fantasma real se despide: «¡Sesostris, hijo mío! Ahora debo dejarte y regresar. Pero siempre estarás en mi corazón y con mis ojos siempre te estaré viendo. ¡Hijo de mi vida! He establecido un principio y deseo planificar el futuro, ofreciéndote el contenido de mi corazón. Te pareces a mí: lleva la corona blanca de tu divino padre. Todo está como debiera estar».

Antes de regresar a los cielos para «viajar en la barca de Ra», el difunto faraón daba un último consejo: «Lucha por obtener toda la sabiduría que contiene el corazón, porque siempre la necesitarás a tu lado».

Escena del interior del sarcófago del sacerdote Ankhefenkhonsu en Tebas, de la XXII dinastía, que muestra al difunto presentando espléndidas ofrendas a Osiris. De las cartas al difunto y otras inscripciones se desprende que un *akh* podía interceder directamente ante los dioses.

Saqqara: «Soy un sacerdote lector excelente, que conoce las fórmulas secretas y toda la magia. ¡Pobre de aquél que entre en mi tumba impuro...! ¡Lo capturaré como a una oca [lo asfixiaré] y lo atemorizaré con la visión de fantasmas en la tierra, para que tema a un excelente *akh*!».

Los vivos tenían el deber de proporcionar sustento al *ka* de los fallecidos, junto con plegarias y ofrendas funerarias, «porque sin alimentos pasarán hambre y perecerán». En una estela del Imperio medio del portador del sello real, llamado Nebanj, el cantante Tjeniaa dice: «Estás firmemente sentado en tu asiento de eternidad [tumba], tu monumento eterno, que está provisto de ofrendas y comida y de todos los bienes».

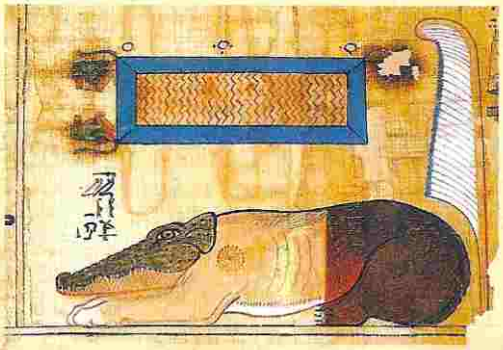
Las tumbas reales solían permanecer ocultas para proteger sus apreciados contenidos y por ello los reyes fallecidos eran honrados en unos templos funerarios separados (véase páginas 90-91). No obstante, a las tumbas de la gente sencilla se podía acceder fácilmente, y las familias presentaban ofrendas al difunto durante las visitas regulares que, a menudo, hacían coincidir con los festivales religiosos. En la bella fiesta del Valle, en Tebas (véase página 102), grandes multitudes de asistentes al festival aprovechaban para visitar las tumbas de sus seres queridos y hacer ofrendas de comida y flores que distribuían por los templos tebanos impregnados de esencia divina. El festival Wag de Osiris, que se celebraba todos los años en una noche de mediados de agosto, era una especie de carnaval egipcio en el que se hacían generosas ofrendas a los seres de la otra vida. Los difuntos tam-

bién eran animados a estar presentes en las fiestas públicas para beneficio de los vivos. Paheri, un intendente de Nejen (el-Kab) durante el Imperio nuevo, declaraba en su tumba que asistiría a todos los festivales después de su muerte, «vestido con las más finas telas, como si lo vistieran los dioses, y ungido con el más puro aceite».

Los ricos contrataban a sacerdotes *ka* para que les proporcionaran regularmente provisiones de ofrendas *(kaw)* tras su fallecimiento y para recitar todas las oraciones necesarias. De esta forma, el culto funerario tanto de reyes como de plebeyos podía durar siglos. Sin embargo, aun cuando sus nombres eran finalmente olvidados, los egipcios creían que las ofrendas enterradas con el difunto y representadas en las paredes de su tumba le mantendrían durante toda la eternidad.

HACIA LO DESCONOCIDO

A pesar del optimismo general acerca de la muerte, muchos egipcios tenían dudas sobre qué vendría después. Todo un cuerpo de «literatura pesimista» refleja este escepticismo ocasional. En una canción de la XI dinastía, las inseguridades acerca de la muerte provocan un estilo de vida despreocupado: «¿Qué ha pasado con ellos [los muertos]?... ¡Ninguno ha regresado de allí para describirlo / para hablarnos de sus necesidades / y apaciguar nuestros corazones / hasta que vayamos a donde han ido! / Por tanto, ¡sé feliz! / ¡Olvida tus problemas / y sigue a tu corazón mientras vivas! / ... ¡Porque nadie que se marcha regresa!» La letra de esta canción circuló durante siglos, pero esta actitud hedonista estaba a veces mal vista. La vena escéptica de los egipcios se reforzó durante el gobierno de griegos y romanos, para quienes la muerte era una divinidad sombría que llevaba al difunto hasta un inhóspito inframundo. En una estela del siglo I a. de C. la tierra de los muertos aparece como un lugar en el que los muertos «duermen como momias, incluso cuando caminan», mientras «todos a los que [la muerte] llama, acuden enseguida, con temor en el corazón».



GLOSARIO

Akh. Espíritu bendecido transfigurado de una persona fallecida, resultante de la combinación de *ka* y *ba*.

Atef. Corona con plumas portada por el rey en determinadas ceremonias rituales.

Aten. Disco o esfera solar, manifestación visible del dios sol. Fue venerado como dios de pleno derecho (el aten) en los reinados de Amenofis III y de su hijo Akhenatón.

Ba. Espíritu del difunto, que constituye su personalidad esencial.

Era ramésida. XIX y XX dinastías, que incluyen los reinados de Ramsés I a Ramsés XI (aproximadamente, años 1292-1075 a. de C.).

Estela. Pieza lisa de piedra o madera que contiene una inscripción, un relieve o ambas cosas. Las estelas solían erigirse en memoria de los difuntos.

Faraón. Rey de Egipto, término griego derivado del egipcio *per-aa* («gran casa»), que se aplicaba originariamente al palacio real, pero que a partir del **Imperio nuevo** se utilizó para designar al rey.

Imperio antiguo. Primer gran florecimiento de la civilización egipcia, que abarca de la III a la VI dinastía (hacia 2625-2130 a. de C.).

Imperio medio. Segundo gran florecimiento de la civilización egipcia, que abarca de la XI a la XIII dinastía (hacia 2081-1630 a. de C.).

Imperio nuevo. Tercer y mayor florecimiento de la civilización egipcia, que abarca de la XVIII a la XX dinastía (hacia 1539-1075).

Jeroglífico. Sistema de escritura egipcia, en el que por medio de dibujos o símbolos se representaban sonidos, conceptos u objetos. Eran utilizados principalmente en las inscripciones de los templos y de las tumbas; se desarrollaron unas formas abreviadas (hierática y demótica) para ser utilizadas en papiros o piel.

Ka. Fuerza vital o energía de una persona.

Libro de los Muertos, El. Textos funerarios escritos en papiro, compuestos por unas doscientas «fórmulas» para garantizar un funeral adecuado y el paso a la otra vida.

Loza. Barro fino, cocido y barnizado, normalmente de color azul brillante.

Maat. «Verdad», «orden»; principio cósmico venerado en la figura de la diosa Maat (véase página 19).

Natrón. Compuesto salino natural utilizado en la purificación ritual y en el secado del cadáver durante la momificación.

Periodo intermedio. Término que se da a cada uno de los periodos existentes entre el **Imperio antiguo** y el **Imperio medio**, el Imperio medio y el **Imperio nuevo**, y el Imperio nuevo y el **periodo tardío**. Los tres periodos intermedios se caracterizan por una relativa inestabilidad política y una disgregación nacional.

Periodo tardío. Último periodo en el que Egipto tuvo reyes nativos (664-332 a. de C., interrumpido por dos periodos de gobierno persa, 525-405 a. de C. y 343-332 a. de C.).

Periodo tolemaico. Periodo de gobierno (310-30 a. de C.) correspondiente a la dinastía griega fundada por Tolomeo I; en ella se incluye a veces los reinados de Alejandro Magno, Felipe III y Alejandro IV (332-310 a. de C.).

Pilar *djed*. Símbolo de estabilidad, del que suele afirmarse que representa la columna vertebral del dios Osiris.

Templo funerario o mortuorio. Templo erigido para la adoración de un rey fallecido y divinizado.

Textos de las pirámides, Los. Textos funerarios pintados e inscritos dentro de una gran cantidad de pirámides del **Imperio antiguo**, compuestos por ochocientas fórmulas para garantizar al rey un funeral adecuado y un paso seguro a la otra vida.

Textos de los sarcófagos, Los. Textos funerarios pintados o inscritos en los sarcófagos, compuestos por unas mil fórmulas para garantizar un funeral adecuado y un paso seguro a la otra vida.

Las referencias cruzadas a otros términos del glosario aparecen en **negrita**.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

BIBLIOGRAFÍA

Andrews, C.: *Amulets of Ancient Egypt*, British Museum Press, Londres, 1994.

Baines, J. y J. Malek: *The Atlas of Ancient Egypt*, Phaidon, Oxford, 1980; Facts on File, Nueva York, 1993.

Benard, E. y B. Moon (editores): *Goddesses Who Rule,* Oxford University Press, Nueva York, 2000.

Faulkner, R. O, y C. Andrews (editor): *The Ancient Egyptian Book of the Dead*, British Museum Press, Londres, 1989; C. Andrews (editor) y otros, Chronicle Books, San Francisco, 1994.

Forman, W. y S. Quirke: *Hieroglyphs and the Afterlife in Ancient Egypt*, British Museum Press, Londres, 1996.

Hart, G.: *A Dictionary of Egyptian Gods and Goddesses*, Routledge, Nueva York y Londres, 1986.

— *Egyptian Myths*, British Museum Press, Londres, 1990.

Hornung, E.: *Idea into Image: Essays on Ancient Egyptian Thought*, traducida por E. Bredeck, Timken Publications, Nueva York, 1992.

Lichtheim, M.: *Ancient Egyptian Literature*, Tres volúmenes, Universidad de California Press, Berkeley, 1973, 1976, 1980.

Lurker, M.: *The Gods and Symbols of Ancient Egypt*, Thames and Hudson, Londres, 1980.

Parkinson, R. B.: *Voices from Ancient Egypt: An Anthology of Middle Kingdom Writings*, British Museum Press, Londres, 1991.

Pinch, G.: *Magic in Ancient Egypt*, British Museum Press, Londres, 1994.

Quirke, S.: *Ancient Egyptian Religion*, British Museum Press, Londres, 1992.

Roberts, A.: *Hathor Rising: Serpent Power in Ancient Egypt*, Northgate Publishers, Totnes, Inglaterra, 1995.

— *My Heart, My Mother: Death and Rebirth in Ancient Egypt*, Northgate Publishers, Totnes, Inglaterra, 2000.

Sauneron, S.: *The Priests of Ancient Egypt*, Grove Press, Nueva York, 1980.

Shafer, B. E. (editor): *Religion in Ancient Egypt: Gods, Myths and Personal Practice,* Ithaca, Cornell University Press, Nueva York, 1991.

— *Temples of Ancient Egypt*, I. B. Tauris, Nueva York y Londres, 1998.

Shaw, I. y Nicholson, P.: *The British Museum Dictionary of Ancient Egypt*, British Museum Press, Londres, 1995.

Watterson, B.: *The House of Horus at Edfu: Ritual in an Egyptian Temple*, Tempus Books, Stroud, Inglaterra, 1998.

Wilkinson, R. H.: *Reading Egyptian Art*, Thames and Hudson, Londres, 1992.

PÁGINAS WEB

ARTÍCULOS DEL AUTOR

www.bbc.co.uk/history/ancient/egyptians/

www.guardian.co.uk/Archive/Article/0,4273,4284671,00.html

www.guardianunlimited.co.uk/science/story/0,3605,352411,00.html

www.guardianunlimited.co.uk/science/story/0,3605,347397,00.html

MUSEOS Y ORGANIZACIONES

American Research Center (Egipto): www.arce.org

British Museum (Londres): www.thebritishmuseum.ac.uk/world/egypt/egypt.html

Egyptian Museum, (El Cairo): www.emuseum.gov.eg

Egyptian Tourist Authority: www.touregypt.net

Musée du Louvre (París): www.louvre.fr/louvrea.htm

Metropolitan Museum of Art (Nueva York): www.metmuseum.org/collections/department.asp? dep=10

Oriental Institute, University of Chicago: www.oi.uchicago.edu/OI/default.html

ÍNDICE ANALÍTICO

A

abejas, 28, 36-37, 108
Abydos, 93, 101
Ahhotep, reina, 70
Aker, 29, 75
Akhenatón, faraón, 48, 49, 88-89
akhs, 117, 125, 132, 134
alama (ka), 11, 108, 116-117
almas recibidas por Hathor, 69
amarna, periodo, 24, *véase también* Akhenatón
Amenemhat I, faraón, 133
Amenofis II, faraón, 17
Amenofis III, faraón, 32, 37, 48, 70-71, 78, 80, 89-91, 103, 106, 108
Amenofis IV, faraón, *véase* Akhenatón
Amenofis, hijo de Hapu, 96, 107
Ammut, 125, 135
Amón, 14, 15, 32, 35, 49, 72, 75, 77
— barca de, 103
— centro de culto de, 87-89
— festival de, 102-103
— función principal de, 52-53
— gran himno, 55-57
— suma sacerdotisa de, 95
amonestaciones de Ipuwer, 99
Amón-Ra, 19, 51, 53, 78
amuletos, 64, 73, 119, 124, 130, 132
Amun Kematef, 76
Amunet, 15
Anat, 71-72, 81
ankh, 10, 48, 97, 106, 108
año nuevo, 31, 41, 100
antepasados, culto a los, 96
Anubis, 60, 77, 124-125
apertura de la boca, 18, 118
Apis, toro, 68, 76
Apofis, (Apep), 17, 44-45, 47, 76
Astarte, 71-72, 81
astronomía, 38-41, 93, 101, 107
Aten (disco solar), 48-49
Aten (dios), 24, 48-49
Atón, 10-11, 16-17, 19, 26, 44, 48
Atón-Jepri, 46
— relación con, 10, *véase también* sol
atributos animales, 12, 32, 74-77
Auibra Hor, rey, 116

B

ba (espíritu), 116-117
babuinos, 93, 104
Bakhu, 29
balanza, 7, 19
Bastet, 70, 71, 74-75
Bat, 68
Bella fiesta del valle (Tebas), 102, 134
Benu, pájaro, 45, 75
Bes, dios, 73, 112-113
bibliotecas, 106, 107, 110
Bubastis, 71, 74
buitre, 37, 72, 75
Buto, 37

C

calendario, 30, 40, 100
cañaverales, 38, 40, 121
caos, 7, 26-27, 34, 36, 40, 67, 76, 79, 89
casa de la vida, 107
chacal, 77
cobra, 37, 75, 80
Cocodrilópolis, 77
cocodrilos, 17, 32, 75-77
Colosos de Memnón, 37, 91
comadronas divinas, 73, 79
confesión ante Osiris, 124, 127-129
conocimientos de los jeroglíficos, 104-106
contienda de Horus y Seth, 65, 66-67, 71-72
copto, lenguaje, 109
coronaciones, 103
creación, mitos de la, 6, 9, 58
— de la burbuja cósmica, 23
— de los dioses, 10-13, 14-18, 24-26, 70-71
— del género humano, 12, 21
— del montículo primigenio, 11, 15, 29, 44, 87, *véase también* Tatenen
— de los templos, 86
— del universo, 34, 44, 55-57
creación de Horus, 17, 60, 62
creación de textos, la, 107
cristiandad, 67, 63, 91
curación, 64, 131

D

danzas, 68, 83, 100-101, 103, 117
decoración funeraria, 28, 38, 63-64, 119
Dendera, 83, 90, 102, 106
desierto (*Deshret*), 7, 34
dios con cabeza de carnero, 21, 31, 46, 53, 77

dios serpiente, 76
diosas madre, 68-69, 72
dioses funerarios, 118
Dos Tierras, Las, 7, 34, 37, 108
dualidades, 7, 34-37
duat, *véase* inframundo
duelo, 118

E

Ebers, papiro médico, 113
Edfú, 64, 86, 90, 101-102, 106, 110
Elefantina, isla, 21, 31
el-Kab, *véase* Nejbet
Enéada (nueve dioses), 9, 12, 18, 104
enfermedad, 64, 131-132
escarabajos, 28, 46-47, 119, 124
escribas, 104-106
esfinges, 48, 89, 111
Esna, templo, 17, 90, 94
espíritu (ba), 116-117
estaciones, 30-31, 39
Estela de la hambruna, 33
estrellas, 38-41, 43

F

fénix, 45
fertilidad, 59, 72, 131
festival de Isis, 40, 100
festival de Opet, 102-103
festival de Osiris, 40, 100
festival *sed*, 97, 103
festival de Set, 40, 100
festival Wag de Osiris, 135
festivales, 100-103, 134-135
festivales de Hathor, 102
festivales de Horus, 40, 100-102

G

garza real, 32, 45, 75
gatos, 44, 70-71, 74, 75
Geb, 11-12, 25-26, 29, 32, 47, 58, 65, 75
gobernadores del inframundo, 124
Gran esfinge de Gizeh, 48
Gran himno a Amón, 55-57
Gran himno a Khnum, 21
Gran himno a Osiris, 59, 61, 62

H

halcón, 64, 75, *véase también* Horus
Hapi, 30-31, 32
Hathor, 12, 32, 39, 64, 66, 68-69, 73, 76, 90, 102, 112, 121
— madre de Horus, 68
— madre de reyes, 69
— patrona de la música y de la danza, 83
Hathor-Sejmet, 12
Hatmehyt, 76
Hatshepsut, 52, 78, 91
Hauhet, 15
Heh, 14-15
Heka, 45
Heket, 32, 73, 76, 79
Heliópolis (Iunu), 9, 10-11, 24, 27, 37, 44, 48, 70-71
Hermes Trismegistus, 109
Hermópolis (Khemu), 9, 14, 106
Herodoto, 30, 74
Heryshaf, 77
Hieracómpolis (Nejen), 64
himno del caníbal, el, 81
himno a Ra, 43
himnos, 55-57, 81, 94
hipopótamos, 32, 66-67, 72-73
historia de Sinuhé, La, 28, 117
Horajty, 48, 64
Horemajet, 48, 64
Horemheb, rey, 104-105
Horus, 34, 36, 48, 63, 75, 121
— decapitador de Isis, 65
— disputa con Set, 25, 65-67
— hijo de Hathor, 68
— hijo de Isis, 65-67
Hu, 45
huevo cósmico, 15, 25

I

ibis, 32, 75
impuestos, 95
inframundo (duat), 27, 29, 34, 36, 48, 120-121, 135
— fuentes del Nilo, 31
— funciones de Ra y Osiris, 46, 60
— la sala de Osiris, 124
— tierras rojas, 38
— *véase también* muerte
inframundo de Osiris, 46, 47, 115
Inhotep, 96
Instrucciones del rey Amenemhat, 133
Instrucciones de Merikare, 105-106
Inyotef II, rey, 97
Isis, 62-63, 73, 75, 79, 91, 112-113, 121, 124
— madre de Horus, 65-67
— madre del toro Apis, 68-69

J

Jepri, 46, 47, 48
jerarquía de sacerdotes, 80, 83, 97
jeroglíficos, 33, 37, 75, 104, 109
jubileo real o *sed*, 97, 103
juicio a los muertos, 19, 60, 121, 124-127
juncia, 36, 37, 108
Júpiter, 41
justicia, 18, 68, *véase también* Maat

K

ka (alma), 11, 108, 116-117
Karnak, 15, 52-53, 72, 87-89, 94, 103

Kauket, 15
Kek, 14, 15
Kemet, «campos negros» 7, 34
Keops, rey, 11, 43
Khemu, *véase* Hermópolis
Khnum, 21, 31, 33, 73, 77
Kom Ombo, 77

L

Lamentaciones de Isis y Neftis, Las, 63, 72
Lavandera amarilla, 45
lechos de Osiris, 59
leones, 12, 13, 29, 69-71, 75, 77
Letópolis, 64
Libro de amduat, El, 46, 105, 120
Libro de las cavernas, El, 46
Libro de los muertos, El, 14, 26, 35, 38, 60, 77, 93, 105, 117, 119, 121, 124, 125, 127-129
Libro de la noche, El, 39
Libro del paso por la eternidad, El, 96
Libro de las puertas, El, 46, 120, 124
Libro de la tierra, El, 29
Libros de Tot, Los, 106
lista de reyes, 36
loto, 32, 37, 44
Luxor, 80, 89, 103

M

Maat, 19, 34, 68, 79, 97, 124-125
magia, 110-113, 130-131
Mahaf, *el barquero,* 38
Manu, 29, 45
Marte, 41
más allá de la vida, 19, 27, 38-39, 60, 69, *véase también* inframundo
medicina, 70, 73, 112-113
Medinet Habu, 97
Mehetweret, 32, 68
Menfis, 9, 16-17, 70, 76
Mercurio, 41
Meretseger, 76
Merikare, rey, 105
Merneptah, faraón, 24
Mesjenet, 73, 79
milano (ave de presa), 62, 63, 75
Min, 77
misterios de Osiris, 92, 101
momias, 28, 58, 60, 77, 116, 119, 124
montículo primigenio, 11, 15, 44, 87, *véase también* Tatenen
Montu, 76
muerte y resurrección de Osiris, 58-61, 119
mujeres, 95, 131, *véase también* parto
música, 68, 83, 97, 100-101, 103, 117
Mut, 52, 72
Mutemonet, 96

N

nacimiento de los niños, 32, 72-73, 76, 79, 108, 111-112
Naunet, 15
Neferhotep, 123
Neftis, 58, 60, 63, 73, 75, 79, 121, 124
— festival del aniversario de, 40, 97
— nacimiento de, 12, 25
Nehebkau, 76
Neit, 17, 27, 65, 72, 121
Nejbet, 37, 71, 72-73, 75, 79, 81, 90
Nekheb (el-Kab), 37, 72
Nekhen, *véase* Hieracómpolis
Nilo, río, 7, 23, 30-33, 34, 41
Nodjmet, reina, 132
nombres, 79, 108, 112
nombres y títulos reales, 79, 108
Nun, 10, 14, 15, 34, 47
Nut, 11-13, 25, 26-28, 34, 38-39, 47, 58, 67, 72, 121

O

obeliscos, 89
oca, 25, 32, 53, 75
Ogdoad (ocho dioses), 9, 14-15, 32, 52
Ojo de Horus, 64
Ojo de Ra, 12-13, 24, 69, 71
orden, 27, 34, 67, 76, 79, 99, *véase también* Maat
Orión, 40
Osiris, 35-36, 40, 58, 76, 103
— y el ciclo del Nilo, 31-32
— nacimiento de, 11-12, 25
— muerte de, 58-60, 101
Oxyrrinco (pez), 76

P

pájaros, 74
papiro, 32, 37, 90
peces, 32, 76
Philae, 63, 90-91
pilonos, 88-89
pirámide escalonada, 44, 96
pirámides, 10, 11, 43-44, 117
Piye, rey, 97
planetas, 41
plañideros, 118
pluma, 19, 24
Plutarco, 59
poderes de la muerte, 130-135
Ptah, 9, 16-18, 24, 70, 76

R

Ra 35, 44-49, 55, 75, 76
— creación del universo, 10-13, 24
— hijas, 68-73
— nombre secreto, 112

— padre de los reyes, 78-79
— plan para destruir la humanidad, 13
— relaciones con Atón, 10
Rameseo, 106
Ramsés II, rey, 35-36, 78, 81, 91
Ramsés III, rey, 90-91, 97, 109, 113
Ramsés VI, rey, 29
Ramsés IX, rey, 94
rana, 32, 73, 76
Rawoser, 79
reino de la muerte, 38
Renenutet, 76
resurrección, 27
— de Osiris, 58-61, 63
— simbolizada por el pez tilapia, 32
resurrección de Osiris, 58-61
reyes (faraones), 58, 63, 65, 67, 78-83
— ascenso al cielo, 24, 27-28, 38, 40, 81
— atributos reales, 37, 97
— coronación, 103
— danzas, 83
— encarnación de Horus, 65, 78
— intermediarios ante los dioses, 7, 36, 79, 102
— protección divina, 81
rituales, 111
romanos, 63, 91
Rudedet, 78, 79

S

sacerdotes funerarios, 93
— sacerdotes funerarios *sem*, 18, 93, 94
— de las horas, 93, 101, 107
— de ka, 135
— lectores, 93, 109-110
— de Ptah, 18
— purificadores, 93
sacerdotisas, 95
Sah, 40
Sahure, rey, 72
Sais, 17
Saqqara, 44, 109
Saturno, 41
Sejmet, 12, 13, 69-70, 75, 113
Selket, 113, 121
Serabit el-Jadim, 90
serpientes, 17, 44, 53
Sesostris I, rey, 133
Sesostris III, rey, 69, 103
Set, 34, 41, 47, 62
— contienda con Horus, 25, 65-67
— dios del caos, 36, 67
— nacimiento de, 12, 25, 67
Seti I, rey, 38-39, 88
Setna Khaemwese, 110-111
Shabaka, piedra de,16, 24
Shabaka, rey, 16
Shu, 10-11, 13, 24-25, 47, 58, 70-71, 75
Sia, 45
sicómoro, árbol, 26, 28
Sirio, 31, 41
sistrum, 97, 102-103
Snefru, rey, 110
Sobek, 17, 32, 77
Sopdet, 41
sol (dios sol)
— aspectos del dios sol, 48
— *aten* 48
— ciclo solar, 35, 44-49, 120 *véase también* Atón, Ra
— divinización como *Aten*, 48-49
— Nut da a luz, 27
sueños, 111

T

Tatenen, 11, 15, 18, 29, 44, 87
Taueret, 32, 72-73, 112
Tebas, 37, 52-53, 55, 102, 134
Tefnut, 10-11, 24, 58, 70-71, 75
templos
— de Abydos, 93
— arquitectura, 88-90
— bibliotecas, 106-107
— casa de la vida, 107
— construcción, 87, 103
— decoración, 40, 87
— Dendera 83, 90, 102, 106
— Edfú, 86, 90, 101-102, 106, 110
— Esna, 17, 90, 94
— festivales, 100-103, 134-135
— Heliópolis, 9-11, 24, 37, 44, 48, 70-71
— Hermópolis (Khemu), 9, 14, 106
— himnos, 94
— Huwt-ka-Ptah, Menfis, 16
— Karnak, 15, 52-53, 72, 87-89, 94, 103
— Luxor, 80, 89, 103
— magia, 110
— Medinet Habu, 97
— ofrendas, 94-97, 99, 134
— Philae, 63, 90-91
— procesiones, 86, 94, 100-103
— Rameseo, 106
— ritual, 80, 86, 92, 94-97, 107, *véase también* sacerdotes
templos funerarios, *véase* templos
templos mortuorios, *véase* templos
teología menfita, 17, 24-25, 65
textos funerarios, 25, 35, 45, 52, 59, 71-72, 90, 96-97, 117, 134
textos de las pirámides, 10, 60, 72, 105, 117
— Amón, 52
— ascenso de los reyes al cielo, 40
— himno del Caníbal, 81
— cocodrilos, 77
— creación del universo, 26

— estrellas, 39
— función de Geb, 25
— función de Nut, 27-28
— función de los reyes, 81
— función de Shu, 24
— planetas, 41
— resurrección de los reyes, 63
— reyes, 78
— tierras rojas, 38
tiempo, 35-36, 39
tilapia, pez, 32, 76
Tiy, reina, 70, 71
Tot, 13, 14-15, 32, 64, 66, 70, 75, 106, 124, 125
— creación de, 18
— jeroglíficos de, 104-106
— palabras de Tot, 104, 109
Triada tebana, 52
Tutankamón, rey, 37, 88, 108
Tutmosis III, rey, 52, 81
Tutmosis IV, rey, 111
Tuya, 95

U

Uadyet, 37, 76, 79, 81
Unas, rey, 81

V

vaca, 12, 15, 25, 28, 32, 39, 68-69, 73, 76
Valle de los Reyes, 90
veneración de la muerte, 96
Venus, 41
Vía Láctea, 40
viaje del alma, 116-121
vino, 68, 74, 102

W

wedjat (ojo), 64
Wepwawet «abridor de caminos», 77
Westcar, papiro, 79, 110

Z

zodíaco 39
Zoser, faraón, 33

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

El editor quiere agradecer a las siguientes personas, muesos y librerías fotográficas el permiso concedido para reproducir el material utilizado en esta obra. Hemos puesto todo el cuidado para que aparezca el nombre de cada propietario del copyright; sin embargo, si por error, hubiéramos omitido algún nombre nos disculpamos por ello y, una vez recibida la información, procederíamos a corregirlo en una futura edición.

Abreviaturas:
AKG de Londres: AKG.
Art Archive de Londres: AA.
British Museum de Londres: BM.
Museo Egipcio de El Cairo: El Cairo.
Robert Harding Picture Library: RHPL.

Cubierta: Máscara funeraria de Tutankhamón. El Cairo/Jürgen Liepe, Berlín; **página 1:** Sarcófago de madera pintada de un sacerdote de Tebas de la XXI dinastía. Harrogate Museums and Arts, Royal Pump Room Museum, Harrogate; **página 2:** El viaje del sol (en el centro); una escena de *El libro de las cavernas* representada en la tumba de la mujer faraón Tawosret (hacia 1188-1186 a. de C.). François Guenet/AKG; **página 8:** Nathan Benn/Corbis; **página 10:** AA; **página 11:** La gran pirámide de Keops, Gizeh.White Star, Italia; **página 14:** Kunsthistorisches Museum, Viena/AKG; **página 15:** El dios Amón-Min. Una pintura sobre piedra caliza del templo funerario de Tuthmosis III, en el oeste de Tebas. Luxor Museum/AA/Dagli Orti; **página 16:** El Cairo/AKG; **página 19:** La diosa Maat. Pintura mural del Nuevo Imperio. Museo Arqueológico, Nápoles/ AKG; **página 20:** El dios Khnum. Pintura mural del Nuevo Imperio. Bojan Beceli/Corbis; **página 22:** Joel W. Rogers/Corbis; **página 25:** Pintura mural del dios Shu separando a Geb y Nut. Charles y Josette Lenars/Corbis; **página 26:** Aegyptisches Museum, Berlín/ AKG; **página 28:** BM (EA 6705); **página 29:** Un detalle del capítulo 17 de *El libro de los muertos* del escriba Ani, que muestra una representación de Aker como un león sobre cuya espalda sale el sol cada día. BM (EA10470/7); **página 30:** El dios Hapi realiza ofrendas de alimentos sagrados que representan la generosidad de Egipto. Una pintura en relieve del templo de Ramsés II, Abydos. S. Purdy Matthews/Stone, Londres; **página 31** BM (EA 37977); **página 33:** Estela de la hambruna, Sehel Island, Aswan. Charles y Josette Lenars/Corbis; **página 35:** Ramsés II, llevando la doble corona del Alto y Bajo Egipto, recibe el aliento de vida del dios Amón. Louvre, París/Jacqueline Hyde/AA; **página 36:** Michael Holford/BM; **página 37:** La máscara funeraria de oro de Tutankamón. El Cairo/Jürgen Liepe, Berlín; **página 40:** AKG/BM; **página 41:** diosas del agua realizando ofrendas a las estrellas. Un relieve en el templo de Ramsés II, Abydos. Roger Wood/Corbis; **página 42:** Relieve pintado de la barca sagrada del dios sol (en el centro) de la tumba de Ramsés IX, oeste de Tebas. AA/Dagli Orti; **página 44:** Philip Craven/ RHPL, Londres; **página 45:** La barca del dios sol que está representado como el pájaro Benu. Pintura mural de la tumba de Sennedjem, Deir el-Medina, Tebas, XIX Dinastía. AA/Dagli Orti; **página 46:** Escarabajo amuleto. El Cairo/Jürgen Liepe, Berlín; **página 49:** Kunsthistorisches Museum, Viena/-AKG; **página 50:** Las pirámides de Gizeh. Larry Lee/Corbis; **página 52:** Avenida de esfinges con cabeza de carnero, Karnak. Ludovic Maisant/Corbis; **página 53:** Werner Forman Archives; **página 54:** Estatuilla del dios Amón protegiendo a Tutankamón, XVIII Dinastía. Louvre, París/Hervé Lewandowski; **página 58:** AA/Dagli Orti; **página 60:** Aegyptisches Museum, Berlín/ AKG/Erich Lessing; **página 65:** El Cairo/AA/Dagli Orti; **página 66:** AA/Dagli Orti; **página 67:** Horus y Set preparan un lazo que simboliza la unión de los dos reinos: el Alto y el Bajo Egipto. Relieve procedente del templo funerario de Sesostris I, el-Lisht. El Cairo/AA/Dagli Orti; **página 68:** El Cairo/Jürgen Liepe, Berlín; **página 69:** El Cairo/ AA/Dagli Orti; **página 70:** León de granito rojo procedente del templo levantado por Amenofis III en Soleb, Alta Nubia (Sudán). BM (EA2); **página 71:** El Cairo/AA/ Dagli Orti; **página 72:** El Cairo/Jürgen Liepe, Berlín; **página 73:** Losa grabada del periodo greco-romano mostrando a una mujer que da a luz arrodillada sobre dos piezas de adobe. BM (EA61062); **página 74:** Figura de un gato del último periodo que representa a la diosa Bastet. Bronce con incrustaciones de oro y plata. BM (EA64391); **página 75:** Ludovic Maisant/ Corbis; **página 76:** Louvre/-AA/Dagli Orti; **página 77:** Pequeño cocodrilo momificado. Periodo greco-romano. El Cairo/Jürgen Liepe, Berlín; **página 78:** BM (EA30448); **página 79:** Pintura procedente de la tumba de Tutmosis III, oeste de Tebas, que muestra al rey amamantado por la diosa

Isis que aparece con la forma del árbol sicómoro. AA/Dagli Orti; **página 80:** El Cairo/-AA/Dagli Orti; **página 81:** Estatua del rey Horemheb protegido por el dios Amón. Luxor Museum/Sylvain Granadam/RHPL; **página 82:** Relieve del periodo romano en el templo de Hathor, Dendera, que muestra al faraón (el emperador romano) realizando una ofrenda a los dioses. AA/Dagli Orti; **página 84:** Puerta pilono de Medinet Habu. Getty/Telegraph Colour Library; **página 86:** Schuster/RHPL; **página 87:** templo de Karnak. John Hannaford/ John Warburton-Lee; **página 88:** Tutankamón y Ankhesenamun, su esposa, representados en el respaldo del trono. El Cairo/AA/Dagli Orti; **página 89:** AA/Dagli Orti; **página 90:** R. Ashworth/ RHPL; **página 92:** Figura de bronce de la XXI dinastía de un sacerdote orando. Louvre/AA; **página 93:** Kunsthistorisches Museum, Vienna/AKG/ Lessing; **página 94:** AA/Dagli Orti; **página 95:** Estatuilla de madera de la gran sacerdotisa Tuya. La madre, Tuya, de la esposa de Amenhotep III, la reina Tiye, lleva un elegante collar como símbolo de su sagrada función. Louvre/Bridgeman Art Library; **página 96:** BM (EA1198); **página 97:** relieve de Sesostris I que forma parte del grabado sobre el festival *sed*. Petrie Museum/University College, London; **página 98:** Sirvientes realizando ofrendas al príncipe Rahotep y a la princesa Nofret, en la tumba de Rahotep, Meidum. IV dinastía. El Cairo/AA/ Dagli Orti; **página 101:** El Cairo/Jürgen Liepe, Berlín; **página 102:** BM (EA36310); **página 103:** La sagrada barca de Amón-Ra. Un relieve del templo de Seti I. Devizes Museum, Inglaterra/AA/ Eileen Tweedy; **página 104:** BM (EA38); **página 105:** Papiros del reinado de Tutmosis III. AA/Dagli Orti; **página 107:** Escriba sentado, V dinastía. Roger Wood/ Corbis; **página 108:** El Cairo/AA//Dagli Orti; **página 110:** Louvre/Hervé Lewandowski; **página 111:** *El libro de los sueños*, un papiro de Deir el-Medina, oeste de Tebas. Reinado de Ramsés II. BM (EA10683); **página 113:** Louvre/Bridgeman Art Library; **página 114:** Robert Mertens/ Photonica, Londres; **página 116:** El Cairo/Jürgen Liepe, Berlín; **página 117:** Extracto de *Los textos de los sarcófagos*. El Cairo/Jürgen Liepe, Berlín; **página 118:** Bridgeman Art Library; **página 119:** Máscara funeraria dorada que adornaba la momia de una mujer desconocida, probablemente una princesa. Imperio medio (hacia1900 a. de c.) BM (EA29770)/ AA/Dagli Orti; **página 120:** Demonio con cabeza de tortuga, débil mensajero de Osiris, procedente de una tumba real en el Valle de los Reyes. BM (EA50704); **página 121:** BM (EA10470) /AKG; **página 122:** Rijksmuseum, Leiden, Holanda; **página 125:** El Cairo/AA; **página 126:** Mientras observa la ceremonia del peso de su corazón, el fallecido, un hombre llamado Hunefer (a la izquierda), es conducido ante Osiris por Horus. Detalle de *El libro de los muertos* de Hunefer; XIX dinastía (hacia 1290 a. de C.) BM (EA9901)/AA; **página 130:** Túnica votiva con la imagen de la diosa Hathor, quizá el vestido funerario de un niño. BM (EA43071); **página 132:** Escena de *El libro de los muertos* de Nedjemet que muestra al difunto cuidando el ganado. Louvre/AA/ Eileen Tweedy; **página 134:** El Cairo/AA/Dagli Orti; **página 135:** Detalle de *El libro de los muertos* de Nebked quemuestra a Ammut «el devorador», un monstruo híbrido que devoraba los corazones de quienes no superaban el juicio ante Osiris. Louvre/Werner Forman Archive.